SEÑALES OSCURAS

COSTAS DEL NORTE

CASOS MISTERIOSOS



MØWE

HEIDI HINRICHS

Señales Oscuras

COSTAS DEL NORTE – CASOS MISTERIOSOS

ASESINATO EN LAS DUNAS

LIBRO TRES

HEIDI HINRICHS



Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Una taza de té

Capítulo Uno



El Mar del Norte estaba furioso esta mañana. Las olas chocaban con el cúter como si quisieran superarse unas a otras. Cada vez que golpeaban, el rocío se elevaba varios metros y salpicaba las ventanas y el techo metálico de la estrecha cabina.

Dirk Matthiesen permanecía imperturbable bajo el resplandor apagado de las luces del puente, dirigiendo el cúter a través de las estribaciones de la tormenta matinal. Llevaba una taza de té humeante en la mano.

Otra ola chocó con el casco, salpicando agua contra el parabrisas. Los limpiaparabrisas la quitaron rápidamente.

Era una tormenta violenta, de las que se producen más a menudo al final del verano, pero normalmente más mar adentro. Incluso el experimentado pescador se sorprendió de que la tormenta fuera tan violenta.

Pero no le importaba. Su padre y su abuelo siempre decían que la mejor oportunidad para una buena pesca era en una tormenta. Dirk no podía decir si era verdad, pero lo creía, igual que creía en su jersey gris de lana de oveja con el logotipo del club de fútbol Fleetstedt bordado. Lo llevaba a todos los partidos importantes, sin perderse ni uno solo. La única vez que no se lo puso, su club perdió... con la pesca pasaba lo mismo.

Cuando el cúter llegó a la cresta de la siguiente ola, Dirk bebió un trago de té. El sabor ácido lo vigorizó. Decidió mantener el rumbo

media hora más y luego dar la vuelta y regresar. En cuanto amainara el oleaje, utilizaría el cabrestante para recoger las redes. Luego averiguaría qué había pescado. Esperaba encontrar bacalao, solla, caballa y abadejo. El arenque estaba muy solicitado, pero estaba a punto de ser sobreexplotado y la temporada ya había terminado. Había oído recientemente que la temporada de desove de este año había sido especialmente mala. Queda por ver cómo continuará la pesca del arenque en la costa alemana del Mar del Norte.

Una vez más, el mar golpeaba contra el parabrisas y sofocaba la luz de proa. Dirk comprobó brevemente la señal del GPS, hizo una ligera corrección del rumbo, luego dejó su taza magnética y sacó un paquete de cigarrillos.

Era hora de hacer una pausa.

Se puso un cigarrillo entre los labios, se enfundó su traje impermeable engrasado, se caló el sombrero de ala ancha y se dirigió a la puerta.

El viento aulló con fuerza e inmediatamente embistió su traje, pero Dirk permaneció impertérrito. Salió, cerró la puerta con cuidado, se puso de espaldas al viento y sacó su mechero de tormenta. La punta azul brillante resplandeció, inhaló y el humo llenó sus pulmones.

Dirk suspiró satisfecho, aspiró profundamente dos veces, invirtió el cigarrillo entre los dedos para proteger las brasas y se acercó a la barandilla.

Hacia el norte, la tormenta se alejaba lentamente de la costa, pero seguía siendo una oscura torre de nubes con relámpagos. El mar estaría agitado durante mucho tiempo. Incluso ahora, le saludaba con una bofetada de rocío frío.

Se agachó mientras le caía más agua. Con un rápido movimiento del brazo se quitó el agua de la pescadora. Dio otra calada a su cigarrillo.

Dirk aprovechó la depresión de la ola para avanzar hacia la proa. El barco se dirigía hacia el este, paralelo a la costa. El cielo era de un gris apagado con una raya plateada. Si tuviera que arriesgarse a adivinar, diría que sería un día hermoso. Ventoso, pero frío y despejado.

Hizo otra pausa, protegió su cigarrillo de la siguiente ola y se acercó al cabrestante. El aparejo de la red desaparecía en el agua oscura, tenso.

Dirk sonrió. Lo sabía. Sería un día maravilloso y lucrativo.

Empujó la palanca del motor y éste traqueteó, acercando la red unos centímetros. Se sacudió y sonó con fuerza desde el alojamiento del motor. Dirk habría dado mucho por tener ahora un barco más moderno, pero el Berta todavía estaba en buena forma. Además, no podía permitirse un barco nuevo. Tenían todas las campanas y silbatos, desde sonares hasta GPS, detectores de bancos de arena y otras tonterías. Nada de eso tenía que ver con la pesca.

Siguió jugueteando con el cabrestante, ajustando la guía del cable, viendo cómo el pálido cable se deslizaba fuera del agua centímetro a centímetro.

Entonces llegó la red. Estaba llena a reventar, lo que sorprendió incluso a Dirk. Parecía ser una gran pesca. Si la red ya estaba llena, podía tirar de ella y vaciarla, girar al Berta, dar la vuelta, volver a echar la red y pescar más en el camino de vuelta.

Parecía que iba a ser un día muy, muy bueno.

Excitado por la perspectiva, Dirk se puso manos a la obra. Redujo la velocidad del cabrestante, corrigió el curso de la cuerda y sacó la pesca del día cada vez un poco más del agua.

La red era de color azul oscuro, remendada en varias partes, pero seguía haciendo un buen trabajo. Dentro estaban los cuerpos relucientes de cientos de peces. El espectáculo aceleró el corazón de Dirk – hasta que vio algo pálido.

De repente, el corazón le latió con fuerza en el pecho y Dirk paró el motor. Dio dos golpecitos más y el cabrestante se detuvo.

Dos tercios de la pesca colgaban fuera del agua. El resto subía y bajaba con las olas, al compás del barco.

Dirk tragó saliva y se acercó a la barandilla. Incluso se inclinó peligrosamente sobre la barandilla para ver mejor, y sus temores se confirmaron.

Una de las mallas reparadas de la red se había vuelto a romper. Los peces que había detrás se retorcían y luchaban contra su prisión,

pero no podían salir porque una mano humana pálida y con el antebrazo tatuado estaba metida por el agujero.

Capítulo Dos



Cuando la inspectora de policía Enna Koopmann bajó de su Polo rojo, todavía soplaba un fuerte viento en la costa. Había aparcado justo delante del puerto, que se extendía ante ella bajo la luz gris de la mañana. Varios pescadores se dedicaban a sus faenas; algunos transportaban cajas, otros descargaban sus pescas, otros reparaban los desperfectos de sus embarcaciones, pero todo parecía apagado, casi como envuelto en una niebla silenciosa.

La noticia de la pesca de Dirk Matthiesen ya había corrido como la pólvora.

Un cuerpo, le había dicho Berger. Afortunadamente, Berger había tenido la presencia de ánimo de escuchar la llamada de Matthiesen y ordenar al pescador que dejara la pesca intacta. Pero probablemente él mismo ya se había dado cuenta. Cualquiera que tuviera un televisor y lo viera de vez en cuando sabía por innumerables novelas policíacas que no se debía tocar un cadáver que fuera claramente reconocible como tal, o cualquier prueba podría ser destruida. *Me pregunto cuándo llegarán.*

Enna apartó el pensamiento; no podía hacer nada al respecto. Se metió las manos en los bolsillos de los pantalones cortos – hoy llevaba calcetines azules con huevos fritos – y se dirigió al camarote de Matthiesen.

Vio el barco desde lejos. Varios pescadores se habían reunido en el muelle para ver a la mujer muerta.

Enna se enfadó de inmediato y aceleró el paso. «¡Eh!», dijo casi gritando cuando aún estaba lejos. «¿No tienen cosas que hacer?»

Los hombres la miraron con fastidio al principio, pero luego reconocieron a la policía local y la multitud se dispersó.

Quedaban dos hombres. Enna supuso que uno de ellos era Matthiesen.

Todavía molesta por los curiosos, los miró. «¿Han venido todos a ver el cadáver?», preguntó bruscamente.

Uno de ellos se encogió de hombros. «No se ve algo así todos los días».

Enna resopló. «¿Han oído hablar de la paz para los muertos? ¿Y del respeto?»

El hombre volvió a encogerse de hombros, le dio una palmada amistosa en el hombro al otro hombre y se marchó.

Enna le vio marcharse y negó con la cabeza. Le dijo al otro hombre: «¿Así que usted es Dirk Matthiesen?»

El hombre barbudo de la pescadora engrasada se limitó a asentir.

«Bien. ¿Y sacó a una mujer muerta del mar esta mañana?»

«Nunca había tenido una pesca así».

Enna podía creerlo. «Vamos a echar un vistazo».

Frunció los labios y condujo a Enna sobre un tablón de metal que se balanceaba hasta el barco. En el casco estaba escrito BERTA. La pintura se estaba desconchando en varias partes. Había un fuerte olor a pescado y algas que hizo que Enna se sintiera un poco enferma, pero luchó contra las náuseas y siguió a Matthiesen por la pequeña cabina del capitán hasta el cabrestante. Allí colgaba una red abultada.

Enna la estudió durante unos segundos antes de ver el brazo tatuado que sobresalía entre los cuerpos de los peces. Y luego el rostro de la mujer, medio cubierto por una caballa brillante. El pelo oscuro se le pegaba a las mejillas como algas.

Enna respiró hondo. «¿Puede traer la pesca?»

Matthiesen vaciló y arrugó la nariz. «No me gustaría hacerlo», dijo. «Un cadáver en su propio barco no es algo bueno».

Enna enarcó una ceja. «¿Supersticioso?»

«No, pero tengo mis límites».

«Ya veo. Tráigala de todos modos, por favor. No podemos dejarla así, y mucho menos soltarla».

Matthiesen apretó los labios, pero encendió el motor del cabrestante e hizo lo que le había pedido la policía.

Enna observó con curiosidad cómo subía la pesca hasta el nivel de la barandilla, luego la sobrepasaba y finalmente entraba al barco.

«Con cuidado», advirtió Enna. Quería que el cuerpo sufriera el menor daño posible, aunque probablemente ya tuviera bastante daño. Nils tendría con qué divertirse.

Matthiesen, mientras tanto, procedió con mucho cuidado, bajando suavemente la pesca a la cubierta. La red se extendió ante ellos. Algunos peces seguían luchando, pero la mayoría ya estaban muertos.

«¿Debo abrirla?»

«Sí, por favor».

Enna vio cómo el pescador deshacía un nudo de una cuerda más fina y la pesca se desparramaba por la cubierta. Una ola de peces plateados llegó hasta los pies de Enna.

Maldijo y dio un paso atrás. Nunca podría quitarse el hedor de las zapatillas.

«Cuidado», advirtió Matthiesen, pasando hábilmente entre los peces con sus botas altas hasta la rodilla para llegar al cuerpo.

Enna refunfuñó y lo siguió. No había forma de evitarlo.

El cuerpo yacía de costado entre caballas y abadejos. Era una visión inquietante, porque, para sorpresa de Enna, la mujer estaba completamente desnuda. Un gran tatuaje adornaba su brazo, extendiéndose desde el hombro hasta la espalda. Otros símbolos estaban impresos en su piel, pero estaban extrañamente mezclados. Tenía un aspecto... extraño.

Entonces Enna se dio cuenta de por qué. No todos eran tatuajes. Algunos de los símbolos estaban pintados. Enna reconoció la pintura negra, ya que era la que utilizaba la Asociación Alemana de Socorristas. Cuando competían en el agua, no se les permitía llevar dorsales con los números, así que se escribían los números directamente sobre la piel con rotulador resistente al agua.

Esto tenía un aspecto similar, salvo que alguien había dibujado intrincadas líneas y símbolos en la piel de la mujer muerta.

Me pregunto qué significa.

Matthiesen, a su lado, probablemente se preguntaba lo mismo, ya que sus ojos se encontraron con los de Enna. «Parece... extraño».

«Sí, así es. ¿Conoce a la mujer muerta?»

El pescador negó con la cabeza. «Nunca la había visto».

«¿Dónde la pescó fuera del agua?»

«Buena pregunta. Anoté las coordenadas GPS cuando descubrí el cuerpo, pero cuánto tiempo llevaba en la red... ni idea».

«¿Puede decirme la distancia recorrida?» Pavel sin duda querría saberlo. Esperemos que esta vez no venga con teorías sobre corrientes.

«Claro. Le daré las coordenadas GPS de la ruta».

«Bien. ¿Notó algo más?»

«¿Qué quiere decir?»

«Bueno, ¿algo fuera de lo común? ¿Un barco o algo? La mujer debe haber salido al mar de alguna manera». Y ella probablemente no había estado allí demasiado tiempo, añadió Enna mentalmente. El cuerpo aún no estaba hinchado. Supuso que la mujer no había estado en el agua más de unas horas, pero Nils podría decirle algo más. Sin embargo, no sabía qué relación tenía esto con la tormenta. ¿La había sorprendido? También era improbable. Ella no se habría metido desnuda en el mar durante una tormenta.

Puedes nadar desnudo en la playa, pero no en una tormenta.

«No», respondió Matthiesen en voz baja. «No noté nada. Fue lo mismo de siempre».

«Muy bien. Gracias».

Enna se inclinó un momento sobre el cadáver, pero incluso de cerca no le reveló nada más.

«¿Y ahora?», preguntó Matthiesen.

«Esperemos al forense y al patólogo forense». Ellos podrían reunir más información. Ojalá.

El pescador hinchó las mejillas. «¿Y qué pasa con mi pesca? Tendré que darla por perdida, ¿no?»

«Probablemente».

«Mierda», dijo, sacando cigarrillos de su bolsillo. «Y el día empezó tan bien».

Enna levantó las manos disculpándose mientras volvía a salir de entre los peces plateados. «Así son las cosas a veces».

«Sí», refunfuñó, encendiendo su cigarrillo. «Así son las cosas». El viento le arrancó el humo de los labios y se lo llevó en finas hebras.



Pavel vio de lejos el Polo rojo de Enna. Como siempre, estaba aparcado en la zona prohibida justo delante del puerto. No pudo evitar sacudir la cabeza y sonreír.

Entonces vio el sedán negro de Nils Kessler. El patólogo forense del gorro de lana y el abrigo oscuro ya caminaba por el muelle. Llevaba su maletín plateado.

Pavel frunció los labios. Esperaba poder inspeccionar el cadáver antes que Kessler, pero probablemente el hombre había llegado en un avión privado. Vale, eso no era justo. El propio Pavel había estado incomunicado esta mañana porque la noche anterior se había dejado el móvil en el bolsillo de la chaqueta. Sólo cuando Berger se paró frente a su puerta para llamar, oyó el móvil.

Pavel empezó a pedalear de nuevo, bajando desde el dique hasta el puerto sobre Heino. El viento salado le hinchaba la chaqueta y jugaba con su escaso pelo.

Siguió pedaleando, más allá del Polo, más allá del sedán, y a lo largo del muelle con la cadena de su bicicleta chirriando. Había montones de excrementos de gaviota por todas partes. Era un detalle interesante en el que Pavel no había reparado antes. Parecía encajar con el ambiente del día.

Pavel volvió a acelerar y llegó junto a un barco pesquero llamado Berta al mismo tiempo que Nils Kessler.

El patólogo forense hizo una pausa y miró a Pavel con el ceño fruncido. «¿Este aspecto representa su forma de trabajar?»

Pavel desmontó, bajó el chirriante caballete y puso a Heino de pie sobre él. «¿Qué quiere decir?»

Kessler enarcó las cejas de esa forma tan característica que tanto le gustaba. «¿Está bromeando, Neuhof?»

Pavel levantó las manos disculpándose. «En absoluto, Kessler. Realmente no entiendo la pregunta. Yo—»

«¡Eh, ustedes dos!» Enna apareció en la barandilla y les saludó. «Me alegro de que por fin estén aquí».

Kessler murmuró algo ininteligible y subió por la plancha hasta el bote.

Pavel devolvió el saludo a Enna y siguió de cerca a Kessler.



«Limpia». Kessler había maniobrado entre los peces y examinó a la mujer muerta. Sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en rendijas.

Pavel dio un codazo a Enna en el costado. Preguntó en voz baja: «¿Qué quiere decir limpia?»

Enna le hizo un gesto con la mano y preguntó al patólogo forense: «No puede decir cuál fue la causa de la muerte sin una autopsia, ¿verdad?»

«No. Pero esta vez no parece haber violencia externa. Tiene varias heridas, pero a primera vista, parecen post-mortem. Probablemente causadas por la red».

«¿Es tan fácil de ver?»

«Sí. Sin circulación, no hay hematomas. Así que las lesiones tienen otro aspecto. Pero lo que me parece extraño», abrió uno de los ojos de la muerta con sus dedos enguantados, «es la dilatación de las pupilas».

Pavel se acercó y examinó el ojo dilatado. «Midriasis», dijo. «Un proceso normal después de la muerte».

Una mirada breve e indescifrable de Kessler. «Cierto, Neuhof, pero la midriasis puede ser causada por varios factores, incluyendo

los cambios químicos en el cuerpo después de la muerte y los efectos de las drogas o el estrés antes de la muerte».

Pavel sonrió. «¿Así que tendremos un informe toxicológico esta vez?»

«Le agrada bastante eso, ¿verdad?»

Pavel se apartó instintivamente y miró al suelo, luego se contuvo y levantó el dedo índice. «¿No podría responder objetivamente a mis preguntas?»

Kessler se dio la vuelta y comprobó la dilatación del segundo ojo.

Enna suspiró con fuerza. «Tengo una sugerencia, caballeros».

Pavel y Kessler respondieron al unísono: «¿Sí?»

Enna sonrió. «¿Qué tal si vamos los tres alguna vez al Deichkante?»

Kessler se echó a reír. «¿Con él? Creo que no».

El rostro de Enna se ensombreció. «Pero sería bueno, Nils, que os llevarais mejor».

Pavel empezó a responder, pero Enna le cortó. «No es tan malo. Sólo hay que aceptarlo como es».

«¿De verdad? ¿Tengo que hacerlo? Creo que no».

Pavel empezó a decir algo por segunda vez, pero Enna se le volvió a adelantar. «¿Qué pasa con esos símbolos y esas líneas?»

Kessler se encogió de hombros. «Es una pregunta muy interesante. Aquí tenemos algunos tatuajes clásicos. Pero el resto parecen rotuladores normales a prueba de agua».

Pavel estudió los símbolos. No podía clasificarlos. Le recordaban a las runas germánicas, pero también había influencias celtas, e incluso creía reconocer un estilo árabe.

Enna también se inclinó sobre la mujer muerta y estudió los símbolos. «Bastante intrincadamente dibujados. Probablemente no los hizo ella misma».

«Poco probable», confirmó Kessler. «No se puede llegar tan cerca de la parte superior del brazo por sí mismo – al menos no con esta calidad. Casi seguro que alguien lo hizo por ella».

«¿Post-mortem o pre-mortem?», preguntó Pavel.

Kessler volvió a mirarle con expresión inescrutable. Luego, para sorpresa de Pavel, preguntó: «¿Y usted que cree?»

«Creo que ambas cosas entran dentro de lo posible. El color es bastante vivo, así que no es de mucho tiempo atrás. Sospecho que se aplicó cerca del momento de la muerte. En cualquier caso, sería importante saberlo, porque el hecho de que alguien esté decorando un cadáver o a una persona viva marca una diferencia significativa en cuanto a la motivación. ¿Tiene alguna hipótesis?»

Kessler negó con la cabeza. «Esperemos que la autopsia responda a eso».

Enna señaló un símbolo sobre el pecho desnudo de la mujer. «Ese símbolo me resulta familiar».

Pavel y Kessler negaron con la cabeza.

«Nunca lo había visto antes», dijo Kessler.

Y Pavel: «¿Qué asocia con el símbolo?»

«No tengo ni idea. No puedo decirlo. Es como si algo me picara en el fondo del cerebro, pero no puedo alcanzarlo».

«Interesante imagen». Pavel sacó su móvil y sacó algunas fotos de los símbolos. Estaba a punto de mover el brazo de la mujer muerta para obtener más imágenes de los símbolos, pero Kessler intervino.

«¡Basta ya! Tendrá todos los símbolos bien enfocados. El lunes».

Antes de que Pavel pudiera replicar, Nils apartó más pescado, que empezaba a oler con más intensidad, y abrió su maleta. «¿Me puede dejar en paz? Tengo trabajo que hacer».

Pavel empezó a protestar, pero Enna ya le estaba apartando. «¡Buena suerte, Nils!», le dijo al patólogo forense.

El patólogo murmuró algo ininteligible y sacó su cámara réflex de la funda.



Cuando estuvieron fuera del alcance de sus oídos, Pavel preguntó: «¡No entiendo a Kessler! ¿Cómo se lleva con él?»

Enna se encogió de hombros. «Nils suele ser un tipo muy agradable. Y hace un buen trabajo. No entiendo por qué tiene un problema con él».

¿Qué clase de pregunta era ésa? Kessler estaba claramente atacándole y no tomándole en serio.

«Porque no hace lo que—»

«¿Usted quiere?» Enna hizo un mohín. «Debería trabajar en eso, Pavel. Hay varias formas de conseguir lo que se quiere. Con Nils, se necesitan paciencia y palabras amables. Dos cualidades de las que usted carece».

Pavel arrugó la frente. Paciencia era su segundo nombre. El término amable le resultaba menos familiar. Todos estaban aquí para resolver el misterio de una mujer muerta, no para intercambiar palabras amables. Pero a Enna le gustaba mezclar las cosas, así que suspiró y reconoció su derrota. «Supongo que puede tener razón. Me esforzaré más».

«Eso está bien».

Habían llegado a su bicicleta. Pavel la levantó del caballete y la empujó junto a ellos.

No muy lejos, una gaviota se posó en un poste de madera con costra de sal que sobresalía del agua. Parecía observar con recelo a los dos inspectores.

«¿Qué opina de esos símbolos?» preguntó Enna, cambiando repentinamente de tema.

Pavel sacó el móvil con una mano y abrió las fotos. Las recorrió una a una en la pantalla. Cuando llegó a la última, se encogió de hombros. «Es difícil de decir. Pero es una pieza importante del rompecabezas. Si podemos resolverlo, sin duda estaremos un gran paso más cerca. Pasaré las imágenes por la IA de reconocimiento en la oficina. Tal vez descubramos pronto lo que significan. ¿Le ha vuelto a venir a la cabeza esa idea que le picaba?»

Pavel imaginó que en el fondo de su mente se materializaba una idea que tenía que rascar.

«Desgraciadamente no», dijo Enna.

«Lástima. Pero puede que vuelva. *Lo que está bien volverá*, solía decir mi abuela. Primero pensé en las runas germánicas. Luego en los celtas, e incluso en los moros».

«¿Los moros? ¿Qué le hizo pensar en ellos?»

«Esas decoraciones. Casi se parecen a los relieves de la Alhambra en España. ¿Ha estado alguna vez allí?»

«No».

«Vale la pena un viaje».

Se imaginó a sí mismo recorriendo en bicicleta todo el camino hasta Andalucía montado en Heino con Enna a la espalda.

«Me interesan más la buena comida y el buen vino».

«España también los tiene». Pavel sonrió y detuvo a Heino junto al Polo de Enna. «¿Podría comprobar la identidad de la fallecida?»

«¿Y qué va a hacer? ¿Seguir el simbolismo?»

Ese había sido su plan. Pavel sonrió. Le apetecía un misterio. «Me conoce mejor de lo que pensaba».

Obviamente, su buen humor era contagioso, porque ahora Enna también sonreía. «Le encantan los acertijos, ¿verdad?»

«Sí», dijo, asintiendo. «Me encantan los acertijos».

«Entonces vamos a resolver este».

Capítulo Tres



Pavel y Heino se hicieron cada vez más pequeños en el espejo retrovisor del Polo de Enna. Cuando se desvió de la carretera del puerto hacia Fleetstedt, los dos desaparecieron por completo de la vista de Enna detrás de la alta hierba.

Sacudió la cabeza y se concentró en la carretera que conducía a través de los campos detrás del dique hasta el pueblo. La fuerte tormenta que había caído durante la noche había aplanado la hierba en algunos lugares; allí se veía especialmente oscuro. Sin embargo, el sol se abrió paso entre las nubes por un momento e hizo brillar la hierba húmeda como si alguien hubiera rociado diamantes sobre ella.

Enna disfrutó de la mágica vista durante un segundo, luego pisó el acelerador y se dirigió a la oficina. Llamó a Berger por el altavoz.

Berger respondió de inmediato. «¡Hola, Enna!»

«Hola. ¿Ya tenemos algo sobre la fallecida?»

«Si te refieres a la denuncia de una persona desaparecida, nada.»

«Oh, genial. El capitán del puerto tampoco sabía nada.»

«¿Crees que la mujer muerta se cayó por la borda de una embarcación?»

«Eso parece. Tengo los datos del GPS del pescador. Estaba bastante lejos. Como anoche tuvimos vientos en dirección a tierra a

causa de la tormenta, el cuerpo habría sido arrastrado hacia la costa.»

«Está bien. ¿Quieres que llame a los puertos circundantes?»

«Sería estupendo.»

«Está bien, vale. Te avisaré cuando tenga algo». Berger colgó.

Enna bajó una marcha y frenó en una curva en forma de S. Se preguntó de dónde más podría haber salido la mujer muerta. No había demasiadas posibilidades. O se había caído de una embarcación, o se había hundido con una. Era posible, dada la tormenta, pero no se había recibido una petición de ayuda, al menos no a la oficina del capitán del puerto.

Pero la mujer muerta había venido de algún lado. Quizá el software de reconocimiento facial ayudaría. O sus huellas digitales estaban archivadas, algo que María podía comprobar. Pero eso llevaría tiempo. Hasta entonces, tenían una mujer muerta sin nombre que había acabado en una red de pesca.

Enna pensó en los complicados símbolos del cuerpo y solo pudo sacudir la cabeza. Este caso tuvo un comienzo misterioso. Podría tratarse de una loca que saltó desde una embarcación al mar, de un profanador de cadáveres al que le gustaban la piel desnuda y los rotuladores, o de un asesino que había estado realizando algún tipo de ritual. ¿Anoche hubo luna llena?

Enna no tenía ni idea. Pero lo comprobaría.

En cualquier caso, se le puso la piel de gallina.

Con algo de suerte, ella y Pavel podrían arrojar algo de luz sobre el asunto.



El calendario lunar arrojó algo de luz sobre la situación, ya que la luna había estado llena esa noche. Puede que fuera pura coincidencia, pero de alguna manera Enna no se lo creía. Símbolos intrincados, mares agitados, una mujer desnuda y luna llena: parecían los ingredientes perfectos para una película de terror. Lo único que faltaba era un hombre lobo aullando.

La maratón de llamadas telefónicas de Berger fue aún menos esclarecedora. No había nadie desaparecido en ninguno de los puertos circundantes y no se había recibido ninguna llamada de auxilio. Ni siquiera en el centro de rescate.

Mientras Berger llamaba, Enna comprobaba las rutas de los grandes cruceros. Las personas desaparecían regularmente de esos lugares, algunas por la borda de forma voluntaria y otras involuntariamente. Pero ningún crucero había estado cerca de Fleetstedt esa noche. Así que también podría descartar eso.

Enna estaba sentada en su oficina, preguntándose dónde estaba Pavel, quien ya debería haber estado allí, cuando la puerta se abrió de golpe y él irrumpió con varios libros bajo el brazo. Eran gruesos tomos encuadernados en cuero que olían a antigüedad y secretos.

Pavel pareció complacido mientras los colocaba sobre su escritorio con una sonrisa. «¡He traído material de lectura!»

Enna miró los tres libros con las cejas levantadas. «¿Dónde los encontró?»

«En la biblioteca local. La bibliotecaria tuvo la amabilidad de abrir para mí.»

«¿En serio? ¿A estas horas de la noche?»

«Sí. Se mostró muy entusiasmada cuando le mostré mi carné de identificación».

Enna se echó a reír y acercó la silla de su escritorio para examinar los libros. Dos volúmenes trataban sobre la sabiduría rúnica y la magia, y el tercero se llamaba simplemente *El antiguo Futhark*. Las palabras estaban estampadas en oro en el cuero.

«¿Y cree que aquí encontrará lo que busca?»

Pavel acarició la encuadernación de cuero con las yemas de los dedos. «Tengo esperanzas. ¿Ha encontrado algo ya?»

«Desafortunadamente, no. Solo que anoche hubo luna llena».

«Interesante. Quizás la mujer muerta estaba realizando algún tipo de encantamiento o rito». Pavel se hundió en la silla de su oficina, cogió el *Antiguo Futhark*, y lo hojeó. Las páginas crujían.

Enna observó a Pavel durante unos segundos antes de volver a su ordenador. «Voy a probar el reconocimiento facial. Nunca se pierde nada en la red».

«Quizá encontraron su ropa en alguna parte. Podría llamar a objetos perdidos».

Enna resopló. «Usted no cree eso. No habría salido desnuda al mar. Esa noche hubo una tormenta y—» Enna volvió a revisar el informe meteorológico «—la temperatura del aire era de once grados. Combinados, quizá siete grados. Por la razón que sea, debe haberse quitado la ropa justo antes de entrar al agua».

«O ya estaba muerta. No podemos olvidar eso».

«Sí». Enna suspiró cuando se abrió la puerta de la oficina.

El rostro enrojecido de Berger asomaba por la rendija. «¡Tengo algo!»

Enna se puso de pie de inmediato, mientras Pavel solamente levantaba la vista de su libro.

«El propietario del apartamento vacacional Deichblick-Oase acaba de llamar», explicó Berger. «Su inquilina actual tenía que marcharse hoy y no se ha puesto en contacto. No está disponible ni tampoco está en el apartamento».

«¿Dirección?»

Berger le entregó a Enna una hoja de papel. Enna lo cogió y estaba a punto de salir de la oficina, pero se detuvo y le preguntó a Pavel: «¿No va a venir conmigo?»

«No, adelante. Quiero obtener una visión general de todo esto».

Berger leyó con curiosidad: «El antiguo Futhark». Había un gran signo de interrogación en su voz, que incluso Pavel notó.

Sonrió. «El antiguo futhark es un antiguo alfabeto rúnico germánico utilizado entre los siglos II y VIII d.C. Consta de veinticuatro caracteres, en su mayoría formados por líneas rectas, que se utilizaban para las inscripciones en piedra, madera y metal. El futhark antiguo se usó principalmente en Escandinavia y partes de Europa Central y es la forma más antigua conocida del alfabeto rúnico».

Berger asintió con vacilación. «¿Y espera encontrar respuestas para... la vida?»

«Más para la muerte, Berger. Para la muerte». Dicho esto, Pavel Neuhof volvió a bajar los ojos y hojeó las páginas parecidas a

pergaminos. Ni siquiera se dio cuenta cuando Enna hizo salir a Berger y cerró la puerta tras ellos.



El oasis de Deichblick estaba ubicado en Fleetstedter Berg. La colina en las afueras de la ciudad no se parecía mucho a una montaña. A Enna siempre le hacía gracia el nombre, sobre todo porque su padre, Wolfgang, siempre bromeaba al respecto.

Su padre era originario de Baviera. Creció en el lago Chiemsee y llamó a los Alpes de Chiemgau el hogar de su infancia. No podía soportar el hecho de que la gente del norte de Alemania llamara montaña a una colina de unos 30 metros de altura.

Enna compartía esta opinión — por apego infantil. En general, le gustaba su padre. Él le había transmitido muchas buenas cualidades. También había sido socorrista, había estado involucrado en la Asociación Alemana de Salvamento y había venido a Fleetstedt en un intercambio de tres semanas para ayudar en la costa. Había conocido a Mareike, la madre de Enna, y, como suele ocurrir, Wolfgang terminó quedándose.

Enna decidió que debía volver a visitarlos lo antes posible. Con los casos recientes y su compromiso con la Asociación Alemana de Socorrismo durante la temporada alta, simplemente no había tenido tiempo suficiente para ellos. Pero ¿qué era demasiado poco tiempo? Tenías que hacer tiempo. Era cuestión de prioridades.

Pero ahora al Oasis de Deichblick.

Los apartamentos de vacaciones estaban situados en la «montaña» y ofrecían una vista maravillosa sobre el Mar del Norte. Para entonces, las nubes grises se habían despejado y el sol proyectaba largos rayos de luz sobre el agua. El mar aún estaba agitado, gris y oscuro, mientras crestas blancas bailaban hacia la playa.

Enna se estacionó justo en frente del edificio de apartamentos y siguió los letreros cuidadosamente hechos a mano hasta el

mostrador de recepción. Había jirafas, de varios pies de altura, hechas de madera flotante gris y pintadas de oro y blanco.

Sonó una campanita cuando Enna entró. El aroma del té negro recién hecho llenó el aire cuando una anciana la saludó.

«¡Hola! ¿Busca una habitación? ¡Tenemos una disponible!»

Enna sacudió la cabeza y sacó su carné de identificación.

«Ah, está aquí por mi inquilina. Eso está bien. ¡Es escandaloso!»

«¿Qué es escandaloso?»

«Oh, la Sra. Sommerfeld estaba contratada hasta hoy. Estuvo aquí dos semanas y se suponía que se iba a marchar hoy. Pero no se ha presentado».

«¿Y tampoco pudo localizarla?»

«No. Lo intenté varias veces, pero el teléfono ni siquiera suena. *Lamentablemente, la persona que intenta contactar no está disponible*».

«Está bien. ¿Y tampoco está en el apartamento? ¿Lo comprobó?»

La recepcionista asintió con la cabeza, un poco deprimida. «No suelo entrar en los apartamentos de mis huéspedes, ¡pero quería asegurarme de que no le hubiera pasado nada!»

«Está bien. ¿Se han llevado sus cosas?»

«No. Todo sigue ahí. Por eso estaba preocupada».

«Ya veo. ¿Me enseñaría el apartamento?»

«Por supuesto. Por favor, sígame».

La campana volvió a sonar y Enna siguió a la dueña por el patio hasta uno de los tres chalés. Cada uno de ellos tenía dos apartamentos uno al lado del otro. La dueña abrió uno de ellos y comenzó a entrar, pero Enna la detuvo. «Por favor, espere aquí».

«Está bien».

«Gracias». Enna entró en el apartamento con cautela. Era tranquilo y carecía del hedor que había llenado el apartamento de Toni Sattelmacher. Del perchero colgaba una chaqueta oscura. Debajo había un par de botas de cuero con hebillas.

Entró en la sala de estar. En el sofá había una bolsa de lona abierta. La ropa estaba doblada al lado. Parecía que alguien había estado haciendo las maletas. Por lo demás, el lugar parecía relativamente ordenado. Había un vaso medio lleno de agua junto a

un plato con algunas migas. Enna no podía ver ni un teléfono móvil ni un portátil. Ni ningún objeto de valor.

Revisó brevemente la cocina, pero solo había platos lavados que se estaban secando junto al fregadero. La nevera estaba casi vacía.

Se dirigió al baño. Había un montón de toallas con el logotipo de Deichblick Oasis en el suelo. Todavía había un neceser en la encimera. Enna vaciló un momento, luego sacó un par de guantes desechables del bolsillo de su chaqueta, se los puso y abrió la cremallera de la bolsa. Contenía una modesta selección de artículos de tocador. Nada de alta calidad, excepto el tipo de artículos de farmacia estándar que Enna usaba ella misma. Una crema de día con protector solar, una crema de noche, pasta de dientes y un cepillo. Enna sacó el cepillo de la bolsa con la punta de los dedos. Las cerdas estaban secas. Era un cepillo de dientes fabricado de bambú sostenible.

«Encomiable, encomiable», dijo Enna y lo puso en una bolsa de plástico que siempre guardaba en su chaqueta.

Faltaban un peine y un cepillo. Buscó cuidadosamente en la bolsa hasta que encontró un peine de peluquería plano en la parte inferior. Algunos cabellos oscuros quedaron atrapados en el peine.

Enna los sacó y los puso en la bolsa con el cepillo de dientes. El color coincidía con el del cadáver, pero había muchas mujeres con cabello oscuro. ¿Eran de la mujer muerta?

Enna salió del baño y miró hacia el dormitorio. Pero no había otros objetos personales.

Evidentemente, la Sra. Sommerfeld había estado haciendo las maletas. No se ajustaba del todo a la imagen. ¿Por qué empacaría todo el día antes de partir? Es cierto que había personas que hacían las maletas el día anterior y no diez minutos antes de la salida, como Enna.

También faltaban una mochila o un bolso.

Enna volvió a mirar a su alrededor y luego volvió a la maleta que había en el sofá. Miró dentro y luego palpó los bolsillos laterales. En uno de ellos, sintió un objeto plano y rectangular.

Abrió la cremallera y sacó un libro. Se titulaba *Rituales chamánicos.*

«Mira lo que tenemos acá». Enna lo revisó y luego puso el libro en una segunda bolsa de pruebas.

Un examen más detenido de la maleta no arrojó más hallazgos interesantes. Extrañamente, no había encontrado ningún objeto personal: ni teléfono móvil, ni portátil, ni tableta, ni cartera.

¡Pero la Sra. Sommerfeld se había registrado de alguna manera!

La casera esperó diligentemente en la puerta. «¿Y bien?» Frunció el ceño al ver las dos bolsas de plástico en las manos de Enna. «¿Qué es eso?»

«Un control de identidad. Voy a necesitar toda la información personal de la reserva. Dirección de correo electrónico, dirección, todas las copias del carné de identidad de la Sra. Sommerfeld y datos bancarios. Toda la información que tenga».

«Puedo armar eso para usted».

«Genial. ¿Tiene una foto?»

«Lamentablemente no. Pero dígame, ¿por qué está involucrada la policía?»

Enna miró a la dueña durante unos segundos, luego sacó su teléfono móvil y llamó a una foto de la mujer muerta. Solo se veía su rostro, pero enmarcado por peces muertos, incluso eso era un espectáculo desagradable. «¿Es la Sra. Sommerfeld?»

El color desapareció del rostro de la casera. «Sí, lo es. Dios mío, ¿está muerta?»

«Desafortunadamente. Nos ocuparemos de todo lo demás».

«¿Y el apartamento?»

«Está siendo investigado por la policía. Enviaré un equipo forense y luego liberarán el apartamento. Hasta entonces, por favor, no toque nada».

«Ya veo. Oh, Dios, ¿dónde la encontró?»

Enna no respondió, pero dirigió su atención al mar que había a lo lejos. Preguntó: «¿Estaba sola la Sra. Sommerfeld?»

«Por lo que sé, sí. Se registró sola. Solo la he visto sola».

«¿Tenía coche?»

«Uh, sí. Un coche blanco pequeño».

«¿Conoce la matrícula?»

«Eh, no. No la recuerdo. Tengo varios cambios de huéspedes cada semana».

«No hay problema. ¿Notó algo más?»

La casera frunció los labios. «La verdad es que no».

«¿Pero?»

«Bueno, la Sra. Sommerfeld me pareció un poco enfermiza. Estaba bastante pálida alrededor de la nariz. Pero la gente de la ciudad viene a menudo aquí para relajarse junto al Mar del Norte. ¿Por qué le cuento esto? Usted es de por aquí».

Enna sonrió. «Eso es cierto. Aquí también es hermoso. Excelente vista». Enna volvió a ponerse seria. «¿Mencionó la Sra. Sommerfeld algo más? ¿Tenía la intención de visitar a alguien? ¿Tenía planeado algo especial?»

«Me temo que no tengo esa información, inspectora. La registré, pero por lo demás, apenas hablé con ella. Por lo general, salía por la mañana y volvía por la tarde. La vi brevemente ayer por la mañana para preguntarle si todo estaba bien».

«¿Y?»

«Y nada. Ella asintió y dijo que saldría a las diez. Por eso me sorprendió tanto que después no apareciera».

«Está bien. Gracias. Si piensa en algo más, póngase en contacto conmigo». Enna le entregó a la mujer una tarjeta de presentación. «Y ahora necesito la información de la Sra. Sommerfeld».

«Oh, sí. ¡Entre por favor! ¿Quiere una taza de té mientras imprimo los datos?»

«Sí, por favor». Enna siguió a la dueña hasta el área de recepción y echó un vistazo al libro que tenía en la mano. *Rituales chamánicos.* A Pavel sin duda le gustaría. Podía imaginarse la emoción en sus ojos.

Emoción que ella misma no compartía. Había algo en este caso que no le gustaba. Ni siquiera un poco.

Bajó la mano que sostenía el libro y notó la piel de gallina que se le había formado en el antebrazo.

Capítulo Cuatro



Pavel estaba muy entusiasmado con las runas.

Las runas fueron utilizadas por las antiguas tribus germánicas, especialmente en lo que ahora era Alemania, Escandinavia y partes del norte de Europa. Lo interesante de las runas era que no solo servían como letras, sino que también tenían un profundo significado simbólico. Se han encontrado talladas en piedra, madera y metal y tenían usos específicos, como la comunicación, la magia y la práctica religiosa.

Se dividieron en tres grupos principales: el antiguo Futhark, el nuevo Futhark y los Futhorc anglosajones. Cada grupo tenía un conjunto de reglas, según las cuales cada uno de ellos representaba un sonido, pero también tenía su propio significado y poder simbólico. Las runas se utilizaban a menudo con fines adivinatorios, para predecir el futuro o para pedir protección y suerte.

Pavel estaba fascinado por la historia, aunque nunca había abordado el tema, pero encontró aún más interesante – y posiblemente innovador en este caso – que las runas desempeñaran un papel importante en el esoterismo y el neopaganismo modernos. Muchas personas las consideraban una fuente de sabiduría espiritual y las utilizaban para la meditación, la adivinación y el desarrollo personal.

¿Los símbolos del cuerpo del difunto tenían este tipo de significado? Pavel vio dos escenarios posibles: la mujer muerta se

había pintado los símbolos sobre sí misma o alguien se los había pintado para que surtieran efecto. No podía decir cuál (había demasiadas posibilidades), pero pensó que podía ser un poder curativo, suerte o una maldición.

Cogió su teléfono móvil y miró las fotos de la mujer muerta. ¿Entraba en la definición de *bruja*? ¿Era ella algo así?

¿O fue por eso por lo que la mataron? ¿El asesino usó su cuerpo para realizar un encantamiento?

Pavel frunció los labios y cerró el libro. Las runas y los símbolos eran muy interesantes. No había podido identificar ninguna runa clara en el cuerpo, pero no se podían negar las similitudes. Había marcado los caracteres correspondientes del libro con pósteres amarillos. Tenía curiosidad por saber qué diría Enna.

Hablando de Enna, ¿dónde estaba su colega? No había llamado ni enviado ningún mensaje.

Pavel se puso de pie y se dirigió a la ventana. Desde allí tenía una buena vista de una zona cubierta de hierba, más allá de la cual estaba el jardín municipal de Fleetstedt. Era solo un área pequeña, llena de arbustos y algunos árboles, por la que se podía caminar en cinco minutos, pero Pavel estaba empezando a apreciar cada vez más el oasis verde. Podía estirar las piernas sin tener que salir a la calle, donde siempre corría el peligro de ser atropellado por un coche fuera de control. Lo único que le molestaba eran los dueños de los perros, que parecían sentirse atraídos por la zona verde como por arte de magia.

Se preguntó si debería dar un paseo para procesar mejor la información de los libros, pero algo rojo en el borde de su campo de visión le llamó la atención. Era Enna en su polo. Se precipitó imprudentemente hacia el camino de entrada y se perdió de vista.

Pavel sonrió y sacudió la cabeza. Eventualmente, ella provocaría un accidente al conducir. Supuso que debía reprenderla, pero se abstendría de hacerlo. Mientras no estuviera en el auto con ella...

Pavel volvió a mirar hacia la zona cubierta de hierba e hizo algunas flexiones de rodillas para mejorar su circulación. Cuando llegó al número cuarenta y cuatro, Enna entró con ímpetu. Tenía las

mejillas enrojecidas y el pelo un poco despeinado. Sostenía una hoja de papel doblada en la mano.

«¡He identificado a la mujer muerta! Una tal Fabienne Sommerfeld, de treinta y nueve años, soltera, sin hijos, que vive en Oldenburg».

«¡Genial! ¿Estaba conectada con el apartamento?»

«Sí. Alquiló el apartamento durante dos semanas. Ella se iba hoy. Había empacado la mayoría de sus cosas. La policía científica está en camino. Ya he preparado una muestra de cabello para que Kessler compare el ADN».

«Muy bien. ¿Qué hay de un vehículo?»

«Ya le he dicho a Berger que se ocupe de eso. La casera dijo que Sommerfeld conducía un coche. Según el registro central, hay uno registrado a su nombre. Un Fiat Punto blanco. La matrícula se enviará a nuestros colegas».

Pavel asintió con la cabeza. «Parece que tiene todo bajo control».

Enna sonrió. «Lo creo. ¿Y usted?» Sus ojos se dirigieron a los libros.

«Interesante lectura. Muy recomendable. Pero me gustaría esperar a ver las fotografías completas y detalladas de Kessler antes de hacer una comparación. Una búsqueda inicial en Internet aún no ha arrojado nada».

«Quizás usó los parámetros de búsqueda incorrectos». Enna sacó del bolsillo de su chaqueta una bolsa de plástico con un libro dentro. El título era *Rituales chamánicos*.

Con curiosidad, Pavel cogió el libro y leyó la publicidad en la tapa:

«*Rituales chamánicos* lleva al lector a un fascinante viaje al mundo del chamanismo, donde la sabiduría antigua y las prácticas atemporales se enfrentan a los desafíos modernos. En esta obra introductoria, se explican e ilustran vívidamente los conceptos básicos del chamanismo, mientras que el lector aprende cómo los rituales chamánicos se pueden utilizar para crear conexiones espirituales profundas y promover el crecimiento personal.

Sumérjase en el fascinante mundo de las tradiciones chamánicas, desde los ritos curativos de la naturaleza hasta los viajes rituales a

mundos ocultos. Aprenda a aprovechar los poderes de los elementos, las plantas y los espíritus de los animales para lograr el equilibrio, la sanación y la perspicacia.

A través de orientación práctica, historias inspiradoras y ejercicios poderosos, *Rituales chamánicos* ofrece una manera de profundizar en su propio viaje espiritual y aprovechar el poder del chamanismo para la transformación personal. Sumérjase y descubra los caminos ocultos del chamanismo, que pueden llevar la luz a los rincones más oscuros del ser y armonizar el alma con el mundo.

Pavel alzó los ojos. «¿El libro pertenecía a la Sra. Sommerfeld?»

«Sí. Estaba en su maleta. Bastante desgastado».

Pavel no había pasado por alto la cubierta grasienta y las muchas marcas que tenía. «¿Qué opinión tiene del libro?» preguntó.

Enna suspiró en voz alta. «No creo mucho en ese tipo de cosas».

«Por *ese tipo de cosas*, ¿quiere decir cosas espirituales en general?»

«Sí. Religión, chamanismo, tarot y cosas así. Soy más una persona de hechos. Ciencia y cosas así».

Esto sorprendió a Pavel. Se consideraba a sí mismo una persona basada en los hechos, y Enna Koopmann estaba lejos de serlo. «¿Cómo lo ve en relación con nuestro caso?»

«No tengo ni idea. Pero me imagino que estamos ante algún tipo de ritual chamánico. Solo las palabras de moda de la portada: *ritos curativos de la naturaleza, viajes rituales a mundos ocultos, poderes de los elementos*. Quiero decir, sacamos a una mujer muerta desnuda del Mar del Norte».

Pavel sabía lo que quería decir. «Y el agua es un elemento poderoso. El mar, las olas, las mareas. ¡Muy buen punto, Enna!» Abrió la bolsa y sacó el libro. Olía a papel viejo y a sudor. Empezó a hojearlo, y de repente se quedó paralizado.

Enna entrecerró los ojos. «¿Qué pasa?»

«¡Alguien ha doblado las esquinas de las páginas!» Pavel no podía creerlo. ¿Cómo puede alguien tratar un libro de esa manera? Podía sentir que su corazón latía más rápido.

Enna examinó la página. «Es un marcador, ¿verdad?»

«Y no es el único». La esquina superior derecha de varias páginas estaba doblada. En realidad, Pavel estaba temblando.

Enna asintió con la cabeza. «Entonces ya tiene otra tarea que hacer».

Sí, arreglaría las esquinas dañadas. Ese era su trabajo. «¿Tenemos una plancha aquí?»

«¿Disculpe?»

«Para alisar las páginas».

Enna lo miró con los ojos muy abiertos. «Me refería a que podía usted revisar las páginas marcadas y ver si hay algún rito descrito que se ajuste a nuestro caso».

Oh, claro. Sí, ese sería el siguiente paso lógico.

«¿Y qué va a hacer usted mientras?» preguntó.

«Ir al forense Kessler y darle la muestra de ADN». Enna sacó una segunda bolsa del bolsillo de su chaqueta, que contenía un cepillo de dientes y un poco de pelo oscuro, y la blandió. Luego salió por la puerta, dejando a Pavel solo con su nuevo y maltratado material de lectura y sin una plancha.



Nils Kessler levantó la vista del cadáver cuando Enna entró en la sala de autopsias. «Espero que lo hayas dejado en la oficina».

Enna gruñó y se detuvo frente a Nils, al otro lado de la mesa de acero inoxidable. La mujer muerta yacía entre ellos. La piel pálida con los símbolos negros parecía fuera de lugar sobre el metal brillante. Su cabello se arremolinaba alrededor de su cabeza como algas marinas. «Él solo es diferente», dijo.

«Diferente es una buena manera de decirlo. No tiene tacto».

«No cero, pero sí muy poco. Hay una razón para ello: es autista».

Otra mirada crítica de Nils. «¿En serio?»

«Sí. Lo busqué en Google. Es solo que piensa de manera diferente y no siente las emociones como nosotros las sentimos».

¿No sentían todos las emociones a su manera? Pero Enna no sabía de qué otra manera explicarlo.

Nils resopló. «Eso explica muchas cosas, pero no lo hace más agradable».

Sí, incluso el forense era especial.

«Creo que sí», defendió a Neuhof. «No es su culpa que sea como es. Lo está intentando de verdad. Incluso contigo».

Nils frunció el ceño, pero no dijo nada, sino que señaló a la mujer muerta. «Estamos ante un ahogamiento».

«¿Has descartado todo lo demás?»

«No todo. Pero no hay señales de violencia pre-mortem. Todas las lesiones fueron causadas por la red. Incluyendo una fractura en una pierna». Señaló un lugar donde un bulto sobresalía de la espinilla.

Enna apartó la mirada rápidamente y volvió a mirar los símbolos entrelazados. «¿Qué hay del alcohol y las drogas?»

«Negativo, en lo que respecta a las pruebas rápidas habituales».

Enna se mordió la lengua, pero luego preguntó: «¿Esta vez vas a hacer un informe toxicológico?»

«En este caso, sí. Un ahogamiento junto con estas marcas es algo muy sospechoso. Quiero decir, ¿por qué alguien dibujaría estos símbolos en su piel con un rotulador impermeable? Por cierto, traté de borrar los símbolos. El alcohol isopropílico funcionó hasta cierto punto. También probé jabón y loción, pero no obtuve buenos resultados. Supongo que es un rotulador permanente impermeable clásico. En cualquier caso, no había visto nada igual antes».

Enna sentía lo mismo, pero no tenía tanta experiencia como Nils Kessler. «¿Puedes decir si las marcas se hicieron antes o después de la muerte?»

Kessler sacudió la cabeza. «No lo sé. No veo ninguna reacción en la piel. Estoy de acuerdo con Neuhof en que la tinta no es muy antigua. Esto me lleva al momento de la muerte: hace unas catorce horas, más o menos, dos horas».

«Ayer entre las siete y las once».

«Correcto. No puedo cerrar la ventana más que eso».

«Está bastante cerrada». Y ocurrió antes de la tormenta. Solo había llegado a la costa alrededor de medianoche y alcanzó su punto

máximo a las tres de la mañana. Así que la tormenta no tomó desprevenida a la mujer muerta.

«Aparte de eso, no encontré nada fuera de lo común, excepto una cosa, y es muy interesante». Nils se alejó de la mesa de autopsias y se dirigió a una encimera cerca de la pared. Enna lo siguió, solo para descubrir parte de un pulmón en un cuenco. Pero Nils no hizo eso, sino que señaló un cuenco de metal mucho más pequeño que había al lado. Dentro había algo cónico. La superficie estaba cubierta de burbujas.

Enna se inclinó sobre el objeto orgánico y lo examinó detenidamente. Luego preguntó: «¿Qué son esos bultos?»

«Esa es la superficie poli lobulada del páncreas».

«¿El páncreas?»

«¡Correcto! Pero este páncreas no está completamente sano». Nils mostró sus dientes blancos. Con un bisturí plateado, señaló un punto abultado. Empujó muy lentamente la hoja entre dos burbujas, y solo entonces Enna se dio cuenta de que había hecho una incisión.

La hoja desapareció dos centímetros dentro de la glándula y Nils giró cuidadosamente el bisturí. En el interior, algo marrón emergió de debajo de la piel amarillenta. Parecía asqueroso e insalubre. El olor también era desagradable, algo agrio y acre.

Nils no evitó notar su olfateo.

«La señora tenía cáncer. He tomado una muestra y voy a hacer un examen histológico. Entonces podré determinar si se trata de cáncer de páncreas o, con mucha menos probabilidad, de una metástasis». Sacó el bisturí y la incisión volvió a romperse.

Enna se enderezó y se tragó el desagradable sabor de la boca. «El cáncer de páncreas es bastante agresivo, ¿verdad?»

Nils asintió con la cabeza. «Es como un glioblastoma en la cabeza, del peor tipo. La tasa de supervivencia a dos años es, en el mejor de los casos, del diez por ciento».

«¿Así que solo uno de cada diez vive más de dos años?»

«Correcto. Así que esta mujer tenía una enfermedad terminal y no le quedaba mucho tiempo de vida. También tenía metástasis en el hígado, ya sea por el cáncer de páncreas o por otro tumor primario. Todavía no he examinado completamente el cerebro, pero

hasta ahora no he encontrado ninguna evidencia de otras metástasis. Por lo tanto, el escenario más probable hasta ahora es que el cáncer de páncreas se haya diseminado. O para decirlo sin rodeos, su suerte estaba echada».

Muy interesante. Enna pensó en el libro chamánico y en los ritos curativos que anunciaba y se estremeció. Cabría, pero ¿la Sra. Sommerfeld había intentado tratar su cáncer con ritos religiosos?

«¿Estaba en tratamiento?»

«¿Te refieres a la quimioterapia o algo así?» Nils sacudió la cabeza. «No he encontrado ninguna prueba de ello. Así que mi experiencia dice que no. Sin embargo, a partir del informe toxicológico, podré saber si había estado tomando medicamentos o quimioterapia. Si puedes encontrar algún registro médico, sería de gran ayuda».

«Te avisaré si podemos conseguirlos. La mujer era de Oldenburg».

Nils lo entendió. «Otro distrito. Así que podría llevar un tiempo».

«Sí. Esperaremos. No sabes nada sobre los rituales chamánicos, ¿verdad?»

El médico se rio a carcajadas. «No puedo ni rezar el rosario. Pero conozco a alguien que sí».

«Oh, sí, ¿quién?»

«Una vieja amiga. Te puedo dar su número. Dile que la he saludado y, con un poco de suerte, podrá responder a algunas de tus preguntas. Es bastante extraña. Pero ¿qué te hizo pensar en el chamanismo?»

«La mujer muerta tenía un libro sobre ello en su apartamento».

«Oh, bueno, es un mundo completamente diferente, te lo puedo decir. No dejes que nadie te convenza. Ni siquiera Bárbara». Sacó su teléfono móvil, lo tocó y el bolsillo de Enna vibró.

«¡Gracias, Nils! ¿Vas a enviar fotos de los símbolos?»

«Sí, sí, van a llegar hoy. Pero no empieces a estresarme como lo hace Neuhof. Por cierto, me iré el fin de semana, para que lo sepas».

Enna sonrió. «¡Te lo has ganado!» Entonces se acordó y sacó el cepillo de dientes y la muestra de cabello del bolsillo de su chaqueta.

«Tomé muestras del apartamento de la mujer muerta. Para una comparación de ADN».

Nils cogió la bolsa y suspiró: «Odiaría tener tiempo para aburrirme».

«Tenemos que asegurarnos de que tu trabajo no sea redundante de alguna manera».

Nils solo gruñó y saludó a Enna para que se fuera. Ella se rio, pero siguió su petición y abandonó sus sagrados salones.



Una brisa fresca hacía crujir el viejo olmo del jardín del departamento forense. Los arbustos de peonía y el espino amarillo se unieron al coro de susurros. Era un susurro salado que aún hablaba de la tormenta de anoche.

Enna se apoyó en su auto y dejó que la información de Kessler se apoderara de ella. ¡La Sra. Sommerfeld tenía cáncer! ¿Dónde la dejaba esa nueva información? ¿La Sra. Sommerfeld estaba lo suficientemente desesperada como para recurrir a métodos de curación alternativos? ¿Había realizado un ritual de curación? ¿Pero por qué se ahogó? ¿Un accidente?

¿O no tuvo nada que ver con la curación, sino exactamente lo contrario? ¿La Sra. Sommerfeld se quitó la vida deliberadamente en un ritual? ¿Se suicidó debido a la desesperanza de su enfermedad? ¿Los símbolos estaban destinados a acompañarla hasta la muerte?

De repente, Enna recordó los libros de su juventud. Le encantaba leer libros de fantasía y devoraba con impaciencia las historias. Le encantaban los cuentos de mundos místicos. Harry Potter. Narnia. *La brújula dorada*. Más tarde, *El señor de los anillos*. El rey Arturo y el legendario Avalon. El único modo de llegar era tomar un bote y entrar en la niebla.

¿La Sra. Sommerfeld navegó deliberadamente hacia el Mar del Norte azotado por la tormenta para morir?

Enna se imaginó sola al timón de un bote de remos en la oscuridad. El mar chapoteaba contra el barco con cada ola, el rocío

le salpicaba la cara y los remos se sumergían una y otra vez, acercándola a lo inevitable. Afuera, la tormenta se acercaba. A lo lejos, un rayo crepitaba durante la noche.

Enna se estremeció. Siguió remando hasta que sus músculos se quemaron por el esfuerzo, hasta que cada respiración le dolía como el fuego en los pulmones. Conocía ese dolor por su entrenamiento en la Asociación Alemana de Salvamento. ¿Era así como alguien quería morir? ¿Era capaz de hacerlo una mujer con cáncer? ¿Y cómo sería el acto final?

Enna soltó los remos en su mente. Cayeron al agua salpicando y desaparecieron en la distancia. Había sellado su destino, había hecho imposible poder regresar.

¿Se había desnudado la Sra. Sommerfeld, había sudado remando, y luego se había pintado a sí misma? Las marcas meticulosamente pintadas en sus brazos decían que no, pero no importaba. En la imaginación de Enna, lo había hecho ella misma, solo para esperar con la mirada fija la tormenta que finalmente hizo zozobrar al barco.

No sería una muerte bonita.

Enna parpadeó y se encontró de nuevo en el jardín del edificio forense. Al principio, las fachadas de piedra de color marrón óxido de la mansión parecían de otro mundo, pero luego dejó de pensar en la tormenta por completo.

Indecisa, se rascó la cabeza. ¿Era eso lo que había pasado? Por alguna razón, no lo creía. Cuando tienes cáncer, ya has pasado por un infierno. El diagnóstico, el dolor, la incertidumbre, el costo emocional, los posibles tratamientos, la esperanza y, luego, lo inevitable. ¿De verdad quieres sumirte en medio de una tormenta y aguantarla? Probablemente no. Si la Sra. Sommerfeld se hubiera quitado la vida deliberadamente en el mar, eso sería muy inusual. Enna no tenía ni idea de lo que habría hecho, pero desde luego no lo habría hecho de esa manera.

¿Había sido más como un entierro en el mar? ¿Una transición a otro mundo? ¿La transición a Avalon?

Enna suspiró en voz alta, sacó su teléfono móvil y abrió el mensaje de Nils. Luego marcó el número de su amiga Bárbara.



Al mismo tiempo, Pavel se apartó del rotafolio de la oficina. Había hojeado el libro de Sommerfeld, había desdoblado cuidadosamente todas las páginas con las esquinas dobladas, las había fotografiado y luego las había copiado. Las copias estaban ordenadas en cinco filas de cuatro en el rotafolio.

La Sra. Sommerfeld no había marcado nada en el texto, pero Pavel había marcado los pasajes de las copias con un marcador amarillo. Todas tenían una cosa en común: trataban sobre todo de algún tipo de sanación.

Había tres textos sobre la conexión con el mundo espiritual. Los rituales de sanación chamánica se basaban en la creencia de que el chamán tenía la capacidad de viajar entre el mundo físico y el espiritual. El chamán podía entrar en un estado alterado de conciencia, a través de un trance o mediante rituales como tocar la batería, cantar o bailar, para comunicarse con las fuerzas espirituales, los espíritus o las energías curativas.

También había textos sobre el trabajo energético y la curación: los chamanes creían en la existencia de centros de energía en el cuerpo y en la capacidad de manipular esta energía para promover la curación. Esto podía hacerse mediante técnicas como la imposición de manos, la oración, el canto o el uso de plantas medicinales.

Sommerfeld había marcado páginas sobre rituales y ceremonias. Pavel las encontró muy interesantes, ya que los rituales de sanación chamánica a menudo implicaban procedimientos complejos que podían variar según la cultura y la tradición. Entre los elementos de estas ceremonias figuraban las limpiezas, las bendiciones y las ofrendas, las ceremonias de fumar, la construcción de altares o la invocación de ayudantes espirituales.

Las tres últimas páginas copiadas trataban específicamente del poder curativo del mar. Se menciona en el libro como una fuente de fuerza vital, que produce alimentos, agua y recursos para la comunidad. Por lo tanto, era un símbolo de abundancia, vitalidad y

crecimiento. También podría usarse para la limpieza espiritual. Muchas tradiciones chamánicas creían que bañarse en el mar o sumergirse en sus olas podía usarse como una limpieza espiritual para eliminar las energías negativas o las enfermedades y restaurar la armonía.

Pavel había marcado esta sección con un rotulador rosa. Se ajustaba perfectamente al caso.

Finalmente, había una página sobre la comunicación con los seres espirituales del mar. Se hablaba de los espíritus del agua y de los dioses del mar. Representaban la transformación y el cambio, ya que las mareas y las olas estaban siempre en movimiento.

Pavel resumió para sí mismo: la Sra. Sommerfeld había estudiado la curación alternativa.

Personalmente no le encontraba sentido. No había evidencia científica de que las prácticas espirituales fueran útiles. El único mecanismo de acción que Pavel podía ver era el efecto placebo, pero como dice el refrán, la fe puede mover montañas.

Decidió compartir sus hallazgos con Enna y la llamó. Estaba ocupada. Oh, bueno.

Pavel se recostó en su silla. Hizo crujir sus nudillos y se puso manos a la obra en busca de símbolos chamánicos, ya que eso había sido una gran decepción: no había ilustraciones en el libro.



Bárbara respondió: «Sí».

«Hola», la saludó Enna, «soy Enna Koopmann. Soy amiga de Nils Kessler, él me dio su número. ¿Estoy hablando con Barbara?»

«Sí, pero prefiero mi otro nombre. Luna. Luna, la chamán».

Ah sí. Afortunadamente, Enna podía sonreír tanto como quisiera por teléfono sin ofender a la otra persona. «Entonces le agradecería mucho si pudiera responderme algunas preguntas, chamán... Luna».

Algo repiqueteó en el fondo. El *clac, clac, clac* le sonaba familiar a Enna. «Tres», dijo la chamán de repente.

«¿Tres qué?»

«Responderé a tres preguntas. Esa fue la primera. Tienes dos más, Enna. Elige sabiamente».

Enna se quedó boquiabierta, pero luego pensó en las palabras de Nils sobre Bárbara siendo una persona particularmente extraña, y se tragó su ira. «Entonces volveré a empezar, Chamán Luna. Soy de la policía de Fleetstedt y hemos sacado un cadáver del mar. No nosotros, sino un pescador. El cuerpo estaba pintado con símbolos extraños que pensamos que podían tener una connotación tan... eh... espiritual. También encontramos un libro sobre rituales chamánicos entre las pertenencias de la mujer muerta. Ahora nos gustaría saber... eh, no, sospechamos que los símbolos tienen algo que ver con los rituales chamánicos y que la muerte podría tener algo que ver con ellos. Quizás una transición a otro mundo. O un ritual de sanación».

Algo volvió a repiquetear en el fondo. *Clac, clac, clac*. «¿Y qué es exactamente lo que quieres saber de mí, niña?»

¿Niña? ¿La mujer acababa de llamarla niña? Enna respiró hondo. «Sí, nos gustaría saber si hay alguna conexión. Me gustaría mostrarle las señales y obtener su opinión. ¿Hay alguna posibilidad de una reunión presencial? Estaré encantada de acudir a usted».

Volvió a sonar el suave repiqueteo. *Clac, clac, clac*. ¿Qué le recordaba ese sonido a Enna? ¿La mujer tiraba los dados? Sí, así es como sonaba. Como jugar a los dados.

Silencio.

Y luego: «Sí, venga a mí, Enna. Siento mucha curiosidad por usted. Siento... una fuerte vibración. Y tonos azules. ¿Tiene algo que ver con el mar? ¿Salva vidas por casualidad?»

Enna volvió a abrir la boca». Eh, sí. ¿Cómo lo sabe?»

«Mis huesos no mienten. Nunca». *Clac, clac, clac*. «Y es hora de ponerte en camino, niña. Se te está acabando el tiempo».

La conexión se interrumpió y Enna bajó el teléfono sorprendida.

«¿En serio?» preguntó al teléfono silencioso. «¿Quieres que vaya a ti y ni siquiera me has dado la dirección?»

Negó con la cabeza y estuvo a punto de llamar a Nils, ya que seguramente sabía dónde vivía su amiga cuando vibró su teléfono celular.

Era un mensaje de Luna. Contenía una sola foto. Mostraba una tabla desgastada, probablemente madera de cerezo por el color rojo. Había tres cosas en la foto.

Primero, una simple tarjeta de presentación de Chamán Luna con su dirección (pero sin número de casa).

En segundo lugar, una carta del tarot que muestra un esqueleto sobre un caballo blanco. La gente estaba arrodillada frente a él, con partes del cuerpo de los muertos tiradas en el suelo entre ellas.

En tercer lugar, varios huesos, presumiblemente de aves. Estaban dispersos en un mapa. Parecía que habían sido arrojados al suelo, y Enna creyó oír el débil sonido de un repique.

Volvió a mirar la carta y la amplió. Vio una puesta de sol entre dos torres en el fondo y letras intrincadas en una bandera. Decía MUERTE.

Muerte.

Se le está acabando el tiempo.

Clac, clac, clac.

Enna resopló y se subió al auto, donde marcó la dirección en el GPS. Se estremeció y encendió la calefacción mientras se marchaba.

Capítulo Cinco



Enna dejó que su Polo rodara muy despacio por el *Hintere Deichstraße*. Sus ojos pasaban por los arbustos y pastos a un lado de la carretera.

No había ningún número de casa en la tarjeta de presentación de Chamán Luna, lo que de alguna manera era apropiado. Enna no tenía ni idea de qué esperar, ya que *Hintere Deichstraße* estaba fuera del pueblo y, por supuesto, más allá del dique. Solo había unas pocas casas, escondidas detrás de caminos estrechos y cubiertos de maleza.

¿Cuál le quedaría bien a Luna?

Enna podría haber hecho una consulta en el registro central para obtener la dirección y el número completos, pero eso era demasiado problemático. La calle no era tan larga.

Otra casa apareció a la vista. Esta era inusual, con paredes encaladas y carpintería oscura, pero Enna siguió conduciendo porque su instinto le decía que Luna no vivía allí. Era extraño que pensara que lo sabría inmediatamente cuando había llegado a su destino.

Pasaron tres casas más y fueron reemplazadas por una amplia pradera. La hierba era alta y frondosa. Un portón rústico cerraba la propiedad. Enna vio algunas ovejas a través de la cerca y una cigüeña en un viejo tocón de árbol, pero no vio a nadie más.

«Genial». Enna aceleró un poco más y rápidamente llegó al final de la valla. Ahí frenó de golpe.

Un sendero salía de la carretera junto a la valla y desaparecía entre arbustos altos. No era más que un camino trillado. Un letrero de madera colgaba del poste de la cerca más alejado. El letrero tenía quemada una luna creciente.

Luna.

Enna exhaló con un bufido, estacionó el coche a un lado de la carretera y salió de él.

Debe haber un arroyo cerca, porque lo primero que escuchó Enna fue el murmullo silencioso del agua que corría. Miró a su alrededor y finalmente salió al sendero. Volvió a revisar su teléfono; una llamada perdida de Pavel.

Presionó volver a llamar, pero no había conexión. No tenía recepción. No importa. Lo llamaría después de reunirse con Luna. Como no había dejado ningún mensaje, probablemente no fuera tan importante.

Enna guardó el teléfono en el bolsillo y siguió el camino. Era incluso más estrecho de lo que esperaba. La hierba le hacía cosquillas en las pantorrillas desnudas. Olía intensamente a la pradera verde y húmeda. Los insectos zumbaban a pesar del frescor del día.

Enna apartó una rama y continuó. El camino estaba bordeado de piedras rugosas. Al doblar una curva, llegó a un arroyo. Serpenteaba entre el sendero y la pradera. Un par de gansos grises se sentaron en la orilla y soltaron una carcajada parecida a la de una trompeta cuando vieron a Enna. Rápidamente desaparecieron en la hierba.

En otras circunstancias, Enna habría disfrutado del idílico paisaje, pero quería respuestas. ¿A qué profundidad de la pradera vivía la chamán?

Enna siguió el sendero durante otros dos minutos hasta que se abrió en un espacio al borde de la pradera. Allí había una vieja caravana. Los neumáticos estaban pinchados. En vez de eso, estaba apoyada sobre vigas de madera. Tenía un dosel de metal corrugado marrón. Cuando llovía, se oía el ruido oxidado del tejado.

Había varias sillas bajo el toldo y un tronco caído que servía de banco. Barriles de lluvia rodeaban la parte trasera de la caravana, como hombres en cuclillas que intentaban echar un vistazo al interior. Alrededor de la caravana había unos cuantos atrapasueños pálidos que se balanceaban suavemente con la brisa.

No había nadie a la vista. Había silencio, demasiado silencio para el gusto de Enna. No había carreteras, ni gente, ni animales que escuchar.

Llamó: «¿Luna?»

Sin respuesta.

Se acercó y vio más detalles. Al otro lado del tronco del árbol había una enorme hoguera. En él había cenizas y trozos de madera. En el suelo brillaban ligeras astillas de madera. Obviamente, alguien había estado tallando. También había troncos apilados debajo de un cobertizo. ¿El lugar tenía electricidad y agua corriente?

Enna buscó indicios de servicios públicos, pero no pudo encontrar ningún cable de alimentación. Era una locura.

Se dio la vuelta una vez más y luego pasó por debajo del techo de hierro corrugado de la caravana. Sobre la puerta colgaba el cráneo de un carnero. Los cuernos retorcidos estaban unidos a racimos de huesos. Alguien había dibujado líneas finas con pintura negra en algunos de los huesos.

Enna pensó en la mujer muerta y se frotó los brazos. Luego llamó a la puerta. «¿Luna?»

«Ahí estás, hija mía».

Enna se dio la vuelta. Detrás de ella había una mujer de unos cincuenta años. Pero tal vez solo tenía cuarenta, o ya setenta. Enna no lo sabía. Su cabello era gris y fibroso y le llegaba más allá de los hombros. Llevaba un vestido sencillo, también hecho de tela gris. Llevaba un chal de color aguamarina alrededor de los hombros que combinaba perfectamente con sus ojos azules.

«¿Chamán Luna?»

La mujer sonrió, mostrando dientes amarillos. «Eres muy bienvenida. Así que has encontrado el camino hacia mí».

«Parece que sí».

«Sí, parece que sí. Ven, sígueme». Luna pasó junto a ella, abrió la puerta de la caravana y desapareció dentro. ¿El olor a ... incienso? ¿Bergamota?

Enna apartó la idea y la siguió.

Era como entrar en otro mundo.

La caravana estaba forrada con tela colorida y brillante. Paredes rojas, techo azul oscuro, franjas amarillas en el medio. Plumas, piedras, huesos y madera flotante colgaban de las paredes y el techo. Parecía un loco mapa estelar.

«¡Siéntate!» Luna hizo un gesto para que se sentara. Enna reconoció el cerezo oscuro de la imagen. Era una mesa. «¿Quieres té? ¡No! Tomarás té».

Enna solo pudo asentir y se hundió en el cojín burdeos. Casi no se atrevía a tocar nada. Afortunadamente, no había huesos sobre la mesa. Solo había una simple caja de madera.

«¿Y vive usted aquí?» preguntó mientras Luna cogía una tetera de la cocina. El vapor ya estaba aumentando, como si el chamán hubiera sabido exactamente a qué hora llegaría.

«Yo existo», respondió Luna de manera significativa. «Hay una diferencia».

«Está bien. ¿Y qué relación tiene con Nils?» Por alguna razón, Enna no podía imaginarse a Nils sentado aquí bebiendo té. El patólogo forense siempre era preciso y además un experto en medicina convencional. Enna nunca hubiera esperado que tuviera una conocida tan esotérica.

«Nils y yo fuimos a la escuela juntos». Luna le sirvió a Enna una taza de té y la puso sobre la mesa frente a ella. Era una taza de piedra sin asa. «Siempre fuimos buenos amigos y nos mantuvimos en contacto».

«Qué bonito. Eso me hace feliz. Es raro en estos días».

«Porque la gente se pierde en el consumismo y en la inmensidad de Internet. Pero no estás aquí por Nils, hija mía. Estás buscando respuestas a otras preguntas».

«Así es». Enna sacó su teléfono móvil, vio las fotos de los letreros y se las mostró a Luna. «Me interesaría saber si estos símbolos tienen un significado chamánico».

Luna miró cada imagen con atención, luego dejó el teléfono y dobló sus dedos rígidos y artríticos. Tenía los ojos puestos en Enna y parecía estar tarareando. Se sentía muy extraño e hizo que Enna se sintiera incómoda.

«Es incómodo, ¿verdad?»

Enna asintió con vacilación. Con ganas de hacer algo, cogió su té. La piedra estaba sorprendentemente tibia, aunque no tan caliente como esperaba.

«Todo el mundo se siente así cuando se encuentra con algo que no le es familiar. Es inquietante». Luna cogió la caja de madera y la arrastró hacia ella, abriéndola para que Enna no pudiera ver su contenido. El penetrante olor a especias llenaba el aire.

«¿Qué hay de los símbolos?»

«Más tarde». Luna sonrió y sacó una baraja de cartas. Las barajó con unos dedos tan hábiles que Enna casi se mareó. Luego Luna le tendió las cartas, boca abajo, pero extendidas en forma de abanico perfecto. Los dorsos estaban rojos como la sangre y desgastados. «Elige tres».

Enna miró críticamente a Luna, pero ¿qué diferencia habría? Eligió tres cartas al azar.

«¡No barajes!» La voz de Luna resonó en el tráiler. Parecía oscurecerse aún más. «¡Dales la vuelta! ¡De izquierda a derecha!»

Enna simplemente obedeció. Entregó una tarjeta que mostraba a una mujer desnuda montando una especie de león.

La segunda carta mostraba a un hombre colgado boca abajo de un símbolo. A Enna le recordaba mucho a Jesucristo, solo que boca abajo.

La tercera carta mostraba a una mujer (¿una reina?) sosteniendo un cáliz.

Luna frunció el ceño y asintió a sabiendas. «Interesante. Muy interesante». Sin dar ninguna explicación, cogió las cartas de la mesa y rápidamente las barajó para colocarlas en la baraja. Luego le entregó la baraja a Enna y le dijo: «¡Baraja!»

Enna suspiró, pero cumplió. Si hubiese que obtener sus respuestas, disfrutaría jugando una ronda de cartas con la mujer loca.

Cuando terminó de barajar, devolvió la baraja y Luna la desplegó en abanico. Esta vez sacó tres cartas al azar y las colocó boca abajo sobre la mesa. Las otras cartas desaparecieron en la caja.

Luego señaló la primera carta y la volteó.

Para asombro de Enna, era de nuevo la mujer con el cáliz.

«La reina de copas», dijo Luna. «Puedes ser un reflejo honesto de ti misma. Practícalo, porque el cambio te espera».

Entregó la segunda carta. Era el hombre al revés.

«El ahorcado», explicó Luna, asintiendo con la cabeza. «Una confirmación contundente. Dos similitudes».

«¿Lo que significa?»

«Que te estás dando cuenta de los patrones limitantes. ¡Rompe con ellos y crece! Confía en tu ser más profundo e íntimo. ¡Sométete al plan superior y a la voluntad de Dios!»

Ahora era el turno de Enna de fruncir el ceño, pero antes de que pudiera decir nada, Luna le dio la vuelta a la tercera carta. Era igual a la selección aleatoria anterior de Enna.

Volvió a mostrar el esqueleto montado a caballo.

«Muerte», murmuró Luna. Algo brilló en sus ojos. «Por segunda vez. Increíble. Debes dejarte llevar, hija mía. Se acerca un gran momento de cambios. Por eso sentí que tu tiempo se estaba acabando. ¡Aprovéchalo al máximo! Debes crecer emocionalmente y liberarte. Pase lo que pase».

«Ah, sí».

La molestia cruzó el rostro de Luna. «No lo descartes tan fácilmente, hija mía. Las cartas no mienten. Reconocen la verdad, las vibraciones que emites, pero no saben lo que les depara el mañana ni cómo se revelará el mañana. Son solo guías, ¡pero recuérdalos bien! ¡Os esperan grandes cosas en las próximas semanas!»

Luna cogió las cartas y las guardó, luego suspiró, de repente luciendo cansada.

"«Estos son signos chamánicos», explicó. «Señales poderosas, pero utilizadas con torpeza».

Enna tomó un sorbo de té para procesar el abrupto cambio de tema. Era fuerte y picante. «¿Le gustaría explicármelo con más

detalle?»

«Desafortunadamente, porque si usas los símbolos de forma incorrecta, pueden pasar cosas malas. Como aquí. Puedo sentirlo. Una gran desgracia».

Enna miró de cerca al chamán. «¿Sabe algo? ¿Conocía a la mujer?»

«No, nunca la he visto. Pero reconozco el trabajo del *ignorante*». Lo dijo con tanto desdén que Enna se puso alerta.

«Por *ignorante*, ¿se refiere a alguien en particular?»

«¡Oh, sí! ¡Al doctor Bennek Hansen!»

«Nunca he oído hablar de él».

«No me sorprende. Se llama a sí mismo chamán, pero no sabe nada al respecto. Créeme, hace más daño que bien. Y ese es sin duda su trabajo. Nadie más usa la señal del río de esa manera, excepto él». Señaló una foto del teléfono de Enna y sacudió la cabeza. «¿Y es eso *rotulador*?»

Enna asintió con la cabeza, lo que hizo que Luna cerrara los ojos teatralmente y se agarrara la frente como si tuviera una fuerte migraña.

«¡Ese lunático!»

«Un poco más despacio. Dr. Bennek Hansen, ¿dice?»

«Sí, hija mía. Lo puedes encontrar en Internet. Una vergüenza para todos los que ven y saben».

«Está bien. Y otra vez sobre las señales... Son...»

«Para ahuyentar las enfermedades. Para restaurar, sanar y calmar. Son señales de poder y fluidez».

«¿Y no tienen nada que ver con la muerte? Con... la transición a otros mundos ni nada parecido».

Luna sacudió su cabello fibroso. En algún lugar tintineaban pequeñas campanillas, que probablemente se había trenzado en el pelo. «No, no, no. Se supone que deben ayudar, no destruir».

Eso era muy interesante y contradecía la teoría de Enna de que la Sra. Sommerfeld se había suicidado. «¿Hay algún sitio donde pueda leer sobre ello?»

Luna se echó a reír, relinchando. «No puedes simplemente buscarlo. Tienes que estudiar el conocimiento antiguo. Emprende un

viaje. Mira y aprende. Pero créeme, no miento».

Clac, clac, clac.

«¡Ya ves!» gimió. «¡No estoy mintiendo!»

Cogió los huesos y los arrojó de nuevo.

Clac, clac, clac.

Y una tercera vez.

Clac, clac, clac.

Sus ojos se alzaron y se encontraron con los de Enna. En la frente de Luna sobresalían gotas de sudor. Algo oscuro brillaba detrás de la retina azul. «¿Me crees ahora? ¿No lo ves? ¡Los patrones de la verdad!»

Enna solo vio huesos en una mesa de madera de cerezo, pero asintió y se terminó el té de una vez. «Gracias por la información», se oyó decir a toda prisa, y ya estaba fuera, bajo el tejado de hierro ondulado, donde los atrapasueños bailaban a rabiar al viento mientras la chamán seguía sentada a la mesa mirando los huesos.

Capítulo Seis



Pavel metió un segundo rotafolio en la oficina. Lo había encontrado en un almacén. En la hoja superior había un plan de acción de un registro domiciliario hace cuatro años.

La arrancó, la dobló cuidadosamente y la puso sobre el escritorio de Enna. Seguro que seguía interesada en los documentos antiguos, o no los habrían conservado.

Luego puso copias impresas en la nueva hoja de símbolos chamánicos que había encontrado en Internet y que tenían un ligero parecido con los símbolos de la mujer muerta. También colocó fotos de cada símbolo junto a las copias impresas correspondientes para facilitar la comparación.

Afortunadamente, Kessler había enviado por correo electrónico una descripción completa de todos los símbolos, que Pavel imprimió diligentemente. Se pintaron un total de once símbolos en la mujer muerta. Había encontrado algo en Internet que correspondía aproximadamente a cuatro de ellos. Como en el libro de Sommerfeld, se suponía que los cuatro símbolos eran signos que aumentaban los poderes curativos.

Ahora Pavel tenía claro que Fabienne Sommerfeld había realizado un elaborado ritual de curación. ¿Qué estaba intentando curar?

Consideró llamar a Kessler, pero decidió no hacerlo para no ir a espaldas de Enna. De todos modos, ella iba a volver después de visitar al forense. Probablemente aparecería en cualquier momento.

Mientras Pavel volvía a mirar los rotafolios, con la mano en la barbilla en una postura pensativa, se oyó un breve golpe en la puerta. Sin esperar una invitación, Berger asomó la cabeza.

«Encontramos el auto de Sommerfeld».

«Muy bien. ¿Dónde está?»

«En el estacionamiento junto al antiguo muelle».

«¿Dónde queda exactamente?»

«Deje Fleetstedt en dirección a Leer, tome la primera a la izquierda, la segunda a la derecha y la tercera a la izquierda nuevamente. A continuación, siga recto hasta Alte Mole. Ahora es un restaurante».

«¿Qué tan lejos está en bicicleta?»

Berger hinchó las mejillas y dejó escapar el aire lentamente. «Quizás de cinco a seis kilómetros. Puede tomar un atajo para cruzar el dique».

Era una distancia razonable para él y Heino. «Gracias. Me encargaré de ello».

Berger asintió con gratitud y comenzó a marcharse, pero Pavel lo detuvo.

«Una cosa más. Si Enna aparece, por favor dígale que nos veamos en el Old Mole. Le enviaré otro mensaje, pero por favor dígale».

«Lo haré». Berger desapareció y Pavel sacó su chaqueta del armario. Le marcó de nuevo a Enna, pero de nuevo no respondió. ¿Dónde estaba? No importa. Berger se lo diría.

Pavel salió de la oficina y se subió a Heino.

La ruta lo llevó por el centro histórico de Fleetstedt, cruzó el mercado, pasó por la Iglesia Evangélica Luterana y luego atravesó el distrito residencial más antiguo con sus edificios cuidadosamente restaurados y callejones estrechos. Pavel siempre sentía que retrocedía en el tiempo. Le gustaban especialmente las pequeñas tiendas, casas de té y restaurantes que lo invitaban a detenerse y echar un vistazo.

Hoy, también, las tiendas estaban llenas. Los transeúntes entraban y salían, llevando tés aromáticos y exquisiteces a la calle. Pavel tuvo que bajar y abrirse paso a toda velocidad por los

callejones para no poner en peligro a la gente. Pero a Heino no le importó. Se dejaba empujar y chillaba alegremente de vez en cuando.

Después del casco histórico, volvió a subirse a su bicicleta y siguió adelante. Recorrió en bicicleta zonas residenciales más modernas hasta las afueras de la ciudad. Allí tomó el carril bici costero hasta el dique y se dirigió en bicicleta hacia Leer. A su izquierda, el mar del Norte se extendía hasta el horizonte; a su derecha, campos y granjas. A lo lejos, podía ver la carretera principal que Berger habría tomado.

A pesar del viento que soplaba en la cara de Pavel, llegó en poco tiempo. Tras unos minutos sudando a lo largo del dique, llegó a un letrero que anunciaba el Viejo Topo. El extenso edificio estaba hecho de ladrillos de clínker particularmente oscuros y se encontraba justo debajo del dique, junto al agua. Probablemente alguna vez haya sido un mercado de pescado o algo parecido. Pavel lo investigaría.

Pero ahora estaba más interesado en el estacionamiento de al lado. Estaba lleno. Era bueno que hubiera elegido usar Heino.

Con el chirrido de los frenos, Pavel se detuvo en la entrada. Las señales decían que solo se permitía estacionar desde las seis de la mañana hasta la medianoche. Quedarse a pasar la noche estaba prohibido.

Pavel estacionó a Heino y caminó por las hileras de autos hasta que encontró el Fiat Punto blanco de Fabienne Sommerfeld.

Hizo sombra con las manos, apoyó la frente contra la ventana y miró hacia adentro. No había una mochila. No había una chaqueta. En la consola central había una botella PET abierta de zumo de naranja. Al lado había un paquete de medicamentos, pero Pavel no podía distinguir lo que estaba escrito desde fuera. Y para su sorpresa, había un teléfono móvil en un soporte, posiblemente para hacer llamadas con manos libres o como sistema de navegación.

Intentó abrir las puertas, pero estaban cerradas.

«¡Ey, le he pillado!»

Pavel miró a su alrededor y vio a un tipo corpulento que venía hacia él.

«¿Qué está haciendo?»

«Comprobando si está cerrado».

El rostro del tipo se puso sombrío. «Si está intentando robar el coche, ¡salga de aquí!»

«¿Disculpe?» No se le ocurrió la relación entre un acto delictivo y lo que el hombre le acusaba de hacer.

«¿Tiene problemas de audición?»

Otra pregunta cuya respuesta no preocupaba realmente al hombre. Pero en lugar de señalar el principio de mantener la información al mínimo, tal como exige el Reglamento General de Protección de Datos, Pavel simplemente respondió: «No».

«¡Entonces fuera de aquí, tío!»

Pavel sacudió la cabeza y sacó la placa del bolsillo de la chaqueta.

El tipo se detuvo. Sus ojos se movían de un lado a otro entre el rostro de Pavel y la placa, como si fuera difícil relacionarlos. «¿Es usted nuevo en Fleetstedt?»

Cambio de tema. Pavel inclinó la cabeza. «Se podría decir eso. Ya han pasado unos meses...»

«¿Le ha enviado *Berger*?» Lo pronunció en francés: Berzhé.

Eso era nuevo para Pavel. «¿Se refiere al sargento de policía Berger?»

«Sí, a él me refiero».

«Bien, me envió él».

Una última mirada crítica del hombre, luego un gesto con la cabeza. «Está bien entonces. Pensé que estaba aquí para robar el auto».

«¿Qué le hace pensar eso?»

«Parecía un ladrón de coches».

«¿De verdad?» Pavel se quitó la chaqueta y luego pasó la mano por su pelo. Incluso se miró por la ventana lateral reflectante y comenzó a sentirse como un tonto vanidoso. «¿Qué es exactamente lo que le da esa impresión?» Levantó las cejas deliberadamente para mostrar su escepticismo.

El tipo parecía confundido y sacudió la cabeza. «Hágase cargo de él, ¿de acuerdo?»

Pavel asintió. «Lo haremos. Pero una pregunta: ¿trabaja usted aquí?»

«Sí, soy el propietario». Eso sorprendió a Pavel. Los propietarios solían quedarse en la cocina o el restaurante, no en el estacionamiento. Pero se abstuvo de pedirle al hombre sus documentos. Después de todo, no tenía motivos para mentirle acerca de su trabajo. «Muy bien. Entonces puede responderme algunas preguntas».

Un tarareo. «Si tengo que hacerlo».

«Sería muy amable de su parte». ¿Qué había dicho Enna? Se suponía que iba a experimentar con palabras bonitas. Lástima que ahora no pudiera oírlo. «¿Cuánto tiempo ha estado aquí el auto?»

«Desde ayer en algún momento. Lo noté anoche cuando estaba cerrando. Era el último coche que había aquí, además del mío».

Eso fue interesante. Dos series de preguntas suyas dieron como resultado dos largas respuestas del propietario.

«¿Cuándo fue eso exactamente?» Segunda parte del experimento. ¿Qué produciría una pregunta de cuatro palabras?

«Las dos de la mañana».

Pavel contó en su cabeza. La respuesta también fue de cuatro palabras. Un médico podría formular una teoría a partir de esto, aunque distaba mucho de ser una estadística útil. «Es tarde, así que es temprano», se dio cuenta.

«Normal. ¿Algo más?»

¡Ja! Cinco a tres. Qué bueno que el hombre no supiera leer la mente. Pavel se le acercó y sacó su teléfono móvil. Sacó una foto del rostro de Fabienne Sommerfeld. «¿Ha visto antes a esta mujer?»

El propietario inclinó la cabeza y luego hizo una mueca como si tuviera una medicina amarga en la boca. «No estoy muy seguro. Puede que haya cenado con nosotros anoche».

«Ah. ¿De verdad? ¿Estaba aquí sola?»

«Si fuera la persona de la foto, no podría haber estado sola. Anoche teníamos la casa llena. Todas las mesas estaban ocupadas por al menos dos personas».

Ahora se estaba poniendo interesante. ¿Había ido a cenar con su futuro asesino? La gran mayoría de los delitos violentos eran delitos

de pareja. «¿Recuerda quién estaba con ella? ¿Era un hombre o una mujer?»

«No tengo ni idea. Por el momento tenemos la *casa llena* todas las noches. Afortunadamente».

«¿Es necesario reservar?»

«Absolutamente».

«Entonces tendrá la lista de reservas de ayer y podrá mostrármela».

El hombre miró a Pavel con recelo. «¿De qué va todo esto?»

A lo mejor no había contabilizado correctamente a todos sus clientes a efectos fiscales. Pero Pavel no era de la oficina de impuestos. «Se trata de una investigación criminal. No se preocupe, no tengo nada que ver con el IRS. Entonces, ¿sería tan amable de mostrarme la lista?»

«Claro. ¡Vamos!» Y el propietario se dirigió al muelle.



Lamentablemente, no había ninguna Fabienne Sommerfeld en el libro de reservas. Pavel fotografió las entradas de todos modos. También le mostró la foto de la mujer muerta a la camarera, pero ayer tenía el día libre. Pavel anotó el nombre y la dirección de la otra camarera y se invitó un espresso.

La vista desde el restaurante era increíble. Los ventanales ofrecían una vista maravillosa del mar embravecido. Algunas gaviotas bailaban en el aire y volaban a la superficie una y otra vez. Era un espectáculo que Pavel podría haber visto todo el día.

Pero había trabajo por hacer, así que pagó su cuenta, dejó una generosa propina y salió del restaurante.

Cuando regresó al auto de Sommerfeld y estaba a punto de llamar al laboratorio criminalístico para que lo arreglaran, Enna condujo por la entrada con su Polo rojo. Se estacionó justo en la zona de no estacionamiento. Uno de sus pasatiempos favoritos.

«Así que aquí es donde estás».

Pavel mostró la lista. «La Sra. Sommerfeld probablemente cenó aquí anoche, con compañía».

«Bien, yo también tengo noticias: estaba muy enferma. Cáncer de páncreas terminal. Metástasis en el hígado. No le quedaba mucho tiempo de vida. Quizá unos meses».

«Ah. Eso explica muchas cosas».

Enna parecía confundida. «¿Cómo es eso?»

«Los pasajes destacados del libro tienen que ver con la curación. También lo son los símbolos. Encontré algunos en Internet que se parecen un poco».

«Muy bien. Eso coincide con mi información». Enna lo interrumpió tan pronto como Pavel intentó preguntar. «No me pregunte nada. Estaba con una amiga de Kessler. Chamán Luna. Fue extraño, pero confirmó que las señales apuntan a una curación. Así que probablemente podamos descartar un intento de suicidio».

Pavel agitó la lista. «Entonces espero que el compañero de Sommerfeld pueda ayudarnos».

Enna asintió con la cabeza. «También tengo otro contacto de Luna. El doctor Bennek Hansen, supuestamente un chamán de Fleetstedt. Pero Luna lo llamó charlatán».

El corazón de Pavel latía más rápido. Reconoció el nombre. «¿Hansen, dices?»

«Sí. ¿Por qué?»

Pavel ya estaba revisando la lista. «Hansen, Hansen, Hansen. ¡Aquí! *¡Hansen!* Una mesa para dos personas a las seis en punto».

«Oh, eso es una coincidencia».

¿Por qué pensó que era una coincidencia? Hansen no se topó con Sommerfeld en el Old Mole por casualidad, ¿verdad? Pero Pavel no dijo nada.

Enna sonrió como si quisiera recompensarlo. «Bueno, vamos a visitar al Sr. Hansen».



Dejaron a Heino en el Old Mole. Como de costumbre, Enna conducía rápido y Pavel aprovechó el tiempo para buscar en Internet al Dr. Bennek Hansen.

«Cosmic Tide Wellness», leyó. «Te ayudaré con el poder de las estrellas y las mareas».

Enna miró a Pavel, pero él la hizo señas para que avanzara. «Por favor, concéntrate en la carretera. Gracias. Aquí dice, y cito textualmente:»

Descubra el poder transformador de Cosmic Tide Wellness, ¡una combinación única de astrología y la energía curativa del Mar del Norte! Sumérjase en un mundo en el que las estrellas y el poder del mar se unen para sanar el cuerpo, la mente y el espíritu.

Nuestro sitio web ofrece una gran cantidad de recursos y servicios para apoyarlo en su camino hacia una salud integral. Astrólogos experimentados están disponibles para descifrar las influencias cósmicas en su vida y ayudarle a restaurar tu armonía interior.

Pero eso es solo el principio. Con nuestros exclusivos retiros en el Mar del Norte, experimentará de primera mano el poder curativo del mar. Déjese envolver por las relajantes olas y el aire salado mientras se relaja del estrés de la vida cotidiana y recarga las pilas.

Ya sea que esté buscando orientación espiritual, liberando bloqueos internos o simplemente buscando paz y relajación, Cosmic Tide Wellness es la clave para vivir en armonía con las energías cósmicas y los elementos naturales.

Visite nuestro sitio web hoy mismo y descubra cómo la magia de la astrología y la pureza del Mar del Norte pueden guiarlo en su camino hacia una salud y un bienestar holísticos. ¡Su viaje hacia una vida plena comienza aquí y ahora con Cosmic Tide Wellness!

Enna frunció el ceño. «Eso sí que suena como un charlatán».

«Estoy de acuerdo. El anuncio dice: Doctor Bennek Hansen. Clínica Fleetstedt. En el número 8, Anger».

«¿Clínica? ¿Es una broma?»

«No, eso es lo que dice aquí».

Enna resopló. «No hay ninguna clínica en Anger. Es una zona industrial».

Pavel se encogió de hombros. «Ya veremos. ¿Cómo queremos proceder? Podría ser útil hacerse pasar por partes interesadas».

Enna sacudió inmediatamente la cabeza. «Hansen puede que me reconozca. Iremos como oficiales de policía y lo interrogaremos en persona».

«¿Es eso estratégicamente sensato?»

«¿Tiene usted una estrategia mejor?»

Enna miró a Pavel, quien volvió a aguantar, tragó saliva y señaló hacia adelante. ¿Tenía Enna que tomarse tan en serio este estúpido arreglo social de mirar a los ojos a los demás mientras hablaba tan en serio? Además, ya había propuesto una estrategia.

Cuando Enna volvió a mirar a la calle, dijo: «¿Hansen tiene siquiera un motivo? «Esa era la cuestión decisiva». Vende chamanismo y bienestar cósmico y promete sanación».

«Un hazmerreír cuando se trata del cáncer de páncreas».

«Ese es otro tema, pero supongamos que la Sra. Sommerfeld acudió a él porque encontró esperanza incluso en esas cosas. Probablemente sabía que la medicina convencional no podía ayudarla. La esperanza es lo último que muere».

«Está bien», dijo Enna, «Hansen la invitó a cenar. Le explicó los rituales. Quizá incluso haya empezado a tratarla en las últimas dos semanas. Pero ¿por qué se ahogaría? Fue su última noche».

«Es posible que hayan realizado un ritual final para el que se habían estado preparando durante los últimos días».

«Y algo salió mal y Fabienne Sommerfeld se ahogó». Enna se rascó la barbilla. «Podría haber sido diferente. Sommerfeld y Hansen van a una última cena en la que Fabienne acaba enloquecida porque el tratamiento no la ha ayudado en absoluto, excepto porque la ha dejado con una cuenta bancaria más ligera».

«¿Una discusión?»

«Quizás. Como acabas de decir: la esperanza es lo último en morir, pero al final muere».

No era una idea feliz. No le gustaba perder la esperanza. Pavel guardó silencio unos cientos de metros hasta que se le ocurrió algo nuevo.

«Pero entonces habría habido una pelea. ¿Había señales de una?»

«No». Enna suspiró. «Nils no pudo detectar ninguna lesión externa».

«Lo que favorece la teoría del accidente. Si Hansen estuvo involucrado o incluso causó el accidente, intentará negarlo todo».

«Así que vamos a interrogarlo neutralmente y ver cómo reacciona».

«Eso es lo que haremos». Pavel ya estaba escribiendo un número en su teléfono.

«¿A quién llama?»

«Llamo a la Sra. Doldinger. Acerca del coche de Sommerfeld. Quizá la policía científica siga en el apartamento y pueda ir directamente al Alte Mole. Hay un teléfono móvil en el coche. Quizá el laboratorio criminalístico pueda desbloquearlo y obtengamos algunas pistas sobre lo que hacía Sommerfeld en Fleetstedt. Y ahora, por favor, ¡mire de nuevo hacia *adelante*!»

«¡Sí, sí, estoy pendiente del tráfico!»

«¡No está pendiente!»

«¡Sí, estoy pendiente, relájese, Neuhof! ¡Relájese!»



La clínica Cosmic Tide Wellness estaba ubicada en una zona industrial. El local parecía estar compartido con el laboratorio de una empresa química que optimizaba los productos farmacéuticos.

Enna miró los dos carteles de la empresa y sacudió la cabeza. «Esta parece ser la nueva tendencia en Fleetstedt».

«¿Qué, exactamente?»

«Estas absurdas combinaciones de negocios. El banco y la lotería, la medicina alternativa y los productos farmacéuticos. Lo único que falta es una prisión con un hotel de bienestar adjunto».

Pavel sonrió. «Una idea de negocio interesante. Hay suficientes delincuentes de cuello blanco que pueden permitírselo. Nos vendrían bien nuestras conexiones en Coast Capital y ...»

¿Hablaba en serio? Era imposible saberlo. Enna tocó el timbre de Cosmic Tide Wellness y esperó.

La puerta no tardó mucho en abrirse.

Subió unos escalones de concreto poco atractivos hasta el segundo piso. Había una puerta que daba a la clínica.

Enna nunca había visto nada igual. Habían intentado decorar las paredes de hormigón expuestas del edificio de la empresa con imágenes baratas del Mar del Norte. Pero las fotos estaban borrosas y descoloridas. La composición realmente no funcionó bien. En un estante había extraños conos de madera con cabezas doradas. Algunos parecían fálicos, pero parecían ser objetos completamente diferentes. Un letrero decía: Home Balance Natural W 100 Air. El precio era de 1.490 euros.

Pavel examinó los productos de cerca, como si estuviera interesado, pero luego se dio la vuelta cuando escuchó pasos en el pasillo.

Un hombre con bata blanca se les acercó. Llevaba enormes gafas con montura de cuerno. Combinado con el suéter de cuello alto debajo de su abrigo, lo hacían parecer un profesor universitario.

«¡Hola!» saludó. «¿Podría esperar un momento en la sala de espera? Estaré con usted enseguida». Antes de que Enna y Pavel pudieran responder, el caballero había desaparecido por otra puerta.

Pavel se encogió de hombros, se acercó a una puerta de cristal que decía ESPERA y muy caballeroso la mantuvo abierta para Enna.

Aceptó su invitación, asintió cortésmente con la cabeza y se encontró en la sala de espera con un caballero mayor. Llevaba una barba de chivo y un sombrero de cuero sobre sus muslos.

«Hola», murmuró el caballero y luego volvió a mirar su sombrero.

Enna y Pavel se sentaron a su lado. Intercambiaron una rápida mirada, luego ambos se volvieron hacia sus teléfonos celulares. Enna revisó brevemente sus correos electrónicos, pero aún no había ningún informe de Kessler. Probablemente no llegue hasta principios de la semana que viene. En vez de eso, había un mensaje de Lars en su bandeja de entrada. Era una invitación a una reunión de la Asociación Alemana de Salvamento el próximo martes. Enna la

esperaba con ansias. Solo esperaba que el caso estuviera cerrado para entonces.

Pasos. Era de nuevo el médico de las gafas con montura de cuerno. Saludó al hombre mayor. «Sr. Michelsen, puede ir a la sala de examen dos». Mientras el caballero seguía las instrucciones, el médico se dirigió a ellos. «¿Y cómo puedo ayudarles?»

Enna se puso de pie y sonrió amablemente. «¿Doctor Hansen?»

«Sí. ¿Y usted es?»

«Enna Koopmann. Policía». Ella mostró su carné de identificación. «Y este es mi colega, Pavel Neuhof».

El color desapareció del rostro de Hansen. Era impresionante lo rápido que se había mezclado con su bata de laboratorio. «Espero que no haya pasado nada».

Pavel aprovechó la oportunidad. «¿Esperaba usted que pasara algo?»

«No, pero la policía no suele visitarme».

«¿Solo de vez en cuando, entonces?»

Los dedos de Hansen se movieron sin descanso antes de recuperar la compostura y entrelazarlos. «¿Puedo ofrecerles algo?»

«No, gracias. Solo tenemos algunas preguntas sobre uno de sus clientes».

«Como médico, estoy obligado por la confidencialidad a proteger la privacidad de la información del paciente».

«Por supuesto, señor Hansen, pero estamos investigando un homicidio. Se trata de un delito grave. Por eso pedimos su cooperación».

Hansen tragó saliva. «¿Qué pasó?»

«Esta mañana sacamos del océano a una mujer llamada Fabienne Sommerfeld». Enna mostró la imagen del rostro de la mujer muerta en su teléfono. «La investigación hasta ahora ha revelado que usted, Sr. Hansen, tuvo una cita para cenar con la Sra. Sommerfeld anoche en el Old Mole. Murió poco después de eso. Así que probablemente usted fue la última persona que la vio con vida».

Hansen se balanceó un poco, agarrándose al respaldo de una de las sillas. «¿Está muerta? ¿Cómo ocurrió?»

«Eso es lo que estamos intentando averiguar», dijo Neuhof.

Hansen hinchó las mejillas y suspiró en voz alta. «No puedo creerlo. ¡Ayer estaba de muy buen humor!»

«¿Así que cenó con ella?»

«Sí, por supuesto. Teníamos una cita para una cena de graduación. Había estado usando algunos de nuestros servicios durante las últimas dos semanas».

«¿Puede ser más específico?»

«Lamentablemente, debo recordarles mi obligación de mantener la confidencialidad».

«Estoy seguro de que la Sra. Sommerfeld no lo denunciará».

Gruñó. «Ese no es el punto. Es una cuestión de principios, pero en este caso en particular, haré una excepción. Acompañé a la Sra. Sommerfeld durante su limpieza espiritual».

«¿Qué significa eso?» preguntó Enna.

«Bueno, implicaba armonizar su alma y su energía. Hacía tiempo que no estaba en equilibrio y eso la estaba afectando».

Lograr el equilibrio es algo bueno. Enna se mordió el labio inferior y permaneció callada. «¿Qué padecía?»

«Fatiga, agotamiento, depresión. Estaba a punto de quemarse. Por suerte, llegó a la clínica a tiempo».

Ante la palabra *quemarse*, la mente de Enna imaginó un ataúd que desaparecía en un horno crematorio en llamas. «¿Así que pudo ayudarla?»

«Al menos esa fue mi impresión, sí». Hansen la estudió con los ojos entrecerrados. «Hay algo más, ¿verdad?»

Enna suspiró. «Descubrimos que la Sra. Sommerfeld tenía un cáncer de páncreas terminal. ¿Sabía usted eso?»

Hansen se quedó boquiabierto. Su lengua tenía una capa blanquecina. «¿Cáncer? No, no dijo nada sobre eso. ¡Por el amor de Dios, si lo hubiera sabido, la habría enviado a un oncólogo!»

«¿Lo haría?»

«¡Por supuesto!» Hansen estaba indignado. «¿Qué cree que soy? Guío y apoyo a las personas en su camino hacia la recuperación. Les doy nuevos estímulos y nuevas perspectivas. Puedo desarrollar su potencial y descubrir cosas ocultas, ¡pero no puedo curar el cáncer! No soy un sanador milagroso».

Enna estaba a punto de responder, pero Pavel la interrumpió: «¿Está familiarizado con el chamanismo?»

Hansen respiró hondo y negó con la cabeza. «Una vez asistí a un seminario sobre el tema, pero fue hace años. ¿Por qué lo pregunta?»

«Porque a la Sra. Sommerfeld le interesaba».

«Eso es cierto. Estaba fascinada por el poder del Mar del Norte y me pidió que aprovechara sus energías para ella. Me negué. No sé nada sobre esos ritos curativos. Está más allá de mis capacidades».

«¿Y fue por eso por lo que hubo una discusión?»

«No. Le decepcionó que me negara, pero nada más».

«¿Qué pasó después de cenar?»

«Me fui».

«¿Y la Sra. Sommerfeld?»

«Ella se quedó a tomar el postre. Espere». Los dejó de pie y salió de la sala de espera, regresando con una cartera de cuero. Sacó un recibo y se lo entregó a Pavel. Era un recibo del muelle, vio Enna. Habían pedido agua sin gas, un zumo de manzana con soda, dos de las especialidades de pescado del día y un postre de la casa.

«¿Dijo lo que planeaba hacer?»

Hansen negó con la cabeza. «Se iba hoy. No sé nada más que eso».

«¿Y usted qué hizo después de cenar?»

«¿Yo? Regresé a la clínica. Seguía trabajando».

«¿Hay algún testigo de esto?»

«Eh... no. ¿Por qué lo pregunta?»

«Solo rutina. Gracias, Sr. Hansen. Eso es todo por ahora».

Hansen parecía deprimido, pero dijo: «No, gracias. Puede llevarse el recibo si ayuda a la investigación».

Pavel asintió con la cabeza y rápidamente le tomó una foto. Salieron de la sala de espera, pero Pavel volvió a detenerse en el pasillo y señaló los objetos de madera con forma fálica. «Dime, ¿para qué sirven estos balanceadores domésticos?»

«Capturan las vibraciones negativas en el campo energético del oro y la madera. Tienen un efecto purificador de energía y revelan poderes espirituales. Muy poderosas».

Pavel abrió la boca como si quisiera responder, pero luego la cerró, asintió a sabiendas y salió de la clínica con Enna siguiéndolo.



Afuera de la puerta, Enna se frotó la frente como si le doliera la cabeza. «¡No puedo creerlo! ¿Mil quinientos euros por un pene de madera que absorbe las vibraciones?»

«Mil cuatrocientos noventa», corrigió Pavel y se subió al auto.

«Luna tenía razón», gruñó Enna, «Hansen es un charlatán».

«Puede ser, pero al menos tiene un doctorado y su historia parece verosímil».

«Pero ¿quién más habría pintado esos símbolos? Esto huele a pocilga. Comieron y luego intentaron realizar un ritual como ese. Probablemente vendía rituales, pero no quiere admitirlo. Lo hace por el dinero. Apuesto a que cobró mucho por él. Probablemente en efectivo. También palideció al principio. Hansen sabe más de lo que deja entrever».

Pavel se tocó el labio inferior. «Sí, probablemente tenga razón. Pero ¿cómo lo demostramos? Y la pregunta crucial es si él tuvo algo que ver con su muerte. Hacer que alguien participe en un ritual no es un delito en sí mismo».

«No lo veo de esa manera, Pavel. ¡La Sra. Sommerfeld tenía cáncer! Si los curanderos alternativos utilizan prácticas fraudulentas o ponen en peligro la salud de sus clientes en un caso como este, ¡pueden ser procesados! Puede negarlo todo lo que quiera. Él sabía algo. ¡Todo su cuerpo estaba cubierto de marcas! No me imagino que haya otros chamanes en Fleetstedt».

«¿Qué hay de la chamán Luna?»

Enna se encogió de hombros. «Sin duda, otra posibilidad».

Pavel estaba a punto de responder cuando sonó su teléfono móvil. Era la policía científica Maria Doldinger.

«Abrimos el auto y recuperamos el teléfono celular», dijo su voz por el altavoz.

«Muy bien», respondió Pavel. «Sería muy útil si los especialistas en TI pudieran desbloquearlo».

«No es necesario. No tiene contraseña».

«¿No la tiene?»

«No. Si quiere, puedo llevarlo conmigo para analizarlo, pero pensé que querría hacerlo usted mismo».

«Es muy amable de su parte. Iremos al Old Mole a recogerlo. De todos modos, mi bicicleta sigue ahí».

«¡Oh, es suya! Nos preguntábamos quién sigue montando una bicicleta tan antigua». María se rio y colgó.

Pavel miró a Enna con el ceño fruncido. «¿Qué quiso decir con esa última frase?»

Enna se encogió de hombros. «No tengo ni idea, Pavel. No tengo ni idea».

Capítulo Siete



Enna y Pavel se inclinaron sobre el teléfono móvil de Sommerfeld como niños sobre una bolsa de caramelos llena de golosinas de cinco o diez centavos.

«¿Correos electrónicos?» preguntó Pavel.

«No. WhatsApp primero. Hoy en día, todo el mundo usa WhatsApp».

«¿De verdad? Yo no».

Ella ya lo había descubierto, ya que él solo enviaba mensajes de texto ocasionales.

«Está bien, no todos».

Pavel simplemente asintió, hizo clic en el icono (sabía qué aspecto tenía) y abrió la aplicación. Apareció una lista de mensajes.

Enna acercó su mano a ella para que pudiera ver mejor. «¿Qué tenemos en la parte de arriba? Una charla con Moni. Mensajes no leídos. *¿Cómo estás?*»

«Eso fue ayer». Pavel señaló la hora. «*¿Estás bien?* Ella envió un mensaje hoy».

«Probablemente un amigo». Enna regresó a la descripción general. «He aquí una conversación con un chico».

«Con Florian».

Enna abrió el chat. El mensaje más antiguo era de hace cuatro días. «¡Voy en camino!» era todo lo que decía. Debajo de eso, se había enviado una imagen que mostraba una carretera.

Lamentablemente, no había señales que ayudaran a identificar la carretera.

«¿Un amigo la visita aquí?»

«Aparentemente». Pavel se desplazó más hacia abajo. Había un emoji de besos de él al que ella no respondió. Toda la conversación era unilateral. Era solo él escribiendo mensaje tras mensaje. Siempre había unos pocos días en el medio.

«¿Ve eso?» Enna señaló un icono. «La conversación está en silencio. Es evidente que Sommerfeld ignoró a este Florian a propósito».

«Quizás un exnovio. ¡También tenemos que comprobarlo!» Pavel presionó el botón de retroceso. «¿Qué es esto?»

«Un chat grupal». Enna lo presionó. «Oh. Con dos personas desconocidas».

«¿Pero se muestran los números?»

«Sí, pero no hay nombres porque los contactos no están en la lista de contactos de Sommerfeld».

Estos mensajes eran mucho más interesantes.

La boca de Enna se abrió cada vez más mientras leía. Luego miró a Pavel. «¡Acordaron reunirse ayer para el ritual de curación!»

«A las nueve en el estacionamiento».

Pavel se enderezó y dejó que sus ojos recorrieran los jardines y la playa. «¡Podría haber sido en cualquier lugar aquí cerca!»

«¡Tenemos que encontrar el lugar!» Enna sigue leyendo. «¡Mire, Pavel! El grupo se formó hace solo diez días. También hablaron sobre los símbolos chamánicos». Se dibujaron bocetos, se hicieron sugerencias para mejorarlos y se publicaron pasajes de texto fotografiados. «¡Desde luego, Sommerfeld no estaba sola!»

«Entonces tenemos que averiguar quiénes son los dos cómplices».

Enna asintió cuando algo se le ocurrió. «¡Puede que haya dos cuerpos más ahí fuera!»

Pavel gruñó. «Eso sería desagradable. Informaré a la Guardia Costera de inmediato. Necesitamos una búsqueda exhaustiva».

Enna hinchó los carrillos y volvió a mirar el teléfono, solo para negar con la cabeza. «¿Cuándo pagó Hansen la cuenta?»

«Espere... a las ocho de la noche y once minutos».

«Así que probablemente ya se había ido para entonces. Mierda».

«¿Qué quiere decir, mierda? ¿Tiene algo en su contra?»

«No, pero... oh, creo que los charlatanes como esos son irresponsables. ¡Pero no importa! Ese es otro tema. Llamaré a Berger», dijo con firmeza. «Puede consultar con los proveedores los dos números».

«¡Vamos a llamar!» Pavel aún tenía su teléfono celular en la mano y ya estaba marcando el primer número. Marcó y mantuvo el teléfono entre ellos.

Hubo silencio, luego el saludo familiar: *«Lo sentimos. El número marcado no está disponible»*.

Pavel hizo una mueca, colgó, marcó el segundo número y volvió a mantener el teléfono entre ellos.

Esta vez sonó y sonó, pero nadie respondió. Tampoco había correo de voz.

«¡Mierda!» Enna maldijo: «¡Haga que Berger los localice! ¡Tenemos una emergencia, un peligro inminente! Llevará demasiado tiempo pasar por el tribunal local».

«¡Sí, estoy de acuerdo! ¡Soy el responsable de esto! Sección 33b LSPA, párrafo 3, oración 2. Y también debería llamar a Florian y traerlo inmediatamente. Quizá podamos ahorrarle a Kessler la comparación del ADN».

«¡Vaya, Neuhof! Eso es increíble».

¿De verdad acababa de citar de memoria la Ley de Policía de Baja Sajonia? Bueno, tal vez solo conocía los párrafos que eran especialmente importantes para las investigaciones cotidianas, como este 33g.

«No, solo entiendo las cosas rápidamente». Con una leve sonrisa en los labios, se dio la vuelta para iniciar la búsqueda de dos posibles personas desaparecidas.

El sol brillaba como una bola resplandeciente en la parte baja del oeste sobre el Mar del Norte. Aún había nubes grises en el cielo, negras en la parte superior y anaranjadas brillantes en la parte inferior.

Enna vio la puesta de sol desde la barandilla de un barco policial, con la fuerte brisa jugando con su cabello. Se le revoloteaba alrededor de la cabeza, pero no se cerró más la chaqueta. Le gustaba la frescura salada. Siempre la vigorizaba.

«Nada», gritó un oficial de la Guardia Costera. Se acercó a ella y se bajó los prismáticos. «No hay señales de nadie».

Enna no dejaba de contemplar el mar embravecido, que parecía como si una enorme brasa hubiera caído en él. «¿Va a cancelar la búsqueda?»

El oficial se encogió de hombros. «Al anochecer, a más tardar. Para ser sinceros, no creo que encontremos a nadie más. Con este oleaje, es muy probable que los cuerpos se hayan ido a la deriva o se hayan hundido. No se haga ilusiones, señorita Koopmann».

«La esperanza», repitió Enna con voz tensa. «Es lo último que se pierde, ¿verdad?»

El oficial sonrió. Tenía más o menos la edad de ella, tenía la barbilla bien afeitada y se veía bien con su uniforme. «Es lo que nos impulsa en la vida. ¿Quiere un poco de té? Lleva dos horas aquí de pie mirando al mar». Sus ojos se posaron en sus pantalones cortos y en los calcetines azules con huevos fritos.

Enna lo despidió con la mano. «Me quedaré hasta que oscurezca».

«Como desee. Me encontrará en el puente de mando». Se alejó, sus pasos se desvanecieron detrás de ella.

Enna lo vio irse antes de volver a centrar su atención en la puesta de sol. El sol besaba el horizonte, cubriendo las olas como pintura mojada. *Así es como Sommerfeld debería haber muerto,* pensó. Con una hermosa vista de la inmensidad y el mar. Enna comprendió lo que había fascinado a la mujer muerta del Mar del Norte. Este poder, esta incertidumbre, este flujo, pero también esta constancia. Sube y baja, sube y baja, igual que la vida.

Las palabras del chamán Luna volvieron a su mente. Se avecinaban grandes cambios para Enna. Claro.

Pavel Neuhof ya había supuesto un cambio bastante importante en su vida, aunque se llevaba bien con él. No, eso no era cierto, como él diría; en realidad, a ella le gustaba por sus peculiaridades. ¿Qué estaba haciendo ahora? Quería buscar el lugar del ritual en la playa. ¿Iba en bicicleta por el dique con Heino o caminaba por la playa con los pantalones arremangados?

Enna sonrió, sacudió la cabeza y se quitó un mechón de pelo rebelde de la cara. De repente, su mano izquierda se sacudió violentamente. Enna inhaló bruscamente y estrechó la mano como si se hubiera quemado. El temblor cesó.

Enna miró su mano con recelo y movió primero los dedos y luego toda la muñeca. Todo funcionaba con normalidad. Extraño. ¿Qué había sido eso?

Volvió a sacudir los dedos, luego metió la mano en el bolsillo y caminó por la barandilla. Sus ojos y su atención se dirigieron de nuevo al mar.

Algo oscuro apareció brevemente entre las crestas de dos olas.

Enna se detuvo y se quedó mirando fijamente. ¿Era solo la sombra de una ola? ¿El reflejo de una nube oscura?

Entrecerró los ojos para ver mejor, pero no había nada, ¡y luego estaba! Algo oscuro de nuevo, aparentemente flotando en las olas.

De nuevo desapareció detrás de otra ola.

Enna levantó la mano y gritó: «¡Objeto avistado!»

De inmediato, oyó pasos estruendosos. El oficial llegó corriendo. «¿Dónde?»

Enna señaló. «Algo aparece y desaparece entre las olas. Algo oscuro».

Miró fijamente hasta que la cosa reapareció. «¡Parece un bote de remos!» gritó. «¡O una tabla!» Activó su radio y dio instrucciones al timonel.

El barco de la policía dio la vuelta poco después y se deslizó hacia algo oscuro en el agua. Enna seguía mirando desde la barandilla. ¿Qué encontrarían? Un barco abandonado al menos daría

la talla. Una tabla de surf de remo no lo haría. Pero Sommerfeld podría haber estado en una tabla.

Finalmente, el capitán redujo la velocidad y el barco se ralentizó. Las olas chocaban con el casco gris mientras el objeto bailaba hacia arriba y hacia abajo a unos metros de distancia.

Enna corrió hacia la salida, donde un policía bajaba una escalera plegable al agua. Agarró un palo largo con una anilla de rescate e intentó atrapar el objeto.

De hecho, era una tabla de surf de remo azul oscuro. Desafortunadamente, no había nada atado a las cuerdas de goma que se usaban para asegurar las pertenencias cuando se viajaba. Sin embargo, la cuerda de seguridad se perdía en el agua.

«¡Cuidado!» gritó. «¡Alguien podría estar atado a esa línea!»

El policía se limitó a asentir y finalmente logró enganchar el anillo de seguridad a las líneas. Luego arrastró la tabla hasta el casco. Enna se agachó junto a él, se estiró y agarró la tabla por el mango. Tiró de ella y la sacó del agua. El agua fría corría por sus manos y llegaba a la manga de su chaqueta.

El policía dejó el poste y echó una mano. Juntos sacaron la tabla del agua. Enna agarró la correa. El cable flexible conectado a la placa desapareció en el agua. Enna tiró de ella con la esperanza de ver aparecer un pie pálido con el extremo atado alrededor del tobillo con velcro para que no perdieran la tabla si caían al agua.

Pero no apareció ningún pie pálido.

La correa no tenía nada atado.

Estaba feliz y decepcionada al mismo tiempo. Pavel no lo entendería. Tenía problemas para entender incluso las emociones sencillas.

Enna dejó que la cuerda cayera al fondo del barco. El policía que la había ayudado a sacarlo ya estaba inclinado sobre las cuerdas y decía: «Lamentablemente, no tiene datos de contacto. Típico».

Enna también le echó un vistazo. Era cierto: el propietario no había adjuntado ninguna información de contacto a la pizarra, algo que se recomendaba e incluso se exigía en algunos casos. Esto facilitó que los equipos de rescate localizaran al propietario si la tabla

se encontraba abandonada. ¿Estaba esta tabla relacionada con Fabienne Sommerfeld?

Enna no lo creía así. Era más probable que la tormenta la hubiera arrancado de un barco, o incluso de tierra, y la hubiera arrastrado al mar.

Aun así, dijo: «Se la entregaré a la policía científica».

El policía asintió y se fue con el poste.

Enna se quedó sola con la tabla. Mientras tanto, el sol se había puesto. Solo los estómagos de unas pocas nubes seguían bañados por un resplandor púrpura.

Una vibración atravesó el barco. Probablemente ahora se den la vuelta y regresen al puerto.

Eso no molestó a Enna. No encontrarían más cuerpos en la oscuridad. ¿Habían desaparecido más en las aguas profundas del Mar del Norte? ¿O fue Fabienne Sommerfeld la única que salió?

Enna no tenía respuestas a estas preguntas. Esperemos que la búsqueda de Pavel en la playa haya sido más fructífera que la suya.



Pero Pavel también se quedó con las manos vacías cuando el sol se hundió en el mar. Se había arremangado los pantalones y caminado una milla en cada dirección, a diferentes alturas en la playa. Ahora tenía los pies helados y hormigueando. Se sentó en un tronco que había llegado a la costa y los masajeó para calentarlos.

No había encontrado nada más que algas y basura. La tormenta se había llevado algunas cosas, pero no había señales de ningún lugar donde se celebrase un ritual, ni siquiera de la ropa de Fabienne Sommerfeld.

¿Los otros dos desconocidos se llevaron las cosas de Sommerfeld? ¿Quién más había estado involucrado?

Pavel se puso los calcetines y se puso los zapatos. Luego sacó su teléfono celular y llamó a su colega Berger. «¿Cuál es el estado de esos dos números?»

«No hay respuesta, jefe. El número con el setenta al final sigue estando fuera del alcance y, por lo tanto, no se puede localizar. Se han solicitado los datos del proveedor, pero ya sabe cuánto tiempo puede tardar. El número con los treinta y cuatro al final se ha desactivado. También se han solicitado los datos del proveedor».

«¿Pudo encontrarlos de todos modos?»

«No. El fiscal Müntefering solicitó al juez un registro celular, pero llevará algún tiempo».

Pavel se frotó la cara. Müntefering había actuado de inmediato, pero el tribunal local había puesto fin a las cosas. «¿Qué hay de Florian?»

«¡Lo encontré!»

Al menos ya era algo. «¿Y?»

«Bueno: el estado de la relación es *complicado*, diría yo».

«¿De qué manera?»

«Bueno, Florian Meitinger afirma ser el novio de Fabienne Sommerfeld».

«¿Pero?»

«Probablemente ella le dijo que se estaban separando y él no lo aceptó. Así que está convencido de que todavía está con ella».

Las orejas de Pavel se levantaron. Parecía que alguien se negaba a aceptar una ruptura, y esas personas a menudo tenían problemas psicológicos, razón por la cual negaban o se negaban a aceptar una ruptura en primer lugar. El miedo a estar solo, las dependencias emocionales, los trastornos narcisistas de la personalidad: todo esto era posible y podía resultar muy estresante para la otra persona. ¿Era posible que se tratara de un delito en una relación? ¿Estaban yendo por el camino equivocado con el ritual de curación? ¿Florian había acosado a su exnovia durante días y había visto el ritual, y luego se había enfrentado a ella? ¿Se había agravado la situación?

Pavel vio a Fabienne Sommerfeld desnuda en la playa con las marcas en la piel. La piel de gallina cubrió su cuerpo mientras se secaba. Entonces, un hombre salió de la oscuridad y dijo: «¡Así que aquí es donde estás!»

Sommerfeld se sorprendió. «¡Florian! ¿Qué haces aquí?»

«¿Qué crees? Te llevaré a casa, por supuesto».

Sommerfeld resopló en voz alta, con el pelo mojado pegado a su rostro. «¡Ya no estamos juntos, Florian! Te lo he dicho cientos de veces. ¡Mételo en la cabeza!»

Florian solo sacudió la cabeza y agarró a su ex, que gritaba y luchaba. Ella lo golpeó y él la golpeó y...

No. Pavel se libró de la idea. No había señales de lucha. No pudo haber ocurrido de esa manera. ¿Cloroformo, quizás? ¿Simplemente la drogó y la llevó al mar, donde se ahogó? El informe toxicológico lo demostraría, pero llevaría tiempo.

«¿Neuhof?»

Pavel recordó que Berger seguía en la línea. «¿Sí? Disculpe. Me perdí en mis pensamientos por un momento».

«No hay problema. Así que... Florian Meitinger. Lo llamé. Está de acuerdo y viene de Oldenburg. Debería estar aquí en aproximadamente una hora».

«Muy bien. ¿No le habló de la muerte de la Sra. Sommerfeld, tal como se le indicó?»

«Ni una palabra».

«Maravilloso. Lo interrogaré, entonces. Gracias, Berger».

Pavel bajó el teléfono móvil. El sol ya se había puesto. Como Enna aún no lo había contactado, probablemente no había encontrado nada. Qué mal, o bien. Si no se encontró ningún otro cuerpo, es posible que nadie más haya muerto. Todo el mundo estaría feliz por eso.

Pavel se empujó para levantarse del tronco. Sus pies seguían siendo carámbanos. Se bajó los pantalones, se los quitó y regresó al estacionamiento.

Tenía muchas ganas de subirse en Heino porque eso devolvería el calor a sus piernas.

Capítulo Ocho



Pavel llevaba menos de media hora sentado en la oficina —había encontrado un calefactor en la habitación contigua y lo tenía en los pies— cuando Enna entró. Parecía tan congelada como Pavel se sentía, a pesar del zumbido de la calefacción.

«No hay señales de nada», lo saludó. «No hay cuerpos, solo una tabla abandonada sin información de contacto».

«¿La llevó al laboratorio criminalístico?»

«Por supuesto, pero no espero mucho». Se hundió en la silla de su oficina con un suspiro. Se dejó puesta su chaqueta abrigada. Al ver las pantorrillas desnudas y con la piel de gallina de Enna, Pavel volvió a temblar. Se acercó a la corriente de aire caliente.

Enna miró a Pavel frente a la calefacción y preguntó: «¿Y usted?»

«Nada tampoco. Pero estoy esperando a Florian Meitinger, el exnovio de Sommerfeld».

«¿Exnovio?»

«Sí». Pavel levantó el dedo índice. «Y en estado de negación. No acepta que Sommerfeld haya roto con él».

«¿En serio? Suena como una nueva pista».

«Absolutamente. ¿Deberíamos volver a compartir el interrogatorio?»

«Me encantaría». Enna se abrió la chaqueta, pero no se la quitó. Volvió a mirar la calefacción con el ceño fruncido. «¿Puedo usarlo

yo?»

Pavel hizo una invitación hacia el zumbido de la calefacción y giró la silla de su oficina hacia un lado.

Enna sonrió y se quedó de pie en la corriente de aire caliente. Suspiró y cerró los ojos.

Pavel miró a su colega durante unos segundos antes de preguntar: «¿Cómo se la arregla en invierno? ¿Todavía lleva pantalones cortos?»

Enna sonrió sin abrir los ojos. «Claro. Los pantalones cortos son una forma de vida. El clima es irrelevante».

«¿Y no se congela?»

«No. Me hice la prueba una vez. Tengo lo que se llama un defecto genético de Birdy-Coldfeet. Tengo un fuerte gradiente de temperatura entre la parte superior del cuerpo y los dedos de los pies. Esto se debe a mis venas genéticamente alteradas. En las aves, se llama *red maravillosa*. Los vasos sanguíneos están muy juntos. La sangre caliente se bombea de las arterias a los pies, mientras que la sangre fría se bombea de los pies al corazón. Esto crea una especie de intercambio de calor. Como los pájaros, solo sangre fría llega a mis pies. Por eso no me congelo». Enna finalizó con un serio movimiento de afirmación con la cabeza.

Pavel volvió a levantar el dedo índice, pero no dijo nada. En vez de eso, sacó su teléfono móvil y escribió algo.



La musical risa de su colega lo hizo levantar la vista. «No lo está buscando, ¿verdad?»

Por supuesto que lo estaba buscando. Quería, no, tenía que saberlo todo sobre Birdy-Coldfeet. ¿Qué tenía eso de gracioso?

«Sí, eso es exactamente lo que iba a hacer», admitió.

Enna se rio. «Es usted fenomenal, Pavel. ¡En serio! Birdy-Coldfeet». Volvió a reír, sacudiendo su cabello.

A Pavel le gustaban las risas, aunque todavía no entendía el motivo.

En ese momento, se oyeron gritos en el pasillo exterior.

Los ojos de Enna se entrecerraron y Pavel se puso de pie.

Un hombre gritó: «¿Dónde está?»

Luego Berger: «¡Tranquilízate, tío!»

«¡Que te den por culo! *¿Dónde está?*»

Pasos fuera de la puerta. Se abrió de golpe y se estrelló contra la pared. Por suerte, no tenía cristal, porque el impacto lo habría hecho añicos.

Un hombre muy musculoso estaba parado en la puerta. Florian Meitinger parecía mayor que su foto de perfil en WhatsApp. Su cabello estaba visiblemente retraído y notablemente más gris. Las manchas de sudor se asomaban por debajo de sus axilas.

«¿DÓNDE ESTÁ?» volvió a gruñir.

Pavel recordó su imagen mental de la playa, que había terminado con un ataque mortal. Meitinger era el actor adecuado para el papel, pero la trama no coincidía con la realidad. ¿Y si Kessler se hubiera perdido algo? Pero no le iba a preguntar al respecto, de ninguna manera.

Enna se quedó más cerca de la puerta y preguntó con una fría compostura como una pata de pájaro: «¿Y usted quién es?»

«Meitinger», ladró el hombre. «Me llamó por Fabienne. ¿Dónde está?»

«¿Por qué no se sienta?» Enna señaló con una invitación una silla de oficina que estaba libre.

El hombre resopló como un buey y entró, pero solo para mirar a su alrededor y luego pararse frente a Enna. «¿La encerró?»

«Lo hice...»

Su mano se lanzó hacia adelante y agarró a Enna por el cuello de su chaqueta. «¿Qué le hizo?»

Enna gruñó sorprendida. En algún lugar de su mente, oyó un fuerte grito: «¡Hajime!» Pavel no se inclinó ante su oponente, sino que inmediatamente se lanzó hacia él. Meitinger era más bajo que él, como casi todos los oponentes. Pavel decidió acabar con él con un o-soto-gari, una gran barrida enganchando por fuera. Agarró a Meitinger por los hombros y lo obligó a soltar a Enna. Luego, trasladando su peso a la pierna izquierda, Pavel barrió la pierna de Meitinger con un golpe en la parte exterior de la pierna. Meitinger

cayó como un saco de patatas. Pavel se arrojó rápidamente encima de él. El trabajo de piso era su especialidad. Se inclinó hasta la mitad sobre Meitinger y extendió su brazo en forma de ude-gatame, un cierre torcido. «¡Mantenga la calma!» dijo, completamente sin emociones.

Meitinger intentó liberarse del agarre de Pavel, pero este giró aún más el brazo, lo que provocó que Meitinger gritara fuerte. «Está bien, está bien, me detendré. *¡Me detendré!*»

Pavel aflojó un poco su agarre. «¿Lo promete?»

«Sí».

«No», dijo Enna. Se inclinó, con el rostro rojo brillante. Pavel le tendió los brazos de su oponente y las esposas se cerraron con un clic. Y luego con un segundo segunda clic.

Meitinger empezó a luchar de nuevo, pero con las manos esposadas, no tenía ninguna posibilidad.

Pavel alzó los ojos, pero Enna sacudió la cabeza con firmeza. «Atacar a un oficial de policía. No tengo compasión. Al menos no hoy».



Berger y Pavel escoltaron a Meitinger hasta la sala de interrogatorios con los brazos atados. Se sentó detrás de la mesa y miró con hostilidad a Enna, que estaba sentada frente a él con Pavel.

«¿Ya se ha calmado?» preguntó con brusquedad.

«Tengo que hacerlo, ¿verdad?»

«Debería, sí, de lo contrario las esposas no le serán quitadas pronto».

Silbó con desprecio y miró al techo.

No llegarían a ningún sitio así, se dio cuenta Pavel. Dio unas palmaditas en el brazo a Enna y asintió con la cabeza hacia la puerta. Su colega lo miró durante unos segundos, luego se levantó y salió de la sala de interrogatorios.

Cuando la puerta se cerró detrás de ella, Pavel sonrió a Meitinger. «¿Puede relajarse ahora?»

Gruñó, pero ahora miró a Pavel. Con más calma, preguntó: «¿Dónde está Fabienne?»

«Llegaremos a eso, señor Meitinger, pero primero tengo algunas preguntas. ¿Promete responderlas con calma y objetividad? Si es así, lo liberaré de esas esposas. Pero si vuelve a causar problemas, entonces...» Pavel dejó abiertas las consecuencias. Ya había usado esta estrategia muchas veces antes. La imaginación de la gente era con frecuencia más poderosa que la realidad.

Probablemente la imaginación de Meitinger también, porque asintió con la cabeza. «Mantendré la calma, tío».

«Bien». Pavel se puso de pie, se puso detrás de Meitinger y le quitó las esposas. Desaparecieron en el bolsillo de la chaqueta de Pavel. Luego volvió a sentarse. «Entonces, Sr. Meitinger. Primero, algunas preguntas sobre usted. Según el artículo 395 del Código de Procedimiento Civil, está obligado a responderlas o cometerá un delito menor».

Meitinger asintió con la cabeza. A Pavel le gustaba este arreglo. Después de las preguntas personales, la persona interrogada solía empezar a hablar con más libertad, lo que le permitía obtener más información sobre el caso.

«Su nombre es Florian Meitinger».

Meitinger asintió con la cabeza.

«Para que conste, necesito que lo diga».

«Sí, ese es mi nombre».

Pavel preguntó por su fecha de nacimiento, dirección, nacionalidad, estado civil y ocupación. Con cada pregunta, Meitinger se volvía un poco más locuaz. Cuando llegaron a su profesión, que según él era entrenador personal, incluso elogió las habilidades de judo de Pavel.

«Pongámonos manos a la obra», dijo finalmente Pavel. «Le invité aquí por Fabienne Sommerfeld. ¿Es su pareja? ¿O expareja?»

Meitinger cruzó sus enormes brazos sobre el pecho. *«Ella es mi novia».*

«¿Desde?»

«Desde el 11 de enero, hace dos años».

«¿Y cuándo empezaron a tener discrepancias?»

«¿Qué tipo de discrepancias?»

«Discrepancias. Es decir, diferencias, inconsistencias o discrepancias entre dos o más cosas, por ejemplo, entre dos informes, datos u opiniones. Dice que la Sra. Sommerfeld es su novia. La Sra. Sommerfeld lo ve de otra manera».

«Sí, ella lo ve de otra manera, ¡pero estamos juntos! ¿No lo entiendes? No se separa lo que va de la mano».

«¿Por eso vino a Fleetstedt hace unos días? ¿Para visitar a la Sra. Sommerfeld?»

«¡Sí, tío! Pero no estaba allí. Esperé una eternidad, pero no la vi».

«¿Y luego?»

«Regresé a Oldenburg. ¡Estaba cabreado, te lo aseguro, tío!»

Pavel se lo podía imaginar. «¿Ha regresado a Fleetstedt desde su visita?»

«No. Tenía que trabajar».

«Como entrenador personal. ¿Seguro que hay alguien que pueda confirmarlo?»

«Tengo que respetar la confidencialidad de mis clientes».

Pavel sacudió la cabeza. «¡No es ni sacerdote ni médico!»

Algo brilló en los ojos de Meitinger. «Pero sí visito a mis clientes en sus casas y aprendo muchas cosas privadas sobre ellos. Así conocí a Fabienne».

«¿Así que era su cliente?»

«Sí. Era muy activa desde el punto de vista atlético hasta que de repente se detuvo hace seis meses». Su rostro era como un espejo de su alma cuando se oscurecía. «Luego desapareció de mi apartamento durante la noche».

Y la ha estado acosando desde entonces. Pavel se abstuvo de hacer comentarios. «Tengo que preguntar esto. ¿Dónde estuvo anoche, Sr. Meitinger? ¿Tenía un cliente en ese momento?»

«¿Anoche?» Frunció el ceño. «No. Entrené a Elke por la tarde».

«¿Cuánto duró el entrenamiento?»

«Hasta las cinco en punto. Pero ¿por qué pregunta todo esto? Parece que soy el sospechoso de...» El centavo cayó, haciendo ruido

en el suelo. Los ojos de Meitinger se agrandaron. «¿Qué le pasó a Fabienne?»

Pavel mantuvo el contacto visual y dijo con calma: «La encontramos muerta esta mañana».

La frente de Meitinger se convirtió en un Gran Cañón de confusión, y sus labios repitieron en silencio las palabras de Pavel. Luego, tardíamente, la información llegó a su cerebro y desencadenó una reacción en cadena. El resultado fue que Meitinger comenzó a temblar. Levantó sus enormes y temblorosos brazos en un gesto de impotencia, con los dedos luchando entre sí, y luego puso los ojos en blanco hacia atrás.

Se desplomó hacia adelante, la parte superior de su cuerpo chocó con la mesa.

Pavel acudió en su ayuda, pero no pudo atraparlo. Su cabeza chocó con la madera barnizada con un ruido sordo y fuerte. Se oyó un gemido y Meitinger se resbaló de la silla.

Pavel lo agarró, pero sus dedos se deslizaron sobre la suave tela de la chaqueta de entrenamiento. Solo pudo observar cómo el hombre inconsciente se deslizaba como una anguila y caía al suelo por segunda vez.

Después, silencio.

La puerta se abrió entre ese silencio y Enna entró, conteniendo la respiración. «Neuhof...»

Levantó el dedo índice en un gesto de explicación. «Hay algo positivo: dada la extrema reacción física, podemos suponer que el Sr. Meitinger no sabía nada sobre la muerte de su exnovia».

«¿Y con eso llega a la conclusión de que no la mató?»

Pavel sonrió. «Nos llevamos cada vez mejor. Pero ahora estaría en deuda con usted si pudiera ayudarme a ponerlo en situación de recuperación».

Capítulo Nueve



«Está estable, pero en estado de shock». Enna metió las manos en los bolsillos de sus pantalones cortos. Parecía agotada cuando salió de la reunión con el médico de Meitinger y vio la fría luz del pasillo del hospital. Los círculos bajo sus ojos se oscurecieron.

Pavel asintió. «Al menos no se hizo daño».

«Excepto por los dos puntos de sutura en la herida de su frente».

«Sí, aparte de eso». Pavel señaló la máquina de café que estaba a tres metros del pasillo. «¿Puedo comprarle una bebida?»

«¿Esa bazofia? No, gracias. Prefiero tomar una copa».

«¿En Deichkante?»

«No, ahí tampoco. Es demasiado ruidoso». Suspiró. «Creo que me iré a casa y me acostaré. Para ser sinceros, tendremos que esperar a conocer los detalles del proveedor de los dos participantes anónimos del chat. Probablemente sean los más propensos a decirnos algo».

«Me temo que estoy de acuerdo con usted. Probablemente Meitinger sea absuelto como autor. Incluso podría tener una coartada para esa noche. No tuve la oportunidad de preguntarle al respecto. Eso nos deja con el Dr. Hansen, pero su historia parecía verosímil. ¿Por qué se iría primero y luego volvería para asesinar a Fabienne Sommerfeld? Podría haberse quedado sin más. Y que se vaya para crear una coartada más creíble, que en última instancia no lo es, no tiene sentido para mí. Era una clienta».

«También está la cuestión de cómo pudo haberla matado. No había lesiones externas reconocibles».

Eso los llevó de nuevo al diagnóstico de Kessler. Tenía que ser inteligente al respecto, o Enna simplemente pensaría que tenía algo en contra del patólogo forense.

«Oh, podríamos ser creativos, Enna», intentó. «El informe toxicológico aún está pendiente, lo que podría revelar varias posibilidades del asesinato. Además, lo único que tenía que hacer el asesino era empujarla de un barco. Un empujoncito y se caería por la borda. No olvidemos que más tarde hubo una tormenta. El Mar del Norte ya podía haber estado agitado y Fabienne Sommerfeld padecía un cáncer terminal. Su cuerpo estaba demacrado, probablemente estaba débil. ¿Cuánto tiempo podría sobrevivir sin ayuda, dada la temperatura del agua y todas las demás condiciones? ¿Qué opina?»

Las mejillas de Enna se hincharon. Pavel notó que sus ojos se entrecerraban levemente. Luego dejó salir el aire lentamente y dijo: «Si se hubiera acostado boca arriba, podría haber sobrevivido mucho tiempo en el mar. Lamentablemente, las estimaciones y los informes de campo oscilan entre unas pocas horas y un día sin ayuda. Pero la temperatura sin duda sería un problema para Sommerfeld. Una se enfría, inevitablemente se mueve para calentarse, pierde fuerza y lucha para no hundirse. Calculo que duraría de tres a cuatro horas como máximo. Si, así es».

«Y la encontraron lo suficientemente lejos como para que no pudiera nadar hasta la orilla».

«Sí. Por eso descarté a la tabla como medio para llegar allí. Con el oleaje, habría estado agotada para cuando saliera. Si es que hubiera salido».

«Conclusión: deberíamos haber encontrado un barco si hubiera salido sola. Pero no lo hicimos».

«Exactamente. Por eso prefiero la siguiente hipótesis: Sommerfeld se reúne con Hansen para cenar. Él no quiere ayudar con el ritual y vuelve a la oficina después de cenar. Fabienne ya lo había anticipado, al menos con su negativa, y en su lugar se encontró con los dos desconocidos. Si Hansen hubiera aceptado,

podría haber ido con ellos. Así que salen en un barco, Fabienne se desnuda y la pintan. Hay un ritual, se meten al agua y ...»

La idea atravesó la cabeza de Pavel como una bala y se dio una palmada en la frente con la palma de la mano. «¡Por supuesto que lo hizo! ¡Tenía que *entrar* al agua para el ritual! No había forma de evitarlo. Es igual que en los viejos tiempos con los antiguos alemanes».

Enna alzó la ceja izquierda. «¿Qué hacían?»

«Tenían algo llamado Nornenbad. Durante este ritual, los recién nacidos eran sumergidos en agua para dedicarlos a las Nornas, las diosas del destino que velan por la vida y por el destino. Se creía que este acto daría al niño protección y un futuro favorable. ¡Definitivamente Sommerfeld tendría que sumergirse en el agua!»

«Está bien, se quita la ropa, la pintan y *voluntariamente* entra en el mar tempestuoso».

Pavel asintió con entusiasmo. «Y luego...» Un segundo pensamiento lo tomó por sorpresa. Vaciló. «Y entonces puede que se haya ahogado. Problemas en el agua. Problemas de circulación, calambres, desmayos».

«¿Y los demás... no pudieron salvarla?»

«Sí. Usted misma sabe lo difícil que es un rescate como ese. Si los demás no supieran qué hacer, Sommerfeld podría haberse ahogado justo delante de ellos».

Enna se frotó la barbilla. «Tiene razón en eso. Entonces, ¿a qué nos enfrentamos? ¿Falta de ayuda, ya que no hubo ninguna llamada de auxilio?»

Pavel se encogió de hombros. «Lo más probable. Un juez tendría que aclararlo, pero es posible que no tengamos un caso de asesinato».

«Entonces el caso está casi resuelto. Todo lo que necesitamos son las identidades de las dos personas involucradas. Hum... Me pregunto por qué no denunciaron el accidente, porque eso es lo que habría sido».

«Me sorprende la pregunta». Pavel se mordió la lengua. Intentaba ser más amable.

Enna parecía perpleja, pero no ofendida. «¿Por qué es eso?»

«Porque es usted muy buena con las emociones. De inmediato se me ocurren muchas razones por las que la gente no denunciaría un incidente como ese».

«¿Como cuáles?»

«Bueno, el miedo a las posibles consecuencias legales por ignorancia, por ejemplo. O la vergüenza de no poder salvar a Sommerfeld. O simplemente una consideración racional: con su cáncer, Sommerfeld no estaba lejos de morir. ¿Para qué abrir otra caja de Pandora si de todos modos iba a morir pronto? La esperanza probablemente hubiera sido que su cuerpo nunca fuera encontrado».

Enna suspiró: «Probablemente sea cierto».

Pavel tomó nota mental. Había estado de acuerdo con él en una pregunta sobre los sentimientos. Claramente, Enna no tenía problemas para admitir cuando se equivocaba.

«Bueno, no importa», dijo ella. «Me voy a casa ahora para acostarme. Ha sido un día largo. ¿Quiere que lo deje en su casa?»

«No. Heino sigue en la estación, así que le agradecería que me dejara allí. De lo contrario, tendré que caminar o tomar el autobús por la mañana».

«Qué terrible». Enna se rio y luego le dio una palmada en el hombro a Pavel. «¡Vamos, entonces! ¡Que tengamos buen pasatiempo!».

Pavel se dejó llevar por el pasillo del hospital, sacudiendo la cabeza. «Todavía no entiendo ese término».

«¿Que tengamos buen pasatiempo?»

«Sí. Conozco muy bien sus orígenes medievales, pero la mayoría de la gente ya no celebra por la noche. Es increíble que el término haya sobrevivido tanto tiempo».

«Sus procesos de pensamiento son a veces asombrosos, Neuhof. Muy sorprendentes». Enna sonrió tan calurosamente que alegró el corazón de Pavel.



La calidez duró hasta que Enna se despidió y se fue con su Polo rojo.

Pavel se quedó de pie frente a la oficina en la oscuridad, despidiéndose y viéndola partir.

Todavía estaba allí cuando las luces traseras habían desaparecido hace mucho tiempo. Solo entonces se sacudió, bajó lentamente la mano y se acercó a Heino. La bicicleta esperaba pacientemente en el portabicicletas al lado de la entrada. Pavel sintió una pizca de calidez al ver la bicicleta, pero solo una pizca. Estaba a punto de quitarle el candado cuando volvió a bajar las manos. Una brisa fresca soplaba a través de su menguante cabello.

En vez de eso, dejó que las llaves de la cadena rodaran entre sus dedos hasta que encontró la llave de la oficina. La reconoció por su forma angular y por los orificios de seguridad en el paletón. Se apresuró a ir a la oficina y abrió la puerta.

Ahora conocía el camino a su oficina en la oscuridad. También estaba la tenue luz de la luz de la salida de emergencia. Solo podía ver por la puerta. Encontró la fría manija metálica y abrió la puerta.

Una vez dentro, encendió la luz. Parpadeó brevemente, porque todavía utilizaban fluorescentes y aún no se habían cambiado a los LED. De nuevo, el presupuesto.

Pavel se quitó la chaqueta, la colgó en el pequeño perchero y se acomodó detrás de su escritorio, donde encendió la computadora. El zumbido del ventilador le pareció inusualmente fuerte, pero, una vez más, sus reservas de energía para el día estaban más que agotadas. Enna tenía razón: había sido un día largo. Pero aún no quería volver a casa. Aún tenía una idea que quería perseguir.

Necesitaba el móvil de Sommerfeld. Estaba en el escritorio de Enna. Lo había conectado a un cargador porque temía no poder desbloquearlo sin un PIN si la batería se agotaba por completo.

Abrió los mensajes de texto y la conversación con los dos desconocidos. Resaltó todo el texto, lo copió y pegó en su programa de correo electrónico y se envió un correo electrónico desde la cuenta de Sommerfeld. Ya habían revisado los correos electrónicos, pero no encontraron nada interesante.

La computadora emitió un pitido cuando llegó el mensaje. Lo abrió, copió el texto en un procesador de textos y clasificó los

mensajes de los dos desconocidos por autor. Simplemente borró los textos de Sommerfeld. Esto dejó dos columnas.

Imprimió cada uno en letra de catorce puntos, con un espaciado de línea y media. Entonces comenzó el verdadero trabajo. Comenzó un meticuloso análisis textual y estilístico de cada bloque.

Examinó la elección de palabras y el fraseo. ¿Había ciertas palabras o frases que se utilizaban con frecuencia? ¿El vocabulario era informal o formal?

Luego examinó la gramática y la estructura de las oraciones. ¿Hubo errores o irregularidades comunes? ¿La estructura de la oración era compleja o simple?

Hizo lo mismo con la longitud y la estructura de los mensajes. Un escritor podría escribir mensajes concisos, mientras que otro podría escribir respuestas largas y detalladas sin una estructura clara, una estructura con una introducción, un cuerpo y una conclusión.

En el siguiente paso, Pavel analizó el tono y el estilo del idioma. ¿Escribían de manera informal, amistosa, práctica o formal? ¿El estilo de la persona tenía ciertas características?

Estaba un poco perdido en lo que respecta al uso de emojis. Afortunadamente, se usaron con moderación. La razón por la que a veces se incluía en el texto un mono con los ojos tapados era un completo misterio para él.

Al final, Pavel se sentó frente a las dos impresiones, que estaban cubiertas con numerosas notas y marcadas con rotuladores de diferentes colores. Era su autopsia del intercambio de mensajes. Nils Kessler seguramente se sorprendería.

¿Qué le decía su autopsia textual?

El autor con el número de teléfono móvil terminado en setenta era muy preciso y lógico. Cada mensaje parecía estar bien pensado y reducido a los puntos más importantes. No había tonterías, adjetivos innecesarios ni estructuras de oración incómodas. Lo que a primera vista parecía un ensayo escolar barato estaba bien pensado y bien ejecutado. Se podría suponer que el autor era más inteligente que el promedio. En cuanto al contenido, se habían añadido muchos puntos de mejora al ritual de sanación. En cuanto al contenido, el autor estaba obviamente interesado en mejorar el ritual.

El autor con el número treinta y cuatro al final, por otro lado, era bastante contraproducente. Él o ella a menudo no estaba de acuerdo con el número setenta. Pavel llegó a la conclusión de que la persona se oponía al ritual o quería imponerle su propio punto de vista.

En términos de lenguaje, los mensajes de treinta y cuatro fueron más emotivos. La ira y el resentimiento se podían leer entre líneas. Los textos no estaban bien pensados, pero parecían estar escritos a medida que se le ocurrían. Luego los corregiría o calificaría en los mensajes subsiguientes.

Esto demostró emocionalidad e impulsividad.

Pavel no podía entender mucho más, pero sentía que le faltaba algo. No podía identificarlo, pero había algo más escondido en las líneas del número treinta y cuatro. Había pasado por alto algún detalle. Le recordaba a las imágenes en color de la prueba ocular: si no se concentraba demasiado, aparecían números difíciles de ver en las imágenes. Aquí sentía lo mismo. ¿Qué es lo que no veía? Su subconsciente debe haberlo reconocido, pero no podía acceder a él cognitivamente.

Pavel suspiró y se echó hacia atrás. Cruzó las manos detrás de la cabeza en una pose muy masculina. «¿Quiénes son?» preguntó a las dos caras.

Lamentablemente, ninguna de los dos le respondió.



Mientras tanto, Enna se dio una ducha. Por lo general, ponía el agua a una temperatura entre fría y tibia para prepararse para nadar en el mar, pero hoy le apetecía más calor. El termostato estaba ajustado a 38 grados. El vapor llenó la cabina de ducha. El cristal ya se había empañado.

Bajó la cabeza y dejó que el agua cayera sobre ella. El agua le corría por la cara y goteaba por su cabello, nariz y barbilla.

Enna se masajeó el lado izquierdo por debajo de la clavícula. Por alguna razón, se sentía apretado allí. Seguía tirando incómodamente y su corazón se sentía extrañamente pesado. Una sensación extraña.

Una verdadera sensación de desasosiego. ¿De dónde viene? ¿Estaba enferma? ¿Estaba agotada?

Recordó su extraña visita al chamán. Algo iba a por ella. No, Luna lo había expresado de otra manera. Había hablado de cambios.

Enna gruñó, dejando a un lado los pensamientos sobre la extraña expresión del chamán, las cartas del tarot y los huesos pintados, y aprovechó la oportunidad para palparse su pecho. Afortunadamente, no pudo sentir ningún endurecimiento ni grumos. Pero la desagradable sensación continuaba ahí.

Enna resopló en el chorro de agua, levantó la cabeza y dejó que le salpicara directamente en la cara. Sintió las gotas a través de sus ojos cerrados. Contuvo la respiración y contó. Al llegar a setenta y siete, cerró el agua con un tirón e inhaló bruscamente.

Más de un minuto. Bastante razonable.

Exprimió el agua de su cabello, luego se la quitó del cuerpo y, finalmente, limpió la cabina de ducha con una espátula de goma. Luego, por fin, salió.

El cuarto de baño estaba mucho más frío. Enna inmediatamente se puso la piel de gallina en todo el cuerpo. Se secó con la toalla áspera y se frotó vigorosamente hasta que dejó de tiritar.

Se puso sus pantalones cortos de pijama, de color verde menta con gaviotas estilizadas, se puso la chaqueta del pijama y se secó el cabello con secador. Por lo general, lo dejaba secar al aire, pero hoy hacía demasiado frío. Demasiado frío.

De hecho, se encontró soplando repetidamente el secador de pelo debajo de su pijama para mantenerse caliente.

No le gustaba, porque cuando tenía frío, por lo general era una señal de que se estaba enfermando. No lo necesitaba ahora. Estaban en medio de un caso.

¿Era siquiera un caso? Si Fabienne Sommerfeld se había ahogado y los demás no habían podido ayudarla, en realidad no era más que la investigación de una muerte misteriosa. Pavel podría tener razón al decir que los dos desconocidos habían guardado silencio por miedo y vergüenza. No cambiaría nada de la muerte de Fabienne. Entonces, ¿por qué buscar problemas donde no los había?

El cabello de Enna estaba por fin seco. Se lo cepilló brevemente, dejó el secador de pelo en el estante y salió del cuarto de baño.

Había preparado té de hierbas en la cocina antes de ducharse. Ya había estado en remojo más que suficiente. Exprimió la bolsita de té y la tiró a la basura orgánica.

Armada con el té, Enna fue a la habitación y se metió bajo las sábanas. Sorbió la mezcla de salvia y menta, la dejó a un lado y se acurrucó bajo las sábanas.

De repente, las lágrimas brotaron de sus ojos. Salieron incontrolablemente de sus ojos y se filtraron en la manta. Siguió un sollozo.

¿Qué le pasaba?

Enna se puso de costado y miró el espacio vacío de Pete. Su canasta para perros siempre había estado al lado de la cama, donde esperaba por las tardes hasta que ella se metiera en la cama. Entonces Pete se levantaba, movía la cola y, con su permiso, saltaba a la cama, ya sea para abrazarla o para recostarse sobre ella. Había crecido mucho y era enorme, algo que Enna nunca había creído posible.

Volvió a sollozar y el dolor en el pecho casi la dejó sin aliento. Pero no era un dolor físico lo que sentía en ese momento, era emocional. Se sentía sola. Sí, se había sentido muy sola durante mucho tiempo.

Quizá era hora de adquirir un perro nuevo.

Enna cedió a la idea e imaginó a un perro nuevo acostado en una cesta nueva junto a su cama. Mirándola con ojos oscuros y brillantes. Lleno de expectación. Con amor. Sin motivos ocultos ni astucia. Solo ojos llenos de amor.

La sensación era muy agradable, ¿y él? ... ¿ella? ... era claro o de color gris.

Enna se secó las lágrimas de los ojos y se sentó. ¡Definitivamente! Había llegado la hora de un macho.

Tal vez esto era lo que Chamán Luna había querido decir con un gran cambio. Tal vez. Pero de alguna manera Enna no lo creía, aunque creer no era su punto fuerte de todos modos.

Capítulo Diez



Pavel se sorprendió por un ruido de traqueteo. Una mujer gritó: «¿En serio?»

Parpadeó somnoliento y vio madera a su lado, por encima de él, por todas partes. ¡El escritorio!

Al darse cuenta, se sacudió y se golpeó la cabeza contra la parte superior del escritorio. Gimió y salió arrastrándose de debajo del escritorio.

Enna estaba de pie en la puerta con las manos en las caderas. Hoy llevaba calcetines de color amarillo brillante con puntos de colores. «¿En serio?» repitió. «No me sorprende que haya faltado a su cita con Sontje. ¿Qué hacía aquí anoche?»

¿Una cita con Sontje? Habían concertado una cita casual, pero luego tuvo que ir a una reunión en Hannover. Pero ¿cómo se enteró Enna de eso?

Pavel se sentó y bostezó. ¡Tantas preguntas por la mañana! Todavía tenía mucho sueño. «¿Siempre tiene que importunarme así?»

«Aparentemente sí». Enna lo miró con enojo. «¡Tiene que cuidarse más, Neuhof! Ayer acordamos que tendríamos que esperar a la búsqueda de las células y al informe toxicológico. ¿Le gusta estar debajo del escritorio?»

«Uh... no, la verdad es que no. Pero me senté aquí hasta las tres de la madrugada y luego no quise ir a casa».

«¿Hasta las tres? ¿Y qué hacía?»

Pavel señaló los dos análisis de texto. Enna los examinó con recelo. «¿Qué son esos?»

«Los mensajes de texto del chat grupal. Los analicé estilísticamente para sacar conclusiones sobre las personas y sus motivos».

«Ya veo. ¿Y ha identificado a alguien?»

«Lamentablemente no. Pero se trata de una persona inteligente y muy racional, muy deliberada en sus declaraciones y otra persona con un carácter bastante impulsivo, como el suyo».

«Genial. Si hubiera dicho 'mujer y hombre', estaríamos un paso más cerca». A pesar del comentario obviamente negativo, cogió las hojas de papel y estudió el texto y las notas. ¿Seguro que sabía que la racionalidad y la impulsividad no eran necesariamente específicas de género?

El rostro de Enna se puso más sombrío mientras leía.

«¿Una asociación espontánea?» Preguntó Pavel con cautela.

«Sí. Este texto», agitó la página con el autor impulsivo, «hace vibrar algo dentro de mí».

Pavel se puso a su lado. Enna olía a sal y a tormenta. «Eso es interesante. Siento que en este texto también hay algo que me está ocultando. Si usted siente lo mismo, solo tenemos que encontrarlo».

«Hum...» Enna leyó el texto en silencio; solo movió sus labios. Luego sacudió la cabeza. «De alguna manera, la redacción me suena familiar». Cerró los ojos. Sus pupilas se movieron detrás de sus párpados.

Pavel se tragó su comentario y le dio tiempo. Tal vez ella vería lo que le faltaba.

Y de hecho... De repente, Enna abrió los ojos y se escondió detrás del ordenador de Pavel, que aún funcionaba. Abrió el navegador de Internet y buscó el sitio web Cosmic Tide Wellness. Su sitio web se cargó lentamente. Enna fue inmediatamente a la página «Acerca de nosotros» y hojeó el texto.

«¡Aquí!» de repente exclamó triunfalmente, señalando un pasaje de texto. *«Debemos armonizar el ritual con la magia de la astrología»,* leyó. «¡Y aquí!» Señaló otro pasaje. «*La pureza del Mar*

del Norte, y así sucesivamente. Estos claramente apuntan al Dr. Hansen».

«No necesariamente. Alguien podría haber mirado el sitio web de Cosmic Tide Wellness. Sommerfeld recibió tratamiento allí».

«Sigue siendo sospechoso. Quizás el médico estuvo involucrado».

«¿Con un número anónimo? ¿Por qué, si ya estaba en contacto con Sommerfeld?»

«Muy buena pregunta. Pero tal vez el ritual era demasiado extremo incluso para que él participara oficialmente. Quizá sabía lo del cáncer y se dio cuenta de que estaba pisando un terreno peligroso. Después de todo, es médico y perdería su licencia para ejercer la medicina».

Pavel asintió. «Es un buen argumento, por supuesto. De ahí el secretismo y la artimaña de salir durante la cena. Deberíamos hacerle otra visita».

«Sí», estuvo de acuerdo Enna. «Poder examinarlo a conciencia». Ya estaba en la puerta, abriéndola. Pero se detuvo y se volvió hacia Pavel. «¿Qué le parecería tener un perro en la oficina?»

Pavel arqueó ambas cejas. «¿Disculpe?»

Un perro. Eso hizo vibrar algo en su interior, como lo habría dicho Enna. Pero no era una vibración agradable, era del tipo que hacía que los puentes se derrumbaran. Aún recordaba los aullidos del perro que lo perseguía y el hedor del estiércol en el que había caído.

«Ya me ha oído. Un perro de la oficina».

«Hum... ¿qué se supone que debe hacer un animal así?»

No quería descartarlo de plano, lo que sin duda era su derecho como jefe. Quizá Enna recobraría la cordura por sí sola.

«Debería ayudarle a relajarse».

Pavel hizo una mueca. Desde ese incidente, los perros tenían el efecto contrario en él. «¡Estoy relajado!» exclamó.

«A veces, Neuhof. A veces. Pero en serio. ¿Qué opina?»

Pavel hinchó las mejillas. «No estoy seguro de qué hacer con esto». Esa era la forma más positiva en que podía expresarlo.

«¿Así que eso es un sí?»

Sus ojos se agrandaron. Enna tenía una habilidad muy útil, y lo decía en serio: hacer ilusiones. «No», dijo, sacudiendo la cabeza.

«¿Un no entonces?»

«No, no iría tan lejos».

«Entonces, ¿qué dice? Tiene que decidir. ¿Es blanco o es negro?»

Pavel alzó los brazos en un gesto de impotencia. No podría tomar una decisión así ahora mismo. ¿Por qué Enna no le decía lo que realmente quería? «¿Podemos visitar a Hansen primero?»

Enna asintió con la cabeza, pero parecía un poco triste, lo que le dolió. «Vamos, entonces», murmuró y ya había salido por la puerta.

Pavel tuvo que darse prisa para sacar su chaqueta del perchero y seguirla. No es que se fuera a ir sin él. Sabía que no lo haría.



La clínica del Dr. Hansen estaba en silencio cuando llegaron Enna y Pavel. No había ni un solo auto en el estacionamiento y las persianas exteriores estaban bajadas. Nadie abrió la puerta incluso después de que llamaran dos veces.

«Parece que no hay nadie aquí», dijo Enna de manera obvia mientras se alejaba del timbre de la puerta. «Hubiera pensado que estaría aquí. Es sábado por la mañana».

«De hecho, un día de trabajo normal», coincidió Pavel.

Enna gruñó. «No haga referencia a mis hábitos de estacionamiento hoy, por favor. No estoy de humor».

¡Ja! Pensó en su viaje a Hamburgo, donde ella había estacionado bajo un letrero que decía «No estacionar solo de lunes a viernes». Pavel quiso responder que no pretendía hacer ninguna insinuación, pero se tragó el comentario. También miró hacia las ventanas del segundo piso y pensó brevemente en subir para mirar por las persianas, pero inmediatamente descartó la idea. La pared exterior era demasiado lisa.

«¿Tenemos la dirección de su casa?» oyó a Enna preguntar.

«Aún no». Pavel sacó su teléfono móvil e inició una búsqueda personal del doctor Bennek Hansen. «Pero ahora sí. Sielstraße catorce, Fleetstedt».

«Oh», gimió Enna. «Sielstraße es muy conocida».

«¿Por qué?»

«Por sus extensas villas. Alguien debe estar sacando un buen provecho de sus tonterías sobre el pseudobienestar». Ya estaba de vuelta en el coche, poniéndose al volante. Parecía particularmente malhumorada hoy, pensó Pavel. O había dormido mal. Esperaba que no fuera lo último, porque ella salió del estacionamiento con más agresividad de la que había entrado y pisó el acelerador.

Sin embargo, se abstuvo de comentar el hecho de que la conducción temeraria combinada con la fatiga contribuía sin duda de manera importante a las estadísticas de accidentes. De alguna manera pensó que Enna, en su estado de ánimo actual, resentiría su comentario en aquella soleada mañana de sábado.



La Sielstraße era un verdadero deleite para la vista. Era dos veces más ancha que una calle residencial normal. Los bordes de la calle estaban bordeados de olmos como una avenida. En el medio, había un canal modernizado que era puramente ornamental. En el pasado, los canales desviaban el agua hacia el Mar del Norte e impedían que el agua del mar ingresara al interior.

Los habitantes habían construido un puente sobre el canal para cada propiedad. Cuando Enna y Pavel bajaron del coche, pudieron oír el suave chapoteo del agua y el susurro del viento en los olmos. El sol brillaba entre las hojas. Un idilio de postal.

Y el Dr. Bennek Hansen vivía en una de estas villas. Eran edificios impresionantes, todos con fachadas de ladrillo holandés, lo que aumentaba la impresión general. Fleetstedt tenía algo que ofrecer a los turistas, aunque no eran demasiados los que se metían en Sielstraße. Estaba demasiado apartada de los distritos turísticos para su gusto.

Pavel señaló una de las villas. «Esta debería ser».

Caminaron uno al lado del otro a través de las sombras llenas de luz hacia el edificio. Estaba al borde del canal. Un puente de madera conducía a la propiedad actual.

Allí, la mansión se alzaba detrás de un seto alto y siempre verde de laurel cerezo. Una camioneta Porsche negra estaba estacionada en la entrada.

Enna resopló. «Estudié la profesión equivocada».

Pavel la miró con curiosidad. «Supongo que esa afirmación es irónica».

«¡Por supuesto que lo es! Soy detective de principio a fin, pero la paga podría ser mejor. No ganamos mucho dinero, a diferencia de Hansen».

«¿Es él más feliz?»

Enna hizo un gesto con la mano. «El dinero ciertamente no lo hace a uno feliz, pero hace que la vida cotidiana sea más despreocupada. Pero lo que me preocupa es la injusticia. Vende falsas esperanzas a la gente y gana mucho dinero. Y nosotros... brindamos seguridad y justicia y recibimos un apretón de manos húmedo y abusos verbales por parte de los idiotas».

Pavel se preguntó si debía unirse a la conversación y decidió que probablemente era mejor guardar silencio. En vez de eso, señaló el camino de entrada con el Porsche. «¿Deberíamos tocar el timbre?»

Enna se limitó a asentir, con la boca aún sombría.

Tocó el timbre de Hansen exactamente de la misma manera: tres toques rápidos y fuertes con el pulgar.

Luego esperaron, pero solo los olmos susurraron acerca de su día.

Enna murmuró algo ininteligible y volvió a tocar el timbre, esta vez más tiempo.

Ninguna respuesta.

Antes de que Pavel pudiera sugerir algo, Enna entró en la propiedad y miró a su alrededor. Pavel contuvo la respiración durante un momento y luego la siguió. Después de todo, Hansen era sospechoso. Podrían echar un vistazo.

Pero todo estaba tranquilo. Una amplia franja de losas irregulares de piedra rodeaba la villa. El camino estaba bordeado por vallas metálicas verticales, cuyo óxido combinaba perfectamente con el ladrillo holandés.

Siguieron el camino hasta el jardín. Allí fueron recibidos por un césped inglés perfecto. Un robot cortacésped estaba dando vueltas. No había nadie a la vista. Los muebles del patio estaban desiertos, las puertas y ventanas cerradas.

Enna miró a su alrededor con indecisión y luego subió los escalones que conducían a la terraza elevada. Se detuvo en la prominente puerta del patio y se asomó al interior.

«No hay nadie a la vista».

Pavel también se protegió los ojos y vislumbró un par de veces una habitación amueblada con buen gusto y sin duda cara. Suelo de parquet en espiga. Sofás de piel blanca. Muebles rústicos de roble. Cuadros abstractos en las paredes.

«Probablemente salió a dar un paseo», comentó Pavel.

Enna no respondió. Miró hacia adentro durante unos segundos y luego siguió el sendero que rodeaba la casa. Se detuvo en todas las ventanas y miró hacia adentro, pero no había señales del Dr. Bennek Hansen.

Finalmente, se detuvo en la puerta principal. Enna volvió a tocar el timbre, pero de nuevo no hubo respuesta.

«¿Y ahora?» preguntó ella.

Pavel estaba a punto de encogerse de hombros cuando sonó su teléfono móvil. El sonido era anormalmente fuerte, en contraste con el susurro de los olmos y el murmullo del mar.

«Neuhof, ¿sí?»

«¡Buenos días! ¡Aquí está Berger!» su sargento de policía lo saludó. «Acabo de recibir un correo electrónico del proveedor».

Pavel encendió el altavoz. «¡Oh, eso fue rápido!»

«Sí, a mí también me sorprendió. El resultado, sin embargo, es menos alentador. El número con treinta y cuatro al final se clasifica como un número de prepago más antiguo. Por lo tanto, no tenemos ningún nombre ni información de contacto en el archivo».

Pavel hizo una mueca. «Es una pena, por supuesto. Pero eso ya lo sabíamos. ¿Y qué hay del número que termina en setenta?»

«Un proveedor diferente», explicó Berger.

«Ya veo. ¿Dónde se movía el número que termina en treinta y cuatro?»

«Tenemos datos de los últimos siete días. El teléfono solo estaba activo en el centro de Fleetstedt».

«¿En la Sielstraße, quizás?»

«No, el casco antiguo».

«Gracias, Berger».

Eso solo ayudaba en el sentido de que parecía que el propietario de ese número sabía que corría un riesgo.

«De nada. Que tenga un buen fin de semana».

Pavel colgó. Enna había escuchado la conversación e hizo una mueca al oír la palabra *prepago*. «Entonces, no nos lleva a ninguna parte».

«Evidentemente. Aunque la información es interesante porque podría ser el número de Hansen. Entonces, si él fue el autor de los mensajes redactados de manera racional, ¿qué nos dice un viejo teléfono móvil prepago sobre él?»

«Que quería comunicarse de forma anónima».

«Y al parecer lo ha estado haciendo durante algún tiempo. El cambio en la ley entró en vigor en dos mil diecisiete. Desde entonces, necesitas un comprobante de identidad para comprar uno».

Enna frunció la nariz. «Eso significa que Hansen ha tenido un segundo número de teléfono móvil con fines anónimos durante años. Eso huele mal a la luz de esta villa y su trabajo, ¿verdad?»

Pavel se encogió de hombros, pero asintió con la cabeza. Volvió a mirar a su alrededor y luego suspiró. «¿Lo convocamos oficialmente?»

«Por supuesto. Quiero hablar con él lo antes posible».

El sonido de un coche hizo que ambos miraran hacia la calle. Un convertible blanco se detuvo en la entrada una casa más abajo. Conducía una mujer mayor.

Enna y Pavel intercambiaron miradas y empezaron a correr. «Disculpe», gritó Enna cuando la señora salió del auto. «¿Podemos hacerle una pregunta rápida?»

La mujer tenía quizás unos sesenta años, bronceada y en forma. La piel de su cuello estaba arrugada, pero su rostro estaba firme. «¿Quiénes son ustedes?»

Enna y Pavel sacaron sus identificaciones, borrando el color del rostro de la mujer. «¿Pasa algo?» preguntó con voz ronca.

«No. Solo queríamos ver a su vecino. Solo rutina. ¿Sabe dónde está?»

«¿Bennek? Ni idea. No lo he visto desde anoche».

«¿Estaba aquí entonces?»

«Sí. Tenía una visita. Hicieron mucho ruido».

Enna alzó una ceja. «¿Qué quiere decir con mucho? ¿Gritos? ¿Música de fiesta? ¿Otro ruido?»

La mujer puso los ojos en blanco. «Escuché gritos. No va de fiesta. Bennek es un hombre muy tranquilo. La verdad es que nunca escucho nada».

«Pero lo escuchó ayer».

«Sí. Eso me irritó. Debe haber sido amigo suyo».

«¿Un hombre, entonces?»

«Sí. Era la voz de un hombre. Pero, por favor, no me pida detalles. Solo lo noté de pasada cuando estaba en la terraza».

«¿Cuándo fue eso?»

«Alrededor de las diez. Quizá incluso más tarde. El crimen de la tarde había sido resuelto, el asesino había sido capturado. La novia del detective de nuevo. ¿No se les ocurre nada nuevo?»

«Sí, bueno. ¿Sabe si el amigo vino aquí en un auto?»

La mujer inclinó la cabeza y luego la sacudió. «No me acuerdo. Pero es posible. En realidad, solo se puede llegar a Sielstraße en coche».

«Está bien», dijo Enna, «¡gracias! Eso nos ayuda mucho».

Pavel se inclinó a la antigua usanza, lo que debió impresionar a la dama. Se sonrojó un poco y dijo: «Encantada de conocerle». También se inclinó un poco y luego caminó penosamente por el camino de entrada hasta la puerta de su casa.

Enna y Pavel abandonaron la propiedad y se detuvieron frente a la casa de Hansen. «Una pelea entre dos hombres a altas horas de la noche, después de haberle hecho una visita. Eso es inusual», dijo Enna.

Pavel asintió. «¿Quizás el segundo extraño?»

«Posiblemente. Deberíamos averiguarlo lo antes posible. ¿No tiene usted buenas conexiones con la Policía Criminal del Estado?»

«Eso no acelerará las cosas».

«Eso es una lástima. ¿Así que esperaremos?»

«No necesariamente. La demora puede ser peligrosa. Una pelea. Un médico desaparecido. Antes de eso, un cuerpo hallado en misteriosas circunstancias. Si esa no es una receta para el desastre, no sé qué es».

¿Qué le había pasado? ¡Poesía en vez de prosa! En realidad, debería haberle dicho a Enna que, según el párrafo 5 del artículo 24 de la NPOG, la policía puede entrar en una casa en cualquier momento para evitar el peligro si los hechos justifican la suposición de que las personas buscadas por delitos penales se esconden allí, como sin duda era el caso de Hansen.

Enna sonrió y empezó a correr hacia su coche.

«¡Hola!» Pavel la llamó. «¿A dónde va?»

«¡A conseguir herramientas!»

Pavel se detuvo. «Oh. ¿Sí? Ya veo».

Si no encontraban a Hansen y él se quejaba más tarde, estarían en problemas. Pero ahora no tenía el valor de pedirle a Enna que regresara.

Capítulo Once



Enna se arrodilló frente a la puerta principal de Hansen y sacó la lengua mientras hurgaba en la cerradura con una ganzúa y una palanca. Todo lo que sabía era la teoría de abrir cerraduras. Su experiencia práctica se limitaba a abrir la cerradura de su buzón después de perder la llave. Luego compró un kit para abrir cerraduras por Internet por unos pocos dólares y lo guardó en la guantera, pensando que podría necesitarlo algún día.

Ahora había llegado el día y Enna no tenía ni idea.

Pavel no fue de ayuda. Se paró junto a ella y miró a su alrededor. Probablemente estaba tomando su petición de vigilar muy literalmente.

Enna contuvo un suspiro de frustración y volvió a seguir los pasos en su mente. Había que usar el tensor para apretar la cerradura girándola ligeramente. Esto ejercería presión sobre los pines. Si luego usara la ganzúa para empujar los pines uno por uno hasta la posición correcta, podría tener suerte y abrir la cerradura en algún momento. Pero ni siquiera sabía si funcionaría con este candado. En algún momento, el barril se liberó silenciosamente y la caja se abrió.

¿Cómo era el dicho? La esperanza es lo último que se pierde.

«¿Entonces?» preguntó Pavel. «¿Cómo va todo?»

«A pasos agigantados».

«¿De verdad?»

«¡No, Neuhof! ¡Estoy practicando!»

«¿Quiere que yo lo intente?»

«¿Tiene alguna idea de cómo funciona?»

«No, pero entiendo la mecánica de una cerradura».

«¡Yo también! Pero aquí estoy, dando vueltas». Enna gimió. «¡Esto es horrible!» Sacó la ganzúa y el tensor del ojo de la cerradura. «¿Tiene alguna otra idea?»

«Cerrajero. Peligro inminente».

«¿Y luego esperamos aquí una hora a que vengan? Eso eliminaría el 'peligro inminente' de la mesa».

Antes de que Pavel pudiera responder, Enna lo intentó de nuevo. Estiró los dedos hasta que los tendones se saltaron, luego metió la púa en el agujero y aplicó el tensor. Se le salía la lengua de la boca.

Sintió un clic desde la ganzúa. «¡Ja!» ¡El tensor pudo girarse un poco más e hizo clic! ¡E hizo clic! ¡E hizo clic!

La puerta se abrió de golpe.

Enna se echó a reír y apretó los puños. «¡Impresionante!»

Pavel también asintió. «¡Buen trabajo, Koopmann!» Luego pasó junto a ella y entró en la villa de Hansen.

Enna lo siguió de cerca. Escuchó con atención, pero no oyó nada. Tampoco podía oler nada. Olía como una casa normal. Sin hedor, sin mal olor, nada.

Pavel dio un paso adelante con cautela y miró a su alrededor. Debería haberse anunciado, pero permaneció en silencio, por lo que Enna hizo lo mismo.

Se abrieron paso a través de un gran pasillo hasta una sala de estar/comedor aún más grande. Era la habitación que habían visto desde la terraza. Se veía aún más elegante por dentro que por la ventana. Alguien había puesto mucho amor en los detalles. Un jarrón a juego por aquí, un adorno por allá, un libro que cabe perfectamente en la estantería.

«Parece el toque de una mujer», murmuró Enna.

Pavel se encogió de hombros y siguió mirando a su alrededor. Cruzó la habitación en silencio. Siguió una cocina, también bastante ordenada. Había tres vasos y una sartén grasienta en el fregadero.

Alguien los había llenado con agua y detergente, obviamente para remojarlos.

Pavel tocó con cuidado el borde de la grasa oscura e incrustada con la yema del dedo. «Probablemente de anoche o incluso más. Parece carne frita».

Enna solo asintió y siguió mirando a su alrededor. Abrió el armario debajo del fregadero y encontró, como era de esperar, el bote de basura. «Filete», dijo, «Carnicería orgánica de Zinke, la carnicería de Lars».

«Buena elección». Pavel abrió la nevera, pero la cerró a los tres segundos. Parecía indeciso. «Aquí no hay nada inusual».

«¿Nos vamos?»

«No. Revisaremos la casa ahora que estamos dentro». Él asintió con la cabeza y atravesó otra puerta que daba al pasillo.

En el primer piso, vieron un baño de visitas y una especie de cuarto de servicio con estantes llenos de productos de limpieza, comida enlatada y todo tipo de cosas que se usaban a diario pero que no querían tener en la cocina. También había una lavadora y secadora. La lavadora parpadeó para indicar que había terminado de lavarse. Desafortunadamente, era imposible saber cuánto tiempo había estado parpadeando.

Un amplio tramo de escaleras conducía desde el pasillo hasta el piso superior. No había sótano.

Enna subió los escalones de piedra con una sensación de mareo. No podía identificarlo, pero sentía que algo andaba mal. ¿Era porque más o menos habían forzado la entrada? Peligro inminente... era una broma, pero si Pavel asumía la responsabilidad como su jefe, entonces todo iba bien.

Pero no lo sentía así. Incluso un charlatán como Hansen merecía su privacidad, que habían invadido sin permiso.

A Pavel no parecía importarle. Llegó al segundo piso y miró hacia la primera habitación. «Una oficina», dijo y abrió la puerta de un tirón.

Enna miró hacia adentro. Hansen había instalado una estación de trabajo totalmente equipada. Había al menos treinta carpetas en los archivadores, todas etiquetadas a mano. Todas eran cuentas y

estados financieros. Obviamente, Hansen no llenaba sus formularios de impuestos en la clínica. *¿Me pregunto por qué?*

Sobre el escritorio había algunos archivos y documentos. Enna hojeó algunos de ellos. Eran facturas de tratamientos. Desafortunadamente, el nombre de Sommerfeld no aparecía en ninguna de ellas. Pero los precios de los demás aceleraron el pulso de Enna. «¡Sesenta y cuatro euros por un tratamiento de té!» exclamó. «Y aquí: consulta inicial: ¡ciento sesenta euros! ¡Una locura!»

«El mercado fija el precio».

«Oh, Neuhof, basta de tonterías. ¡Aquí se explotan la esperanza y la desesperación! No tiene nada que ver con el mercado».

«En cierto modo, sí. La oferta y la demanda regulan el mercado».

Enna no estuvo de acuerdo, pero solo hizo un ademán con la mano. No tenía ganas de discutir. En cambio, miró un poco más a su alrededor, pero no le llamó la atención nada inusual.

«¿Deberíamos buscar la declaración de Sommerfeld?»

«Probablemente aún no la tenga». Pavel señaló una hoja de papel. «Esta es la más reciente de las notas. Tiene dos semanas».

Enna lo entendió. «¿Entonces continuamos con las habitaciones?»

«Sí».

Esta vez, Enna abrió el camino. Encontraron un baño que parecía sacado de un catálogo de lujo, con colores dorados y arena. Solo había un cepillo de dientes en la estantería. Enna revisó el botiquín. «Solo productos para hombres. Nada que indique que hay una mujer».

«Probablemente Hansen esté soltero».

«O homosexual. Aunque no hay un segundo cepillo de dientes ni nada parecido».

Pavel levantó el asiento del inodoro y miró hacia abajo. No explicó por qué. «Aquí tampoco hay nada». Salieron del baño y continuaron su investigación en el dormitorio. La cama doble confirmó sus sospechas: solo había una almohada y una manta. Ambas estaban arrugadas. No había ropa por ahí.

La última habitación era un gimnasio, donde Hansen probablemente se mantenía en forma. Había varias pesas, mancuernas y barras con mancuernas, una esterilla de yoga y varias bandas para hacer ejercicio, así como barras de pared y una camilla de masaje doblada que olía a aceite de coco.

Evidentemente, Hansen traía a un masajista de vez en cuando. *O una masajista*, Enna se corrigió a sí misma.

Descartó la idea y miró alrededor de la habitación por última vez. «Aquí tampoco hay nada inusual».

«Tampoco está el médico».

«Tal vez salió a correr o a andar en bicicleta. Parece atlético. Especialmente con todo este equipo».

Perplejos, abandonaron el gimnasio. Pavel regresó a la habitación. Enna se detuvo a su lado. «¿Alguna idea?»

«No lo sé. Es casi como el análisis de los mensajes. Es decir, siento que hay algo que me falta por notar». Se acercó a un armario empotrado del suelo al techo y abrió las puertas. Detrás de ellos había camisas, pantalones, trajes y ropa deportiva. El resto del armario estaba lleno de zapatos, ordenados ordenadamente en varias filas en los estantes.

Pavel suspiró, «Yo tampoco sé qué es».

Cerró el armario, hizo una pausa y lo volvió a abrir. Permaneció frente a él durante largos segundos, mirando los zapatos.

«Cosas feas», dijo Enna. «Probablemente cuesten una fortuna».

«No es eso». Pavel seguía mirando las hileras de zapatos. «¿Notas algo más?»

Enna frunció el ceño. «Demasiado orden».

«Eso también, pero no es eso. ¡Aquí!» Pavel señaló el área al lado de los zapatos. «Mira la profundidad. Al menos sesenta centímetros».

«Profundidad normal para un armario».

«Sí, pero los zapatos solo están en una fila. Así que una profundidad máxima de treinta centímetros».

Enna abrió la boca». ¡Así es! Bien, tiene suficiente espacio».

«Sí, pero no lo construyes de esa manera a menos que quieras esconder algo detrás». Pavel arrastró los estantes para zapatos,

pasó el dedo y empujó los costados. Una sonrisa apareció en su rostro. «¡Aquí! ¿Ves eso? Es una bisagra. ¡Entonces debe haber un pestillo en algún lugar del otro lado! «Sus dedos se deslizaron hacia atrás por el estante y tiraron, empujaron y empujaron. De repente, hizo un clic y todo el zapatero se dobló hacia adelante como una puerta.

Detrás de ella apareció la puerta de un armario. Tenía una cerradura y estaba cerrada con llave.

Enna y Pavel intercambiaron una larga mirada y Enna preguntó: «¿Juguetes sexuales?»

Pavel alzó los hombros. «Es posible, aunque no entiendo por qué tienes que guardar bajo llave los juguetes sexuales que supuestamente te dan placer, especialmente cuando no hay niños en la casa».

Enna pensó en el vibrador que tenía en el cajón de su mesita de noche. «Buen argumento, pero no quiero entrar en una discusión filosófica ahora mismo. Es más bien una cuestión de si podemos abrir la cerradura». Enna sacó las herramientas del bolsillo trasero.

Pavel se los quitó. «No. No podemos».

«¿Qué quiere decir?»

«Usted no, Enna. Yo me ocuparé de ello».

«¡Eso está fuera de discusión! ¡Ya que estamos en el baile, bailemos!»

«Los niños y los adolescentes podrían decir eso. Pero sigo siendo su jefe y asumiré toda la responsabilidad por esto». Sonrió calurosamente, pero parecía totalmente decidido.

Enna sacudió la cabeza. «Desde luego, no voy a esperar en el auto mientras usted abre este armario».

«Entonces espere abajo y busque más a fondo en el primer piso. O sea centinela esta vez».

Enna empezó a objetar, pero Pavel la empujó hacia la puerta. «¡Es una orden oficial, señorita Koopmann! Está obligada a obedecerla». Luego salió por la puerta del dormitorio y Pavel la cerró por dentro.

Enna llamó a la puerta a medias. «¡No puede decirlo en serio, Neuhof!»

«Sí, lo digo, señorita Koopmann. ¡Sí, lo digo!»



Pavel pudo escuchar a Enna maldecir fuera de la puerta durante unos minutos, tras lo cual guardó silencio. ¿Se daría por vencida y seguiría sus órdenes?

Ya lo vería, pero sería mucho mejor para ella que no estuviera aquí. Ya había arruinado más o menos sus posibilidades de convertirse en jefa del departamento, así que ella no necesitaba más problemas por su culpa. No le preocupaba su propia posición. No tenía planes de hacer carrera profesional.

Pavel regresó al armario y se arrodilló frente a él. Nunca había trabajado con una ganzúa y un tensor. Sería una experiencia completamente nueva.

Recordó lo que Enna había hecho antes en la puerta y probó suerte. Jugó con ella durante varios minutos antes de que la cerradura finalmente cediera.

Pavel soltó un grito de felicidad y luego abrió la puerta del armario.

Detrás no había juguetes sexuales, sino varios estantes llenos de archivadores, una caja fuerte y una bandeja con un sobre. No podría abrir la caja fuerte, pero los archivos prometían ser interesantes, o Hansen no los guardaría bajo llave tras una puerta oculta.

Pero primero, el sobre, ya que olía a dinero. Por suerte no estaba sellado. Pavel abrió las solapas y, de hecho, vio mucho dinero en billetes de cincuenta y de cien. Estimó que la cantidad estaba a la mitad de las cinco cifras. Era una buena cantidad de dinero, y Hansen ni siquiera la guardaba en la caja fuerte. *Me pregunto qué hay ahí dentro.*

Vamos a los archivadores. Las etiquetas estaban marcadas crípticamente con códigos numéricos y de letras sin sentido. Pavel sacó el primer archivo que vio y lo abrió.

Para su sorpresa, se encontró con notas manuscritas. Línea tras línea estaba escrita en escritura finamente curvada pero poco

legible. El escritor, probablemente Hansen, estaba anotando sus pensamientos sobre una mujer. Claramente eran registros de pacientes. Pero ¿por qué los guardaban aquí y no en la oficina? Solo había una conclusión posible: se trataba de historias clínicas especiales de pacientes que nadie debía ver.

Pavel sigue leyendo. Era el historial médico de un paciente que probablemente estaba gravemente enfermo. Hansen había tomado notas, pero lo confundían cada vez más. *Se quejó de síntomas en sus manos*. ¿Qué tipo de médico lo diría así? Probablemente se quejaba de problemas en la motricidad fina.

Y así seguía. Temblor en los dedos. Eso se llamaba temblor cinético. Pulso rápido. El pulso no era rápido, sino que se aceleraba.

Pavel bajó las notas. Confundido, pasó las páginas, solo para descubrir que se prolongaban durante páginas.

Volvió a guardar el archivo, luego miró dos más, pero vio lo mismo. Notas de un paciente que no parecían muy médicas.

¿Eran archivos antiguos de los primeros días de Hansen? Pavel apenas podía imaginárselo.

Sacó un cuarto archivo y salió una carpeta que probablemente había estado debajo del archivador. Dentro había un certificado.

Pavel soltó un «¡Guau!» Era el doctorado del Dr. Bennek Hansen. Emitido en Moscú. El nombre de la universidad estaba en cirílico.

«¡Mire esto!» Pavel abrió la carpeta. Detrás del doctorado había correspondencia impresa por correo electrónico y un recibo escrito a mano. Se habían pagado dieciséis mil euros. La factura tenía catorce años.

«¡No!» Pavel gimió y se puso de pie de un salto para compartir esta increíble información con Enna justo cuando escuchó unos pasos fuertes fuera de la habitación. Luego un golpe.

Su imaginación amenazaba con escaparse, pero la voz de Enna resonó: «¡Neuhof! ¡Venga aquí! ¡He encontrado algo!»

Se levantó de un salto y abrió la puerta. «¡Yo también tengo algo!»

Se miraron sin aliento. Enna miró los papeles que tenía en la mano. «¡Usted primero!»

Sacudió la cabeza. «¡Usted primero!»

«Está bien. ¡Hay una habitación lateral en la planta baja, detrás del guardarropa! Bien escondida a primera vista. Alberga el sistema de seguridad del hogar. No hay nada espectacular, pero hay un sistema de alarma con una cámara de vigilancia en la entrada».

Pavel estaba asombrado. «Ni siquiera me di cuenta».

«Yo tampoco. Tampoco es el factor decisivo. Mucho más interesante: el sistema estaba desactivado. Por favor, ¿quién desactiva su sistema de alarma cuando sale de casa?»

Era una pregunta válida. «¿Alguna relación con la pelea de ayer?»

«No lo sé, pero algo aquí da mala espina. ¿Qué será?»

Pavel le mostró el certificado médico ruso.

Enna lo entendió de inmediato. «¡No! ¡El médico no es médico en absoluto!»

«Compró el título. También encontré algunos archivos de pacientes anónimos que creó. Aún no he descubierto por qué están guardados aquí. Tendremos que revisarlos. Por cierto, también hay mucho dinero en efectivo en el armario. Y hay una caja fuerte cerrada con llave».

«Parece mucho trabajo».

«Y la cacería de una persona de interés».

Enna miró a Pavel con curiosidad. «¿Quiere poner a Hansen en la lista de buscados?»

«Sí. De hecho, por dos razones. En primer lugar, la sospecha de participación en un delito grave. Aún tenemos una muerte sin resolver que involucra a Fabienne Sommerfeld. Hansen niega tener nada que ver con eso, pero se ha demostrado que la trató. También la vio en el Old Mole antes de morir. No tiene coartada. Pero sí tiene un doctorado falso».

«Lo que también lo hace susceptible de procesamiento».

«Además de todo».

«¿Y cuál es la segunda razón?»

«Es posible que tengamos un caso de persona desaparecida aquí. ¿Dónde está Hansen? No está aquí y tampoco está en la clínica. Su auto está afuera, el sistema de alarma está apagado y ayer hubo una discusión».

«Nadie apagó la lavadora en el cuarto de servicio de la planta baja. Sigue encendida después de terminar de lavarla».

Pavel entrecerró los ojos. «¿La lavadora?»

«Sí». El color desapareció del rostro de Enna. Pavel también tragó. Corrieron por el pasillo y luego bajaron las escaleras, deteniéndose en la puerta del cuarto de servicio.

Era cierto: la lavadora estaba lista, la luz estaba encendida. A través de la escotilla, podían ver trapos y toallas de limpieza.

«Colada a 90 grados», susurró Enna.

Pavel entró con cuidado en la habitación y miró los estantes. Luego se agachó y sacó un balde de limpieza del estante trasero. En su interior brillaba un charco de agua turbia.

«¡Mierda!» Exclamó Enna. Sacó su teléfono y marcó un número.

Pavel no necesitó preguntar a quién llamaba. Solo había una opción.

Maria Doldinger tendría que trabajar horas extras hoy.

Capítulo Doce



«¡Apague las luces!»

Oscureció a su alrededor.

Luego se oyó un chasquido y se encendió una luz azul.

Maria Doldinger exhaló en voz alta. «¡Es cierto! ¡Sangre!»

De hecho, al resplandor de la luz ultravioleta de la lámpara especial, podían ver trazas brillantes en la lavadora y el balde. También había rayas en el suelo.

El corazón de Enna latía más rápido. «Así que alguien limpió la sangre de aquí y puso los trapos en la lavadora».

«Definitivamente. Y no fueron solo unas gotas de sangre».

La voz de Pavel provenía de la oscuridad. «¿También puede iluminar aquí?»

María murmuró, se escucharon pasos y la luz azul pasó del cuarto de servicio a la sala de estar. Al principio no se veía nada, pero luego se hicieron visibles largas rayas de sangre brillante que se extendían hacia el patio.

«¡Definitivamente alguien ha limpiado aquí!» Exclamó María, apagando la luz azul. «¡Encienda las luces!»

Se encendieron las luces de la habitación y todos entrecerraron los ojos ante la luz brillante.

Enna dijo: «Así que, sí es un crimen violento».

«Pero ¿quién es la víctima? ¿Hansen?» Pavel se volvió hacia María. «¿Podemos acelerar la comparación del ADN?»

«Le está preguntando a la persona equivocada. Nils se encarga de eso y se ha ido por el fin de semana».

«Genial», gruñó Pavel. «¿Tenemos otras opciones?»

Enna sacudió la cabeza. «Simplemente asumimos que Hansen es la víctima. O el agresor. Al final, no importa. Tenemos que encontrarlo de cualquier manera».

«¿Quién es el otro tipo? ¿El segundo extraño del chat? ¿Por qué discutiría con Hansen?»

Enna se encogió de hombros. «Quizá sea por la muerte de Sommerfeld. ¿Recuerda su análisis de texto? Si Hansen era el impulsivo, cosa que creemos que era, no estaba de acuerdo con las sugerencias de la otra persona y quería transmitir su punto de vista. Puede que Sommerfeld no lo haya escuchado y haya muerto. Hansen se asusta entonces porque, a pesar de su intervención, de repente se ve implicado en un asesinato, o al menos en la falta de ayuda. Ve cómo su castillo de naipes se derrumba».

Pavel asintió. «Una interpretación posible. Pero podría ser al revés. Hansen se convirtió en víctima porque el ritual de curación falló. La otra persona podría haber actuado por venganza o furia».

«Pero entonces esa persona debe haber sido cercana a Sommerfeld. ¿Meitinger?»

Pavel se encogió de hombros. «Imposible. Se sorprendió demasiado cuando se enteró de que estaba muerta. Además, tendría que haberse escapado del hospital para haber estado aquí anoche para discutir. Podemos comprobarlo, pero creo que es muy poco probable».

«Así que estamos buscando a Hansen y a una o dos personas desconocidas más. Eso es genial. ¡No tenemos ninguna pista!»

«El número de teléfono móvil».

«Genial. El proveedor no nos lo dará más rápido. A menos que también sea un teléfono prepago».

«Entonces sugiero que echemos un vistazo a los archivos manuscritos de Hansen. Quizá averigüemos qué estaba haciendo con los pacientes seleccionados».

Enna asintió con un suspiro. «¿No dijiste que había dinero arriba?»

«Una cantidad que llega a las cinco cifras, según mis cálculos».

«¿No es extraño? Si Hansen tenía la intención de marcharse, se habría llevado consigo el dinero y las pruebas. Tampoco habría desactivado la alarma».

«Buen punto. Entonces, ¿asumimos que Hansen es la víctima?»

Enna pareció entristecerse por este dato, pero asintió con la cabeza. «Probablemente deberíamos. También deberíamos volver a interrogar a Meitinger. Quizá sepa algo que pueda ayudarnos. Un nuevo amigo en la vida de Sommerfeld, por ejemplo».

Pavel levantó la mano con entusiasmo. «Es una muy buena idea. Sommerfeld involucra a su nuevo amigo, que naturalmente está interesado en que se cure. Algo sale mal y la culpa es de Hansen».

«Entonces iré a la clínica y hablaré con Meitinger. Y usted leerá los archivos. De todos modos, lo hace con mucho entusiasmo».

«Sí. Dividiremos las cosas de esa manera».

Maria Doldinger sonrió. «Es un placer escucharlos, tortolitos. Sois como un matrimonio de ancianos, ¿lo sabíais?»

Pavel empezó a responder, pero Enna se limitó a sacudir la cabeza y salió corriendo de la villa de Hansen.



El viaje continuó a una velocidad vertiginosa. Condujo hasta el hospital demasiado rápido y se alegró de que Pavel no estuviera sentado a su lado. Habría tenido un ataque al corazón.

Mientras conducía el Polo entre los campos y a lo largo del dique, la idea de Pavel le provocó emociones contradictorias. Por un lado, había ira. ¿Cómo pudo echarla de la habitación de esa manera? Para protegerla, por supuesto, pero no le gustaba que la trataran con condescendencia. No era una niña y no era una mujer a la que se le diera órdenes. Ella sabía lo que quería.

Además de la ira, había algo parecido al afecto. Era un buen jefe. Él se preocupaba por ella, no quería que se metiera en problemas. Nunca sintió que tuviera alguna mala intención. Le recordó a su perro; siempre podía contar con Pete. Le pasaba lo mismo a Neuhof.

Enna se sorprendió cuando un motociclista se le acercó peligrosamente en su carril. Se desvió con tanta fuerza que sus neumáticos chocaron con el borde de césped sin pavimentar. Hubo un golpe y una sacudida, pero Enna logró volver a la carretera. «¡Idiota!» gritó, pero solo porque todavía estaba enojada.

Más concentrada que antes, siguió conduciendo. Pensó en llamar al hospital para ver si Meitinger seguía allí, pero llegaría en unos minutos. Lo comprobaría en persona.

Vio el hospital a lo lejos y giró hacia la carretera de circunvalación para llegar allí. Se detuvo en el estacionamiento de corta duración y saltó del auto.

Entró corriendo al edificio, pasó por el mostrador de recepción y subió las escaleras hasta la habitación de Meitinger.

Cuando llegó a la habitación de Meitinger, se detuvo afuera, sin aliento. En su prisa, no había pensado en cómo proceder. Nunca era prudente iniciar una conversación sin una estrategia. Pero Meitinger tampoco era muy listo, por lo que había visto ayer. Podría lidiar con él.

Estaba a punto de llamar a la puerta cuando una enfermera llegó por el pasillo.

Enna la saludó con la mano. «Disculpe. ¿Tiene un momento?»

La enfermera era más baja que ella, llevaba un aro en la nariz y tenía ojos amables. «¿Cómo puedo ayudarla?»

Enna señaló la placa y luego la puerta de la habitación de Meitinger. «¿Estuvo de guardia anoche?»

La enfermera asintió. «Estoy a punto de terminar mi turno».

«Eso está bien. Dígame, ¿estuvo el paciente Meitinger aquí toda la noche?»

«¿Meitinger? Oh, ¿el entrenador? ¿Sí? Dios, era un fastidio».

«¿De qué manera?»

«Activaba la alarma cada dos horas. Probablemente pensó que iba a morir a causa de la laceración».

«¿Cada dos horas? ¿Es una broma o lo dice en serio?»

«En serio. Tal vez era cada tres horas, no lo comprobé. De todos modos, llamó varias veces».

«Oh, que interesante. Eso también responde a mis otras preguntas».

«Bueno, entonces». La enfermera levantó la mano para despedirse y se fue corriendo.

Enna la vio irse, luego respiró hondo, llamó a la puerta de Meitinger y entró sin ser invitada.

Acababa de salir del baño. Estaba vestido e incluso tenía zapatos puestos. Cuando la vio, su rostro se oscureció.

«La policía, tus amigos y protectores, ¿verdad?» se quejó. «¿Por qué no me dejan en paz?»

«Me temo que no puedo, señor Meitinger». Enna se detuvo frente a él. «Tengo unas cuantas preguntas más».

«Pregúntele a mi abogado».

Enna gimió para sí misma. «Por favor, señor Meitinger. Comprendo que esté disgustado. Mi colega fue un poco... impetuoso ayer».

«¿Impetuoso?» La ira brilló en sus ojos. «¡Me tiró al suelo por la fuerza! ¿Ve esta laceración? ¡Dos puntos de sutura! Eso dejará una gran cicatriz, se lo aseguro. Voy a exigir una indemnización. ¡Así es! Mi cuerpo es mi fortuna».

Enna se mordió el labio inferior. «Una vez más, solo puedo disculparme en nombre de mi colega. No era su intención».

«No me importa su intención. Presentaré una queja sobre él. ¡Una queja sobre ambos! Me preguntan y me dejan en el...» Su voz se estremeció y se apagó. Las lágrimas brillaban en sus ojos.

«Lo siento, señor Meitinger».

Respiró sus sollozos. «Puede irse al carajo».

«Me temo que no. Necesito su ayuda».

«Oh, ahora, ¿de repente?»

«Sí. Verá, después de su actuación de ayer, sospechamos que podría estar involucrado».

«¿Yo?» La ira volvió a brillar. «¡He llevado a Fabienne en brazos! ¡He leído todos los deseos de sus labios!»

Enna sonrió débilmente. «Yo le creo. Por favor, comprenda que nuestro trabajo a menudo implica sacar conclusiones precipitadas».

Se paró frente a ella. «Al menos lo admite».

«Por supuesto que sí. Solo somos humanos. Y queremos resolver la muerte de Fabienne. Y tal vez pueda ayudarnos».

Dos emociones se enfrentaban en su rostro. Aún hay ira, pero también tristeza. Quizá Enna lo había atrapado. *No*, se corrigió a sí misma. Si hubiera tristeza, sería por la Sra. Sommerfeld.

Sus siguientes palabras seguían por la misma línea. «Tenemos nueva información y nos lleva a creer que un hombre está relacionado con su muerte».

Meitinger entrecerró los ojos. «¿Qué hombre?»

«Usted no, señor Meitinger, eso lo tenemos claro ahora. Así que estamos buscando a un extraño». Enna vaciló deliberadamente y luego añadió: «Quizás una nueva pareja».

Meitinger apretó las manos en forma de puños, temblando sus enormes brazos. «¡Ese imbécil!»

«¿Así que hay alguien?»

«Sí, no. No sé. Vi a Fabienne con él dos veces después de que se mudara».

«¿Sabe su nombre?»

«No. Y no quiero hacerlo».

«¿Qué aspecto tenía?»

Meitinger refunfuñó. «Alto, más alto que yo».

«Entonces, ¿al menos un metro noventa?»

«Sí, vamos. Unos años mayor, tal vez. Tenía las sienes grises».

«¿Barba?»

«No».

«¿Gafas?»

«Sí. Un verdadero debilucho. Sin músculos. Sin nada».

«Está bien. ¿Sabe algo más sobre él? ¿Ha visto alguna vez un número de teléfono móvil?»

«No... aunque... conduce un Mercedes».

«Ah, está bien. ¿Qué modelo? ¿Tal vez lo sabe?»

«Claro. GLS. Azul oscuro metalizado. Ese auto no baja de los ciento diez mil. Se lo digo, un cobarde. Necesita un coche grande para compensar su pene pequeño».

Enna asintió con comprensión. «¿Es un conocedor de coches?»

«No, pero después de ver a Fabienne subir a su auto, comprobé lo que conduce en Internet».

«¿Quizás sabe el número de matrícula?»

«No. Solo un número de Oldenburg». Meitinger cruzó los brazos sobre el pecho. «¿Y ese imbécil tuvo algo que ver con la muerte de Fabienne?»

«Posiblemente». Enna levantó el dedo en señal de advertencia. «Pero eso no está probado. Así que le pido que no se vaya por su cuenta. Nos ocuparemos de ello».

Meitinger la miró sombríamente. «Si le pongo las manos encima, no puedo garantizar nada».

Enna miró sus fuertes dedos, pensó en la postura holgada de lucha de Pavel y en la rapidez con la que Meitinger había aterrizado en el suelo, y asintió con la cabeza. «Le creo, señor Meitinger. Lo golpeará como a una mosca».

«Eso es exactamente lo que haría». Juntó el pulgar y el índice para que la piel se pusiera blanca. «Eso es exactamente lo que haría». Con un sobresalto, se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación.

Enna se frotó la cara, esperando no haber hecho algo estúpido. Pero en todo caso, Meitinger era del tipo que hacía algo estúpido. No sería culpa suya.

Aun así, corrió detrás de él. «¡Señor Meitinger!»

Se detuvo en su camino. «¿Qué?» Su voz sonaba como un latigazo.

Enna tragó y sacó una tarjeta de presentación. «Si se le ocurre algo...»

Él solo resopló, pero le arrebató la tarjeta de los dedos y se fue.

Enna lo vio irse, luego sacó su teléfono móvil y llamó a Berger para que pusiera una alerta de búsqueda en un Mercedes GLS metálico azul oscuro con matrícula de Oldenburg.

Todavía se sentía culpable cuando salió de la clínica poco tiempo después.



Mientras tanto, Pavel se agachó sobre los archivos manuscritos del estudio de Hansen. Había empezado a tomar notas, pero dejó de hacerlo mientras continuaba estudiando el primer archivo. Desde que empezó, tenía los brazos con piel de gallina.

Hansen había tratado a algunos pacientes en privado, fuera de los procedimientos oficiales de Cosmic Tide Wellness. Se trataba de tratamientos adicionales que nunca debería haber realizado.

Pavel ya había revisado tres expedientes y, en todos los casos, Hansen debería haber remitido al caballero y a las dos señoras a especialistas. No estaba claro si lo había hecho o si hubieran querido que lo hiciera, pero desde un punto de vista puramente médico, habría tenido sentido. Un caballero tenía un cáncer de próstata avanzado que se había extendido. Una de las mujeres tenía esclerosis múltiple y la otra tenía un glioblastoma en la cabeza, uno de los tipos de tumores más terribles. La esperanza de vida era de quince meses como máximo. Así que Enna tenía razón; se trataba de personas desesperadas que o no tenían fe en la medicina o que habían hecho todo lo imaginable, pero se habían quedado sin opciones.

Tuvieron que suponer lo mismo para Sommerfeld. Era muy probable que Hansen también la hubiera tratado extraoficialmente. Todavía no había encontrado un archivo, pero había encontrado un ritual chamánico para el hombre con cáncer de próstata. Parecía absurdo: debía bañarse desnudo en el Mar del Norte bajo la luna llena, con una piedra blanca y una negra en cada mano. También había carteles y canciones. Lo que esto tenía que ver con la próstata seguía siendo un misterio para Pavel.

Suspirando, se puso de pie y estiró los brazos. Antes de pasar al siguiente archivo, quería hablar con Maria Doldinger para ver cómo le iba con la investigación forense.

La encontró en el jardín. Estaba arrodillada en el camino pavimentado, examinando las piedras con una lupa.

Pavel se mantuvo a una distancia segura y esperó. Solo cuando ella levantó la vista, él preguntó: «¿Cómo va todo?»

María se encogió de hombros. «Hemos finalizado en el interior, excepto con la caja fuerte. Afuera, todavía estamos comprobando

los caminos».

«¿Por posibles marcas de arrastre?»

«Sí».

Pavel esperó, pero no hubo más información. «¿Tiene alguna idea de lo que pudo haber pasado?»

«Absolutamente». María empezó a volver a su trabajo, pero Pavel se aclaró la garganta. «¿Le importaría compartir conmigo alguna de sus ideas?»

María suspiró y se puso de pie. «Sígame». Lo llevó al otro lado de la terraza hasta la sala de estar. Ya habían guardado las banderas numeradas para las fotos, pero Pavel recordó más o menos dónde habían estado cuando comprobó anteriormente el progreso.

«Así que», comenzó María, «probablemente hubo una pelea aquí. La sangre se limpió aquí, en esta área. Las huellas eran las más claras».

«¿De cuánta sangre estamos hablando?»

«No puedo decirlo. Es como la famosa taza de espresso».

«¿La qué?»

«¿No la conoce? Se derrama medio espresso y todo queda cubierto de café».

«Ya veo. Puede parecer mucha, pero ¿en realidad no era tanta sangre?»

«Posiblemente. He visto suficientes escenas del crimen como para saberlo. Sospecho que fue una lesión grave. No hemos encontrado un arma. Así que volvamos a la secuencia de los acontecimientos. Hubo un forcejeo que resultó en una lesión. La víctima probablemente también se cayó. Aquí», señaló María señalando una abolladura en el suelo de parqué, «se podría haber clavado la hebilla de un cinturón, una llave o algo duro. Los rasguños que conducen a la terraza sugieren que la víctima fue arrastrada o cargada por la puerta hasta el jardín. Luego limpiaron, lavaron los paños en la lavadora y limpiaron todo. Al menos eso es lo que parece».

«El sistema de alarma estaba desactivado».

«Correcto. Encontramos muchas huellas digitales; veremos a quién pertenecen más adelante. Pero teniendo en cuenta el curso de

los acontecimientos, yo diría que el autor la apagó para que no se grabara mientras arrastraba a la víctima fuera. Probablemente regresó, cerró la puerta de la terraza y salió de la villa por la puerta principal».

Pavel asintió pensativo, imaginando la secuencia de los acontecimientos en su mente. Un punto lo dejó perplejo. «¿Hay alguna grabación de la cámara de seguridad?»

«Ni idea. No podemos poner en marcha el sistema. Está bloqueado con una contraseña».

«Está bien, pero eso significa que el autor probablemente tampoco pudo acceder a él».

«No estoy de acuerdo. No hay señales de entrada forzada. Probablemente dejaron entrar al autor. Probablemente el sistema de alarma se activó y luego se desactivó. Contaremos con los especialistas de TI para que lo investiguen. Puede que tengan suerte y encuentren algo, pero yo no me haría demasiadas ilusiones».

Pavel dejó que eso se asimilara por un momento antes de preguntar: «Según sus años de experiencia, ¿qué diría? ¿Fue un acto premeditado o un acto pasional?»

«Le dejo la interpretación a usted, señor Neuhof. En cualquier caso, el autor no tenía prisa. Limpió y trapeó, encendió la lavadora y desactivó el sistema de alarma. Para eso es necesario mantener la compostura ante el crimen. Ya fuera un cadáver o una persona inconsciente. De cualquier manera, el autor fue muy cauteloso, racional y calculador». María sonrió y salió de la sala por la puerta de la terraza.

Pavel volvió a mirar el suelo mojado y luego se frotó la barbilla áspera. «Cuidadoso, racional y calculador», repitió. Era una descripción perfecta de él mismo, pero también del autor de los textos ponderados. ¿Y si era el culpable?

Lo encontrarían.

Pavel se puso de pie y consideró si debía continuar con los archivos o interrogar a los vecinos.

Decidió interrogar a los vecinos. Los archivos esperarían, pero los recuerdos de los vecinos se desvanecerían rápidamente. Demasiado

rápido, como había visto con demasiada frecuencia en su carrera de detective.



«¿Así que no notó nada?»

El caballero de la barba bien recortada, que vivía a dos puertas de Hansen, sacudió la cabeza. «Nada en absoluto».

«Su vecina escuchó una discusión. Alrededor de las diez».

El caballero se encogió de hombros. «A las diez ya estaba durmiendo».

«Está bien. Gracias».

Pavel se inclinó y volvió a cruzar el pequeño puente hacia la calle. Ya había entrevistado a todos los vecinos, al menos a los que le habían abierto la puerta. Nadie había visto ni oído nada.

El sonido de un motor llamó su atención. Un automóvil se deslizaba hacia arriba y entraba en la entrada de enfrente. Si Pavel recordaba correctamente, la familia Böttcher vivía allí. Nadie había abierto la puerta.

Cruzó la calle corriendo a pasos agigantados.

Una mujer salió del auto con un niño, de unos siete u ocho años. Cuando lo vio, lo miró con recelo.

«No vamos a comprar nada», llamó desde la distancia.

«No vendo nada», volvió a llamar Pavel, sacando su carné de identificación.

La madre se detuvo y lo miró con los ojos entrecerrados. «¿Departamento de Investigación Criminal? ¿Qué hace aquí?»

«Solo busco información sobre lo de anoche. ¿Notó algo inusual en el vecindario?»

Otra vez esa mirada crítica. «¿Hubo un robo en alguna parte?»

«Posiblemente», mintió Pavel, porque parecía más fácil lograr que cooperaran de esa manera. «Todavía lo estamos comprobando».

El miedo parpadeó en sus ojos. «¿Anoche, dices?»

«Sí. ¿Había algo? ¿Hay algún vehículo que no esté normalmente aquí? ¿Sonidos inusuales? ¿Gritos? Cualquier detalle puede ser

importante».

«Hum... Recuerdo un auto. En casa de Bennek».

«¿Un coche? ¿Recuerda algo del coche?»

«No, era un vehículo oscuro. Estaba estacionado frente a la entrada de su casa».

«¿Y se acuerda de eso?»

«Sí. Bennek casi nunca recibe visitas. Solo la señora de la limpieza. Una de Tailandia, ¿sabe?»

Pavel sacudió la cabeza en señal de ignorancia. «¿Qué piensa de ello?»

«Oh, olvídelo».

«Está bien. Un auto oscuro, entonces. ¿Cuándo lo notó?»

«Alrededor de las nueve, cuando acostaba a Henry». Señaló una ventana del segundo piso. «Bajé la persiana y fue entonces cuando vi el auto».

«¡Un Mercedes!» exclamó el chico, con los ojos brillantes.

Pavel se arrodilló para estar a la altura de sus ojos. «¿Era un Mercedes? ¿Estás seguro?»

«¡Sí! ¡Con la estrella!» El niño dibujó la estrella de Mercedes en el aire.

Su madre se rio. «Mire lo que recuerdan los niños. No podría haberle dicho eso».

«Entonces, es bueno que les haya encontrado juntos. ¿Nada más inusual?»

«No. Todo estaba normal».

«¡Está bien, gracias!»

Pavel saludó al chico con una sonrisa antes de regresar a la casa de Hansen. Sacó su teléfono móvil y llamó a Enna.

Sonó una, dos o tres veces antes de que respondiera. El inconfundible sonido del motor de su Polo se oía de fondo. «¿Pavel? ¿Me oye?»

«¡Perfectamente! ¿Dónde está?»

«De camino hacia usted. Definitivamente no era Meitinger, tiene una coartada para lo de anoche. Pero Fabienne Sommerfeld probablemente tenía un nuevo novio».

«Eso es muy interesante. ¿Tenemos un nombre?»

«No. Todo lo que sabemos es que conduce un Mercedes GLS azul oscuro. Con matrículas de Oldenburg».

Pavel la interrumpió bruscamente. «¿Un Mercedes azul oscuro, me dice?»

«Sí, ¿por qué?»

«Según un vecino, anoche vieron un auto como ese frente a la casa de Hansen».

Silencio. Solo el traqueteo del coche de Enna.

Luego dijo: «¿Está pensando lo mismo que yo estoy pensando?»

«No sé lo que está pensando, pero sí sé una cosa: la situación es mala».

«Tiene razón, Pavel. Yo lo diría de otra manera. A alguien se le está acabando el tiempo».

«Sí», coincidió Pavel. «Probablemente tenga usted razón en eso».

Capítulo Trece



En algún lugar, el agua salpicaba la madera. Era un constante *chapoteo, chapoteo, chapoteo*. No podía ver a través de la bolsa que tenía en la cabeza. Solo podía ver un destello de luz. Debe ser de día. A juzgar por la sensación de roer su estómago, al mediodía o por la tarde.

La idea lo sorprendió. No esperaba tener hambre, dada la situación. Pero tampoco esperaba que lo secuestraran.

La madera crujía y escuchó con atención. ¿Volvería su torturador? ¿A dónde había ido? Hace algún tiempo, había oído crujir pasos que se alejaban. Pero ¿cuándo había sido eso? Se había quedado dormido de nuevo o se había desmayado, no podía estar seguro. Todavía le latía la cabeza por el golpe.

De nuevo, solo el *chapoteo, chapoteo, chapoteo.* Así que él no iba a volver. Eso era algo bueno. O algo malo. ¿Cuánto tiempo podrías estar sin agua potable? Desde luego, más de unas pocas horas, pero cada hora lo debilitaba. Tenía que mantener la calma, conservar sus fuerzas, esperar la oportunidad de escapar.

Pero estaba atado a un poste de madera maciza. Podía sentir la madera irregular contra su espalda, pero no era lo suficientemente áspera como para romper sus ataduras. La madera era lisa y olía a sal y pintura vieja. El olor a algas y pescado se mezclaba con el olor a madera.

Supuso que estaba en un embarcadero o algo así. No podía recordar cómo llegó allí. El golpe lo dejó inconsciente.

La ira comenzó a aumentar, pero se recordó a sí mismo que debía mantener la calma. ¿Qué sentido tenía luchar contra sus ataduras? Lo había intentado una vez y había fracasado. Sospechaba que su torturador había usado bridas reforzadas con metal. Se utilizaban con frecuencia en la artesanía y la construcción naval. No se volvían permeables al sol y no podían romperse a mano.

Así que tendría que esperar pacientemente a que su torturador regresara y lo desatara. Si es que alguna vez lo haría.

La idea lo hacía estremecer, pero de alguna manera la soportó. Era su mejor oportunidad. Quizás su única oportunidad.

De repente, su corazón latía a rabiar y gritó a través de la bolsa de tela que tenía en la boca. Exclamó a gritos todos los miedos que de repente surgieron de manera incontrolable. Las lágrimas brotaron de sus ojos, se arrastraron por su rostro y fueron absorbidas con avidez por la tela. Intentó rasgar las ataduras con todas sus fuerzas, intentando hacer que el cierre se rompiera, pero fue en vano. Todo fue en vano.

Agotado, se hundió de nuevo. Respiró en forma de jadeos irregulares. Sintió náuseas. Tuvo arcadas porque tenía pelusa en la garganta.

Estúpido, se regañó a sí mismo. *¡Idiota! ¡Contrólate!* Sí vomitas ahora y te ahogas con eso, ya está.

Tragó con fuerza y de alguna manera logró controlar su respiración. Todavía le temblaban los dedos. Todo su cuerpo temblaba incontrolablemente.

Sin embargo, se obligó a respirar profunda y tranquilamente. Cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la viga. Estaba molesto por el arrebato mental, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. Lo único que podía hacer era respirar y escuchar. Todo lo que podía oír era *chapoteo, chapoteo, chapoteo*.

Chapoteo, chapoteo, chapoteo...

Chapoteo, chapoteo, chapoteo...

Capítulo Catorce



«¡Nada! No hay señales del Mercedes azul oscuro».

Enna se pasó los dedos por el pelo. Se apoyó en su escritorio de la oficina mientras Pavel caminaba de un lado a otro frente al escritorio.

Berger se quedó con los brazos cruzados frente a la puerta abierta de la oficina y dijo: «Podríamos localizar y comprobar todas las cámaras de tráfico oficiales de la zona de Sielstraße. El límite de almacenamiento a corto plazo aquí en Baja Sajonia es de setenta y dos horas. Estamos dentro de ese límite. Tal vez podamos reconstruir la ruta».

Pavel hizo una pausa y miró a Berger. «Como mínimo, podríamos averiguar cuál es la matrícula. Es una buena idea, Berger. ¿Quiere hacer el trabajo duro?»

«Claro». Empezó a irse, pero Pavel lo detuvo.

«Gracias, Berger. Es usted una gran incorporación al equipo».

Una sonrisa cruzó el rostro de Berger. Asintió y se fue corriendo.

Enna también sonrió. «Lo está haciendo bien, Neuhof».

«¿Haciendo qué, exactamente?»

«Gestión de personal. Puede que sea... poco convencional a veces, pero su corazón está en el lugar correcto».

Ahora Pavel también sonreía, pero parecía incómodo con los elogios. «¿Qué revisamos a continuación? ¿Los archivos de Hansen?» Estaban en una caja de plástico sobre su escritorio.

Enna sacudió la cabeza. «¿Cuál es el punto? Hansen manejó todos esos casos de manera extraoficial, con métodos aún más cuestionables, y recibió mucho dinero por ello. Lo mismo ocurrió sin duda con Sommerfeld. Lo que pasa es que aún no hemos encontrado su archivo, si es que lo hay».

«Probablemente tenga razón. Solo me gustaría saber cuánto dinero se gastó en un tratamiento como ese. Podríamos comprobar las cuentas de Sommerfeld. Espere, es sábado, así que no podemos comprobar nada. Maldita sea».

«Sí, lamentablemente». Enna se detuvo de repente cuando vio el teléfono móvil de Sommerfeld en su escritorio. «¡Lo tengo!»

«¿Qué?»

«¡El teléfono móvil!»

«¿Qué hay del teléfono? Lo hemos revisado meticulosamente. Los correos electrónicos, los registros de llamadas, los mensajes y otras aplicaciones instaladas, incluso las fotos».

«Así es. No había señales de Hansen, ni rastro del dinero, ni de un nuevo novio».

«Lo cual es muy extraño, dado los nuevos hallazgos».

Enna sacudió la cabeza. «¿Qué clase de palabra es esa, Neuhof? Extraño. Muy inusual viniendo de usted».

«¿Qué palabra diría usted?»

«Inesperado. Sí, habríamos esperado señales de un nuevo amigo, pero supongamos que no usa mensajes de texto y no es del tipo comunicativo. Entonces, el contacto es limitado...»

Pavel levantó la mano. «Usó WhatsApp para el grupo. ¡No olvidemos eso!»

«Así es. Hum». Enna desbloqueó el teléfono y abrió WhatsApp. El número del extraño no aparecía en ninguna parte del chat individual. Ni siquiera en las listas de teléfonos. «Entonces es extraño, Pavel. Debería haber contacto entre Sommerfeld y su nuevo novio».

«Exactamente. Pero ¿quién dice que es un novio nuevo? Solo Meitinger sospechaba que lo era».

«Tiene razón en eso. Pero ¿quién más podría ser? ¿Familia? Su número se guardaría en los contactos».

«Tampoco creo que sea un familiar. ¿Quizás un compañero de sufrimiento? ¿U otro sanador de Oldenburg? Pero estamos divagando, Enna. Hace un momento usted tuvo una idea sobre el teléfono móvil».

«¡Oh, sí, lo hice!»

«¿Qué idea?»

«La amiga. Puede que sepa lo que pasó. Sommerfeld debe haberle contado a alguien lo de su enfermedad». Enna abrió el historial de chat. «Simplemente la llamaré». Y marcó, subiendo el volumen.

Sonó varias veces hasta que respondió una mujer. «¡Fabi! ¡Finalmente! ¿Qué diablos te pasa? ¿Por qué no respondes? ¡Me estoy volviendo loca aquí!»

«Hola», interrumpió Enna el saludo.

Silencio. «Ah... ¿sí? ¿Con quién hablo?»

«Inspectora de policía Enna Koopmann, comisaría de Fleetstedt».

Una bocanada. «¡Dios mío! ¿Le ha pasado algo a Fabi?»

«Sí, por desgracia. Pero ¿puedo preguntarle su nombre primero?

«Engelhart. Monika Engelhart. Pero ¿qué hay de Fabi? Dios, oh, Dios. ¡Tenía ese presentimiento! ¿Cómo está?»

«Está muerta», gritó Pavel entre ellos.

Todo quedó en silencio. «¿*Qué*?»

Enna puso los ojos en blanco. «Ese fue mi colega no tan sensible, Sra. Engelhart».

Una risa ronca. «¡Dijo que Fabi había muerto!»

«Por desgracia, tiene razón. Encontramos a la Sra. Sommerfeld ahogada en el Mar del Norte».

«¡No! No lo creo».

«Lamentablemente, es la verdad. Ahora tenemos que hacerle a usted algunas preguntas». Pavel de nuevo.

Un grito, luego un crujido. Luego un lloriqueo. «Esto no puede ser cierto. ¡Ahora no!»

Enna cerró los ojos y levantó la mano para impedir que Pavel dijera nada más. «Mis condolencias, señorita Engelhart. Pero ¿por qué *ahora no*?»

«Porque, porque, porque iba por buen camino».

Enna se quedó boquiabierta. «¿Sabe de lo que sufría su amiga?»

«Sí, cáncer de páncreas terminal. Muy agresivo. Pero aun así... Fabi por fin había salido adelante».

«¿Qué quiere decir con eso?»

«Por fin volvió a estar de buen humor desde que conoció a Pierre».

«¿Quién es Pierre?»

«Pierre Durand. Su nuevo novio».

Pavel levantó el dedo y susurró: «¡Lo buscaré!»

Enna solo asintió con la cabeza: «Está bien. Aún no hemos encontrado nada sobre un novio en el teléfono móvil de la Sra. Sommerfeld. ¿Tiene la información de contacto de Pierre?»

«Desafortunadamente, no. Pierre tampoco ha estado en las redes sociales. Creo que ni siquiera tiene un teléfono móvil».

«Ya veo. Algo inusual, ¿verdad?»

«No, estaba muy emocionada. Verás, Pierre tiene cáncer como Fabi. No recuerdo los detalles, pero ambos iban a morir, eso es lo que dijeron. Como todos nosotros, simplemente no queremos admitirlo. Desde entonces, Pierre se ha concentrado en lo que es importante en la vida».

«¿Y lo importante era Fabienne?»

«En su mayor parte. Pasaron mucho tiempo juntos en la naturaleza. Meditaron, cantaron y cocinaron juntos y disfrutaron de la vida que aún tenían. Tenía». Un sollozo.

Enna respiró hondo. «¿Vive Pierre en Oldenburg?»

«Sí. Pero no sé dónde».

«¿Tiene coche?»

«Sí. Una vez recogió a Fabi en mi casa. Bonito auto».

«¿Un Mercedes azul oscuro?»

«Creo que sí, pero no puedo jurarlo. Pero ¿por qué pregunta todo esto?»

«Solo rutina. Nos gustaría hablar con el Sr. Durand».

«Ya veo. ¿Cómo... qué pasa ahora? ¿Quién se ocupará de ella?»

«No puedo responder a eso. El cuerpo de la Sra. Sommerfeld estará libre después de la autopsia. ¿Quiere que contactemos con usted, Sra. Engelhart? ¿O tiene ella parientes?»

«No, no hay ninguno. Le invito a ponerse en contacto conmigo. ¿Pero acaba de decir autopsia?»

«Sí, ¿por qué?»

«¡Oh, Dios!, ¡eso no está bien!»

«Desafortunadamente, es algo rutinario en un caso como este. ¿Por qué no sería bueno?»

«¡Porque entonces el alma de Fabi no puede descansar!»

«Ya veo. ¿Por qué piensa eso?»

«No sé, no me interesaba mucho, pero era muy, muy importante para Fabi. Pierre y ella estaban muy interesados en el chamanismo y en la vida después de la muerte. No sé, se trataba de una transición metafísica a la otra vida. No creo en ese tipo de cosas, inspector, pero como ayudaron a Fabi, me pareció bien. Incluso dijo que quería escribirlo todo en su testamento, ¡exactamente como quería que fuera su funeral para que nada saliera mal! ¡Dios, un testamento! ¿Dónde podría estar?»

«No lo sé, pero estoy segura de que lo encontrará. También puedo preguntar a mis colegas de Oldenburg quién inspeccionó el apartamento de Sommerfeld. No sé si encontraron un testamento. Pero lo encontrarán, usted no se preocupe».

«Sí. Oh, Dios, oh, Dios». Monika Engelhart colgó.

Enna colgó el teléfono. Pavel estaba de pie junto a ella, mirándola fijamente. Tenía el teléfono móvil en la mano y dijo: «Pierre Durand, de cincuenta y un años, vive en Oldenburg. Tiene un Mercedes GLS registrado a su nombre. Ya le he dado a Berger el número de matrícula».

«Está bien». Enna asintió y sacudió la cabeza al mismo tiempo. «Creo que volveré con Luna».

«¿Con la chamán? ¿Por qué?»

«Porque no me gusta todo esto. Tenemos dos personas con cáncer terminal que se enamoraron. Ambos interesados en el chamanismo y en la vida después de la muerte. Ambos saben que tienen una enfermedad terminal. ¿Y si ni siquiera era un ritual de curación? Al menos no físicamente».

Los ojos de Pavel se agrandaron. «¿Quiere decir que podría haber sido un ritual de sanación para el alma?»

«Sí, una especie de rito de paso a la otra vida, por así decirlo».

«¿Y cuál es el papel de Hansen en esto?»

«No tengo ni idea. Tal vez necesitaban un mentor o una guía energética, o... ¡no me pregunte! Espero que Luna me lo diga».

«¿Y qué se supone que debo hacer mientras tanto?»

«¿Venir conmigo?» Enna se levantó y cogió su chaqueta. «Me gustaría que viniera conmigo. Allí daba bastante miedo». De hecho, se estremeció.

Pavel, por otro lado, sonrió. «¿De verdad quiere llevarme a un chamán? ¿Sabe que podría ser una mezcla explosiva?»

«Oh, sí. Será como si los mundos chocaran».

«Sí, podemos ir a donde ningún hombre ha ido antes».

Enna alzó la ceja izquierda y Pavel explicó: «Una cita».

«Déjeme adivinar: ¿de Star Trek?»

«¡Bingo!»

«Pero en realidad no encaja. Contextualmente».

Un suspiro. «Lo sé. Hace mucho tiempo que quería usarla».

«¿Porque es tan bonita?»

«No entiende nada, señorita Koopmann. Nada en absoluto».



«Bien escondido». Pavel apartó las ramas que colgaban sobre el camino. El sol calentaba el suelo bajo sus pies.

«Ya casi estamos allí». Enna abrió el camino. El arroyo murmuraba a su lado en la sombría espesura. Detrás de ellos, una oveja balaba en algún lugar del pasto.

Pavel sintió una excitación inusual en el estómago. Ni siquiera sabía por qué lo sentía. Solo iban a tener una conversación. *No solo una conversación*, se corrigió a sí mismo. *¡Una conversación con una chamán*! Eso era lo importante. Él no entendía así a las personas espirituales. No podía entender su visión del mundo y de la vida, porque no seguían las causalidades racionales y lógicas. ¿Qué podrían averiguar? ¿Podrían siquiera obtener respuestas?

¿Respuestas comprensibles? ¿O algún tipo de discurso ambiguo que pueda interpretarse de muchas maneras? Probablemente lo último.

Enna pasó por encima de una rama rota frente a ellos, pero Pavel se detuvo, se agachó y la arrojó al matorral que estaba junto a él. Después de todo, alguien podría tropezar con la rama y hacerse daño.

Luego la siguió de nuevo y salió a un claro. A la sombra de un árbol estaba la caravana de la que le había hablado Enna. Parecía verdaderamente mágica, como algo sacado de otra realidad. A Pavel le encantaba *Star Trek*, pero también había visto películas de fantasía. La caravana parecía como si un troll o un gigante pudieran estar moviéndose lentamente a la vuelta de la esquina.

Pero todo permaneció en silencio. Pasó volando una mariposa. Un grillo cantó en alguna parte.

Enna cruzó el claro y pasó por debajo del techo corrugado. Pavel vio el cráneo de la oveja con los cuernos retorcidos sobre la entrada. Los huesos y ramas pintados que colgaban se balanceaban suavemente con el viento.

Se le puso la piel de gallina. La mirada que salía de las cuencas oculares del carnero parecía seguirlo mientras se movía.

Sabía que no tenía sentido, pero no pudo evitar sentirlo.

Enna se detuvo frente a la puerta cerrada de la caravana y llamó a la puerta.

Nadie respondió.

Después de diez segundos, volvió a llamar a la puerta, pero hubo silencio.

«Probablemente ahuecó el ala», dijo Pavel. Continuó mirando a su alrededor, notando más detalles. Una talla aquí, una figura de madera de aspecto extraño allá, hierbas secas colgadas en manojos en una esquina. ¿Era artemisa común?

Pavel miró más de cerca el manojo. También lo olió, percibió el aroma de menta y enebro y, de repente, se encontró de nuevo en su infancia. La mesa del comedor estaba iluminada por velas. En algún lugar sonaba una pequeña campana y sonaba música navideña en la radio. La estufa sonó cuando su madre sacó el ganso navideño y colocó el gran tostador esmaltado sobre la mesa.

A Pavel se le hizo agua la boca. Le encantaba el ganso navideño de su madre. Lucía gordo y enorme en la asadera. La piel estaba dorada y crujiente. La carne estaba tierna y se derretía en la boca gracias a los jugos sazonados. En el interior había tallos de la artemisa común que su madre cultivaba en el jardín.

Sonó otro timbre en alguna parte y la puerta se abrió. Su padre gritó: «¡Mira! ¡Una belleza!» Con una sonrisa en el rostro y un cuchillo de trinchar en las manos, se acercó a la mesa. Su padre cortó las alas y Pavel se estremeció, sorprendido al ver el pájaro desplumado que tenía delante. La luz de las velas brilló en la afilada hoja del cuchillo de trinchar.

El tintineo volvió a sonar y la voz de una mujer: «¡Mira! ¡Un hombre alto!»

Pavel parpadeó y se encontró bajo el techo de hierro corrugado. El manojo de artemisa se balanceaba con la brisa que tenía delante. Detrás de él, en el bosque, estaba Luna, la chamán. Sostenía en sus brazos una cesta tejida de hierbas frescas.

«¡Y el inspector!»

Una sonrisa se dibujó en los labios de Luna mientras los unía bajo el corrugado. Una pequeña campana tintineaba en su cabello.

Enna dijo: «Tenemos algunas preguntas más para usted, Luna».

«¿Qué más? Siempre tienes preguntas, niña. Esa es tu vida». Dejó la cesta y solo vio a Pavel. «¿Qué tal su viaje?» preguntó conspirativamente.

«Uh... ¿qué viaje?»

«A su infancia».

Pavel olió el ganso navideño y probó la artemisa que tenía en la lengua. Tragó saliva. *¿Dónde?* quiso preguntar, pero se abstuvo. Era un truco repugnante. Nadie podía leer su mente.

«Pregunta equivocada», dijo la chamán como si la hubiera hecho. «¿Quiere un poco de té?»

Pavel vaciló, pero Enna dijo. «Claro».

«Sabía que querría». Luna sonrió, cogió dos tallos de artemisa del ramo y pasó junto a ellos hasta la caravana.

Enna y Pavel la siguieron y se sentaron a la mesa.

«Han vuelto por el ignorante».

No era una pregunta.

«Sí, lamentablemente», dijo Enna, «está desaparecido y sospechamos que hubo violencia».

Luna tomó dos vasos de piedra de un estante y colocó un tallo de artemisa en cada uno. «¿Es el agresor o la víctima?»

Pavel aún tenía la piel de gallina en los brazos. «Esa es una pregunta que aún no hemos respondido».

«Ya veo. Abra la caja de madera».

Enna empezó a responder, pero Luna sacudió la cabeza. «Él, no tú, niña».

Pavel vaciló y luego abrió la caja de madera que había sobre la mesa. Tragó saliva al ver las cartas y los huesos.

«Elija cualquier carta que le apetezca».

«¿De cualquiera de las tres pilas?»

«Sí. Usted elige». Desde algún lugar, Luna vertió agua hirviendo en las tazas. Pavel no se dio cuenta de cuándo puso el agua a hervir.

Confundido, volvió a las cartas, cogió la tercera carta de la pila central y la dio la vuelta. La carta mostraba el esqueleto de un caballo.

Enna resopló. «Conozco esa tarjeta. Muerte».

«Sí. De eso se trata, literalmente, el día de hoy. Lo desconocido tiene hoy una cita con la muerte. Eso es seguro».

«Eso no responde a la pregunta de si es la víctima o el agresor», intervino Pavel.

«Exactamente, gran hombre que proyecta grandes sombras». Luna puso las tazas humeantes delante de ellos. Luego se hundió en el banco al lado de Pavel. De ella emanaba un cautivador aroma a bosque, tierra y madera.

«¿Qué más quiere saber?»

Enna se aclaró la garganta. «Le hablé del ritual de curación. ¿Será que nos equivocamos y no se trataba de un ritual de curación?»

«Sí, era de sanación».

«Pero la señora Sommerfeld tenía cáncer de páncreas. ¿Cómo podría un ritual curar el cáncer metastásico avanzado?»

«No el ritual, sino el cuerpo. Se enferma porque el alma está enferma. Es usted una persona ordenada, ¿verdad? Piensa en términos de causa y efecto. La causa: el alma se enferma y no se cura. El efecto: el cuerpo eventualmente desarrolla cáncer».

La vieja historia de que todos los supuestos curanderos intentaron hacer creer a sus clientes pobres. El alma, y por lo tanto la persona, era la culpable de su enfermedad. Por el bien de Enna, Pavel se obligó a no sacudir la cabeza.

«¿Quiere decir que se suponía que el ritual curaría el alma?» preguntó Enna.

«Por supuesto. Siempre se trata del alma y sus heridas y dolencias. Usted lo sabe, grandulón».

Pavel no pudo evitar fruncir el ceño y Enna preguntó: «¿Podría el ritual haber tenido otro propósito?»

Luna le arrancó sus vibrantes ojos a Pavel. «¡Sé más clara, niña! ¿Qué querías preguntar?»

«Si el ritual también pudiera servir como transición a la próxima vida. Un suicidio deliberado con la creencia de que traería curación».

Luna se puso seria y asintió con la cabeza. «Ahora has hecho una pregunta clara por primera vez, niña. Muy bien». Señaló con el dedo artrítico a Pavel. «¡Tome los huesos!»

«¿Disculpe?»

«No sea tímido. Puede hacerlo. ¡Tómelos con ambas manos! ¡Adelante!»

Pavel vaciló, pero no eran más que huesos, ¿no? Extendió la mano y cogió los suaves y fríos huesillos con ambas manos. Desaparecieron detrás de sus largos dedos.

«Muy bien. Agítelos y tírelos sobre la mesa. Pero no deje que se caigan. Energía bien equilibrada».

Pavel asintió y dejó que los huesos resonaran en sus manos, y luego cayeran sobre la mesa. Ninguno de ellos cayó al suelo.

Luna estudió los huesos caídos con una expresión seria y luego asintió. «Asombroso. Esa es la respuesta».

«¿Puede traducirlo?» preguntó Enna.

«Sí, tal vez se trataba de la transición a la próxima vida».

Enna buscó en los ojos de Pavel. ¿De verdad creía la chamán en esas tonterías? Pero no importaba. La víctima lo había creído. Levantó el dedo índice. «¿Se necesita un mentor para ello? ¿Alguien que te guíe y lleve a cabo el ritual?»

Luna se rio. «¿Crees que un alma hará lo que tú quieras? ¡No! El alma sabe lo que le conviene. Es por eso por lo que a menudo trabajamos en contra de nosotros mismos, porque creemos que sabemos más. Porque la sociedad cree que sabe más. Nuestros padres creen que saben más. Porque un amigo cree que sabe más. Por supuesto, si se quiere dirigir a un alma en una dirección determinada, necesita orientación».

«¿Podría el doctor... uh... el desinformado hacer eso?»

Esta vez, el rostro de Luna se oscureció y pareció oscurecerse mucho dentro de la caravana. Tal vez era solo una nube que bloqueaba el sol. «¡El ignorante no puede hacer nada! Ni siquiera le confiaría un cuchillo de trinchar, porque con él podría destruir demasiado». Su voz se hizo áspera. «¡Ahora bebe, antes de que el té se enfríe! Te sentará bien. Sus pies fríos, grandulón, y tus cólicos menstruales, niña». Dicho esto, Luna se levantó y salió de la caravana. Sus anchas faldas ondeaban detrás de ella.

Pavel y Enna intercambiaron largas miradas. Entonces Enna preparó su té de artemisa. Tintinearon sus tazas y escurrieron la infusión amarga. Ambos hicieron una mueca. Sabía a medicina.

«¿Hay algo más que necesitemos saber?» preguntó en voz baja, secándose los labios.

Pavel sostuvo la copa entre sus dedos. Resumió: «Así que a Hansen no lo contratan para un ritual de sanación, sino para llevar a cabo un rito de iniciación. Acepta mucho dinero para hacerlo, a pesar de que es un suicidio. Planea una historia creíble para no tener que preocuparse por las consecuencias más adelante. Se reúnen después de cenar y toman un barco hacia el mar».

«Entonces deberíamos ver si Hansen tiene un barco».

«¡Por supuesto! Tal vez ya estén en el mar». Pavel empezó a levantarse, pero Enna lo detuvo.

«Así que salen en el barco, ¿y luego qué? ¿Hansen se echa atrás o qué?»

«O Pierre. ¿Importa? ¡No! Por alguna razón, lo cancelan, pero por alguna razón, la Sra. Sommerfeld murió».

«Y Pierre no murió. Así que está cabreado porque su muerte planeada no funcionó, va a casa de Hansen por la noche y lo golpea. ¿Por qué haría eso? ¿Quería que le devolvieran su dinero? Eso no devolvería la vida a Sommerfeld. Entonces, ¿por qué hizo desaparecer a Hansen?»

«Podría haber sido de otra manera: Hansen golpea a Pierre, quien quería denunciarlo por venganza porque no funcionó. Ahora Hansen tiene que hacer desaparecer a un testigo. Eso encaja, al menos en la medida en que parece que no falta dinero».

Enna se encogió de hombros. «Así que ambas posibilidades son viables. Me pregunto si estamos asumiendo demasiado. Todas estas son suposiciones muy vagas». Bajó la voz. «Y también son suposiciones muy locas».

A Pavel no le importó. «Lo cual respaldaremos con pruebas más adelante. No importa cómo termine, por ahora, debemos asumir que uno de ellos quiere herir al otro. Y tenemos que evitarlo».

«Sí, pero...» Enna sacudió la cabeza. «Hansen quiere que Pierre desaparezca, está bien. Comprendo su motivación. Teme por su trabajo y por la vida que se ha construido. Pero no entiendo por qué Pierre querría que Hansen desapareciera. ¿Qué obtiene él de esto?»

«¿Venganza? ¿Retribución?»

Enna no parecía convencida. «¿Vale la pena cometer un asesinato y posiblemente pasar sus últimos días en prisión?»

Sonó el timbre. Luna apareció en la puerta de la caravana. Sostenía hierbas que Pavel no reconoció. Tenía una hoja enredada en el pelo. «Podría ser un intercambio, niños. Eieiei».

Enna frunció la nariz. «Un intercambio... ¿de qué?»

«Un alma por un alma. Magia antigua. Magia negra. Ni siquiera los chamanes son inmunes a hacer cosas prohibidas. Solo somos humanos. Almas perdidas en la marea». Agitó las hierbas y se fue bailando. La campanita tintineó con fuerza al principio, luego se hizo más y más débil.

Enna y Pavel volvieron a mirarse. La frente de Enna se movía con furia. Abrió la boca, la cerró, la volvió a abrir y dijo, perpleja:

«¿Acaso acaba de sugerir que Pierre quiere *sacrificar* a Hansen para recuperar el alma de Sommerfeld?»

Pavel se encogió de hombros con impotencia. «Estoy abrumado. Completamente abrumado. Estas cosas ilógicas me dan dolor de cabeza».

«¿Quieres una pastilla? Tengo algunas en la guantera».

«No, gracias. Nos debemos ir. No... quiero estar aquí nunca más».

«Yo tampoco» Enna se frotó los brazos. «Da un poco de miedo, ¿no?»

«Bastante desorientador», dijo Pavel al salir de la caravana.

Al cruzar el claro, vieron a la chamán bailando en la arboleda entre los árboles. Su campanita sonaba y una gaviota cacareaba en alguna parte.

Capítulo Quince



Florian Meitinger no dejaba de clavarse dolorosamente las uñas en el volante de su coche mientras corría por las calles. Condujo al azar de un aparcamiento público a otro en busca del Mercedes azul oscuro de Pierre.

El corazón de Florian dio un vuelco al pensar en el nuevo novio de Fabienne, el idiota Pierre. El tipo no se merecía a Fabienne. Nadie la merecía. Nadie más que él, y ahora estaba muerta.

Un gemido escapó de la garganta de Florian. Soltó el volante y golpeó el salpicadero con los puños. El plástico se agrietó y una rejilla de ventilación se desprendió de su soporte. A Florian no le importó. Gritó tan fuerte que sus cuerdas vocales fallaron. Su saliva brillaba en el interior del parabrisas.

Florian lo miró distraídamente hasta que el fuerte sonido de una bocina volvió a centrar su atención en la carretera.

Un automóvil se acercaba a él y volvió a tocar la bocina cuando Florian pasó demasiado cerca. «¡Imbécil!» Gritó Florian. Respirando con dificultad, dirigió su coche de vuelta a su carril.

Por primera vez en varios minutos, se dio cuenta de lo que le rodeaba. Conducía por una carretera rural entre prados altos. A unos cien metros, el dique se elevaba a la izquierda y corría paralelo a la dirección del viaje. No se veía nada más. Sin casas, sin árboles, sin gente.

Florian redujo la velocidad y encendió el GPS. Mostró el mapa. Estaba al este de Fleetstedt. El camino seguía recto otros trescientos metros, momento en el que podía desviarse hacia un aparcamiento junto al mar o dirigirse en la dirección opuesta para volver a la carretera principal.

Florian condujo hasta el estacionamiento. Quizá allí encontraría al imbécil Pierre. ¿Qué le había dicho la policía que hiciera? Debería golpearlo como a una mosca. ¡Sí, lo haría! Con toda la fuerza que tenía.

La calle terminaba cerca del estacionamiento. Era solo un arcén de grava. Había unos cuantos coches allí, pero ningún Mercedes azul oscuro de Oldenburg. Más allá, había un sendero que cruzaba el dique y llegaba a la playa.

Al otro lado, la carretera asfaltada terminó y se convirtió en un camino de ripio. Un letrero apuntaba a un muelle privado.

Florian dio la vuelta al auto y comenzó a alejarse, pero un presentimiento lo hizo quitar el pie del acelerador. Se quedó mirando el letrero en el espejo retrovisor. Muelle privado.

Se le torció el párpado y puso el coche en reversa.

No pudo decir por qué volvió al camino de ripio. Pero percibió algo, ¿quizás un atisbo de Fabienne? Era un dolor en el pecho. Un tirón que había sentido una y otra vez en los últimos meses desde que ella se mudó. ¿Dolor de corazón?

¿Por qué sentía dolor aquí?

Florian Meitinger gruñó y pisó el acelerador. La grava crujió bajo los neumáticos. Cada vez que una piedra golpeaba el cuerpo se oía un fuerte ruido sordo.

La carretera lo llevó unos doscientos metros a través de la pradera, pasando junto a unas cuantas ovejas y una bañera en medio de la pradera, hasta que apareció otro estacionamiento. Había un solo automóvil estacionado a la sombra del terraplén.

Era un Mercedes azul oscuro con matrículas de Oldenburg.



«No, el Dr. Bennek Hansen no tiene un embarcadero con nosotros, Enna. Lamento decepcionarla».

«¡No hay problema, gracias! ¡Me has ayudado mucho de todos modos!»

Enna apartó al capitán del puerto y, aunque conducía, se volvió hacia Pavel, que iba en el asiento del copiloto.

Él miraba con determinación hacia el final de la carretera. «No puedo creer que Hansen no tenga un barco. Con su fortuna, debe tener uno. Todos tienen uno».

«Yo también lo creo. Pero eso solo significa que no tiene un muelle en el puerto. Hay otros muelles».

«¿En propiedad privada?»

«Sí. Hay varios propietarios privados en los alrededores de Fleetstedt».

«Entonces sugiero que los revisemos».

Enna asintió con la cabeza y tocó la marcación rápida de Berger en su teléfono móvil mientras Pavel la miraba fulminante. Sonó hasta que Berger respondió.

«Enna, ¿qué pasa?»

«Necesitamos ayuda. Neuhof y yo estamos comprobando todos los muelles privados. Creemos que Hansen tiene un barco. No está registrado en el puerto».

«¿Debo salir y ver algunos lugares?»

«No. Consulte con el registro de la propiedad para ver si Hansen es propietario de alguna propiedad frente al mar. Puede que allí tenga su propio embarcadero».

«Y si es así, ¡díganos los detalles, Berger!» gritó Pavel. «¡Esta vez iremos juntos! ¿Me escuchó? No irá solo como la última vez».

La voz de Berger se elevó. «¡Sí, jefe! ¡Ya lo estoy haciendo!»

«¡Gracias!» Pavel se volvió hacia Enna. «Sugiero que empecemos por el antiguo muelle con los muelles alquilados».

Enna hizo una mueca. «¿De verdad recomendaría Hansen el Old Mole si tuviera un muelle cerca? Si su plan fuera cubrir sus huellas, no se habría aventurado ni cerca de allí».

«¡Muy buen pensamiento lateral, Enna! Es un punto excelente. Entonces empezaremos con el amarre más lejano».

Enna asintió con la cabeza, recordando a los propietarios que conocía, y giró hacia el este en la siguiente intersección.



Florian estacionó su auto perpendicularmente al Mercedes azul, tan cerca que podría haber metido una lata de Coca-Cola entre ellos. El imbécil no iría a ninguna parte.

Con una nefasta satisfacción, Florian salió de su auto y lo cerró con llave. Luego se acercó sigilosamente al Mercedes y miró hacia adentro. No había nadie dentro. El auto estaba cerrado con llave.

Florian miró a su alrededor, pero no había nadie alrededor, especialmente el imbécil. Tampoco había nada que oír. Solo escuchó el sonido típico de las olas rodando sobre una playa de guijarros y el graznido de una gaviota en alguna parte.

Florian salió del estacionamiento y siguió el camino de grava que subía por el dique. No era lo que quería. Una vez que llegara a la cima, sería claramente visible. Cualquier elemento de sorpresa desaparecería, pero no importaba. Aun así, lo golpearía como a una mosca.

Así que subió al dique, teniendo más cuidado al llegar a la cima.

No pasó nada. Nadie gritó, nadie vino corriendo.

Florian miró hacia el otro lado. El Mar del Norte se extendía de un gris plateado frente a él. Las nubes flotaban por el cielo. El azul oscuro se asomaba en algunos lugares. El sol mismo estaba oculto detrás de densas nubes, a tres manos por encima del horizonte en el oeste.

El camino conducía hasta el agua. Varios embarcaderos estaban uno al lado del otro, conectados por muelles de madera. No había barcos. Tampoco había gente.

Florian pensó en Fabienne, apretó las manos y corrió hacia abajo. Cruzó la pradera para evitar que lo vieran en el camino de grava.

Cuando llegó abajo, se escondió en la sombra de la primera casa. Olía a madera y algas marinas. Las ventanas tenían cortinas opacas en el interior. La puerta estaba cerrada con un candado enorme.

Florian tomó la primera pasarela y se dirigió a la segunda casa. También estaba cerrada con llave. Una pasarela de madera conducía al otro lado.

En silencio, siguió las tablas hasta el final de la casa. Miró a la vuelta de la esquina. Bajo sus pies, el agua salpicaba los postes y vigas.

Siete escalones conducían a la puerta de entrada del embarcadero. Florian se adelantó sigilosamente y con cuidado asomó la cabeza a la vuelta de la esquina. Habían sacado un bote del agua con la ayuda de poleas. El casco estaba medio lijado y medio pintado de verde menta. No había gente. Solo había unas redes colgadas de una pared y cuerdas enrolladas.

«¡Mierda!» salió de sus labios. Se retiró y regresó a la entrada y al tercer embarcadero.

No había ningún camino hacia la puerta del otro lado, pero la puerta estaba abierta.

Cuando Florian lo sacudió, crujía. El polvo brillaba hacia él.

Su corazón latía con fuerza, lo abrió aún más y miró hacia adentro. Ante él había una pequeña pero desierta sala de estar. A excepción de una mesa, tres sillas y una pequeña cocina, no había nada más. Olía a polvo y pescado.

Florian entró y abrió silenciosamente la segunda puerta que conducía al embarcadero real. También lo habían limpiado. No encontró un barco ni herramientas.

Así que cerró las puertas y salió también de la tercera casa. Quedaba la última. Florian la estudió desde las sombras. Era un poco más grande que las otras tres y estaba a unos diez metros de distancia, y se podía acceder a él a través de un puente de madera. ¿Estaba ahí el imbécil? ¿Fabienne había muerto allí?

Su ira se desbordó de nuevo y Florian cruzó apresuradamente el puente. La madera tronaba bajo sus pasos, o eso parecía. Se detuvo en la puerta y escuchó. Todo lo que podía oír era el latido de su corazón y el sonido del mar.

Cuando Florian estaba seguro de que nadie lo había oído, intentó abrir la puerta. Tenía una cerradura normal y estaba cerrada. Pero había otra pasarela.

Florian siguió por la pasarela. El sudor corría por su espalda y formaba una mancha en su pecho.

Se detuvo en la esquina de la casa, escuchó, recobró su ira y luego corrió a la vuelta de la esquina.

Vio un barco en el agua, atado a cuatro postes. Para su sorpresa, un hombre estaba sentado en el suelo del otro lado. Sus brazos estaban envueltos alrededor de uno de los postes y atados a él. Pero el hombre no podía verlo porque tenía los ojos cerrados. Tenía la cabeza apoyada en el pecho; tal vez estaba dormido o inconsciente.

Florian no lo entendía. ¿Qué pasaba aquí? Esperaba al imbécil, no a un tipo atado.

Completamente aturdido, Florian se retiró a la esquina de la casa. Se apoyó contra la pared y pensó. ¿Ahora qué? El auto del estacionamiento pertenecía al imbécil. ¿Qué pasaba aquí? ¿Estaba lidiando con un asesino en serie? ¿Primero Fabienne, ahora alguien más?

La idea lo hizo estremecer y le puso la piel de gallina por los brazos. ¿Estaba ahora, de mala gana, en medio de una ola de asesinatos? ¿No había querido aplastar al imbécil como a una mosca dos minutos antes?

Su ira había desaparecido. El miedo había ocupado su lugar y había hecho temblar a Florian Meitinger.

Luego recordó la conversación con el inspector. Buscó a tientas en su bolsillo y encontró la tarjeta de presentación. Con dedos temblorosos, la sacó.

Enna Koopmann. Sí, ese era su nombre. Policía de Fleetstedt. Su número de teléfono estaba abajo.

¿Debería hacerlo? ¡Por supuesto que debería! Una cosa era lidiar con un imbécil y otra atrapar a un asesino en serie.

Florian sacó su teléfono móvil y estaba a punto de introducir el número de Koopmann cuando oyó el crujido de la madera.

Se dio la vuelta y se encontró cara a cara con el imbécil. Un remo venía hacia él.

Florian comenzó a gritar y a saltar a un lado, pero la ancha hoja ya le estaba golpeando la cabeza. El dolor y las estrellas explotaron

detrás de su frente. Se tambaleó hacia atrás contra la pared, luego hacia adelante, estrellándose contra la barandilla de la pasarela.

Otro golpe fuerte lo golpeó y lo empujó hacia adelante. Se cayó por la barandilla y cayó al suelo.

Pudo oír el sonido de una ola en la grava antes de caer al suelo, y entonces todo se oscureció a su alrededor.

Capítulo Dieciséis



Enna y Pavel abandonaron el muelle privado de Holger Ebert con las caras largas.

«Ahí tampoco hay nada», dijo Pavel.

Enna volvió a mirar las casas. Se veían sombríos en el crepúsculo que se avecinaba. «No nos quedan muchas opciones». Suspiró y sacó su teléfono celular. «Berger tampoco responde. Ya se le debería haber ocurrido algo».

En ese momento, algo zumbó y Pavel sacó su teléfono móvil del bolsillo. Una pizca de sonrisa apareció en su rostro. «Hablando del rey de Roma». Cogió el teléfono. «¿Tiene algo para nosotros?»

Enna oyó la voz emocionada de Berger. «¡Hansen tiene un embarcadero! Le enviaré la dirección por mensaje de texto». El teléfono volvió a vibrar.

Pavel sonrió. «¡Buen trabajo, Berger! Iremos allí de inmediato. Venga también, por favor. Pero si llega antes que nosotros, ¡espere! Y llame a una ambulancia, por si acaso. Pero dígales que no usen las luces de emergencia. ¡Usted tampoco! ¿Escuchó todo eso?»

«Por supuesto, jefe. Me ocuparé de todo y esperaré». Luego colgó.

Enna buscó en los ojos de Pavel. «¿Dirección?»

«En el muelle 16, D como en Dora».

Enna frunció la nariz. «Solo hay una zona de baño pública en ese muelle».

«Aparentemente no». Pavel escribió la dirección en su teléfono y se la mostró a Enna.

Había cuatro casas frente al dique, a las que se podía acceder por un camino estrecho. El estacionamiento estaba detrás del dique.

«Está bien», dijo Enna, «no estoy familiarizada con esos cobertizos para botes. Pero no está lejos de aquí. ¡Vamos!» Se apresuró a subir al auto.

Pavel la siguió, con sus largas piernas pisándole los talones.



Corrieron a la dirección sin usar una sirena. Enna conducía como una loca, pensó Pavel. Se sentía mal y le dolían los dedos por agarrar tan fuerte la empuñadura. Probablemente también estaba pálido, pero se quedó callado porque también tenía prisa. O porque tenía miedo de volver a vomitar.

Por suerte, su destino no estaba muy lejos. Dos minutos, según el GPS. Con Enna conduciendo, quizá solo uno. Condujo el coche por los prados. Luego llegaron a un estacionamiento público.

Enna pisó el freno y detuvo por completo el BMW de uso oficial. «Este es el estacionamiento público de la piscina de la que estaba hablando», explicó.

Pavel se tragó las náuseas. «Berger aún no está aquí».

«Eso lo veo». Enna señaló el camino. «Debe conducir a los embarcaderos de allí».

«¡Entonces vamos!»

Enna asintió y volvió a pisar el acelerador. No conducía tan rápido como antes, aunque Pavel todavía sentía que le latía el corazón al pensar en los peligros de conducir demasiado rápido por un camino de ripio. Si la parte trasera empezara a colear, se lanzarían al prado y se volcarían...

«¡Mierda!» Enna gimió. «¡Mire!»

Pavel lo vio por sí mismo. Al final del camino, dos vehículos estaban estacionados uno al lado del otro en forma de T.

Enna se acercó a ellos y se detuvo justo al lado de ellos. Saltó del auto. «¡Es el Mercedes de Durand!» lloró emocionada. Luego palideció. «Y el otro pertenece a... ¡Meitinger!»

Mientras tanto, Pavel examinó la inusual disposición del estacionamiento. «Probablemente Meitinger quería impedir que Durand se fuera». Miró a Enna, que estaba muy pálida. «¿Está usted bien?»

Enna sacudió la cabeza y luego se frotó la cara. «¡Soy la tonta del bote, Pavel!»

«¿Del bote?»

Aulló de frustración. «¡Sabe lo que quiero decir! ¡Estúpida, estúpida, idiota!»

«¿Y por qué lo es, Enna? Tengo una opinión completamente diferente».

«Está bien, pero también incité involuntariamente a Meitinger a pensar que podría golpear a Pierre Durand como a una mosca si lo encontraba primero».

Pavel ya no lo entendía. «¿Y por qué le dijo eso?»

«Fue solo algo que dije. Quería validar su enfado para que cooperara».

«Ah, ya veo. Así que era una táctica».

«¡Sí, mierda!» Enna miró hacia el camino que conducía al dique. «¡Vamos! Deben estar ahí».

Enna intentó correr, pero Pavel la agarró del hombro y la detuvo.

«¿Y ahora qué?» siseó.

«¡Nuestros chalecos antibalas!»

Enna empezó a responder, pero luego asintió con la cabeza. El sudor corría por su frente.

Una vez puestos los chalecos, se apresuraron a subir a la cima del dique, uno al lado del otro. Con cautela, miraron las cuatro casas. No había nadie a la vista.

Pavel tomó la iniciativa, haciendo señales con las manos. Sacando su pistola, se apresuró a bajar por el terraplén del otro lado hasta la primera casa. El número 17A estaba pintado en la fachada de madera.

Pavel señaló la casa más lejana y grande. Enna asintió con la cabeza, con la pistola también desenfundada y apuntando al suelo que tenía delante.

Luego se apresuraron, uno detrás del otro, pasando los números B y C, hicieron una breve parada, hicieron contacto visual, asintieron con la cabeza y luego cruzaron un puente de madera hasta la casa D. Mientras Enna aseguraba el balcón, Pavel tiró con cuidado de la puerta, pero estaba cerrada con llave. Se lo indicó moviendo los dedos e hizo un gesto a lo largo de la pasarela.

Enna asintió, levantó la pistola y siguió adelante. Pavel se molestó brevemente. Debería haber sido él quien siguiera adelante, ya que no podían caminar uno al lado del otro, pero no quería detenerla ahora. Enna sabía lo que hacía.

La siguió con la máxima cautela. Sus sentidos estaban en alerta máxima. ¿Qué encontrarían? A Meitinger, Hansen y Durand... vaya mezcla.

Enna levantó la mano. Pavel se quedó quieto. Señaló la barandilla del balcón y volvió a levantar la pistola.

Pavel se acercó y ahora notó la mancha roja oscura en la madera agrietada. Tenía un brillo húmedo. Pavel lo olió brevemente y sus dudas desaparecieron. Era sangre. Sangre fresca.

Se preguntó brevemente si deberían esperar a Berger. No tenían ni idea de cómo encajaba Meitinger en la película. ¿Había encontrado a Durand por casualidad? Por alguna razón, Pavel no lo creía así. Pero tampoco era probable que estuviera confabulado con Durand; su ira había sido demasiado genuina para eso.

Enna tomó la decisión por él. Empezó a moverse de nuevo y corrió hacia la esquina de la casa. Allí se apoyó contra la pared. Con el chaleco antibalas, los pantalones cortos, los calcetines de colores y la pistola en la mano, era un espectáculo extraño, pero aún más serio para Pavel.

La vio respirar hondo, escuchar, parpadear, luego mirarlo, asentir y simplemente girar a la vuelta de la esquina, con la pistola a la altura del pecho.

Pavel reprimió un grito y saltó tras ella. En su mente, pudo ver cómo la alcanzaba una bala y la arrojaba hacia atrás, pero no pasó

nada.

Pavel se detuvo detrás de Enna y ahora podía ver el interior del embarcadero.

No había ningún barco, solo cuatro cuerdas que colgaban como serpientes pálidas en el agua. No se pudo ver ni a Pierre Durand ni al doctor Hansen ni a Florian Meitinger. Pero se dio cuenta de algo más. Olía a...

Con pasos lentos y torpes, Enna entró en el interior del embarcadero por la galería. La puerta que normalmente bloqueaba la entrada estaba abierta. Paso a paso, se fue adentrando más en la casa, con la pistola aún lista.

Pavel la siguió, comprobando cada esquina, cada barril, cada caja, cada pedazo de basura que había alrededor del embarcadero.

Se detuvieron en una de las cuerdas. La madera de las tablas del suelo brillaba húmeda. El Mar del Norte bañaba sus pies contra los pilotes sobre los que estaba construido el embarcadero.

«No hace mucho que se fueron», dijo.

Enna finalmente bajó su arma y se puso en cuclillas. Sus dedos tocaron la madera húmeda. Brillaba en las yemas de sus dedos. Luego miró hacia el mar que se oscurecía.

«Han salido. ¿Puede oler eso?»

Pavel asintió. «Gasolina». Enfundó su arma. «Ahora necesitamos un barco, Enna».

«¡Llamaré a mis colegas! Si queremos salir ahora, necesitamos luces y equipo. Preferiblemente el barco de la policía y la tripulación».

Pavel gruñó, lo cual era raro para él. «¡Esto está tardando demasiado! ¡Viste la sangre en la barandilla de afuera! ¡Lo que sea que esté sucediendo ahí fuera está sucediendo ahora o muy pronto!»

Unos pasos fuertes hicieron que Enna y Pavel miraran hacia el balcón. Berger apareció con la pistola desenfundada y el rostro rojo brillante. Miró de un lado a otro, contemplando la situación, y preguntó: «¿Qué necesitamos?»

«¡Una lancha motora!» Gritó Pavel desde el muelle vacío. «¡Y preferiblemente ayer!»

Berger asintió y al mismo tiempo logró señalar con la barbilla los edificios adyacentes. «¡Entonces busquemos una!» Rugió Berger.

«Un verdadero hombre de acción», dijo Pavel con entusiasmo y comenzó a seguirlo, pero Enna no se movió. Tampoco miraba a Pavel, sino a algo detrás de él.

Pavel empezó a moverse, pero no había nadie detrás de él que tratara de dominarlo. ¿Cómo podría haberlo? Ya había revisado la basura y todos los posibles escondites.

Pero luego lo vio. Había un vaso vacío en un travesaño. Tenía una cuchara clavada en él. Brillaban gotas de agua y había un residuo de polvo en el fondo del vaso.

Pavel se acercó y estaba a punto de examinar el cristal cuando vio una caja marrón tirada en el suelo. Sacó un pañuelo del bolsillo y lo cogió con la punta de los dedos para leer la etiqueta.

Su pulso se aceleró. «Benzodiacepina», dijo. «Una poderosa pastilla para dormir con propiedades ansiolíticas y relajantes». Sacudió la mano como un sonajero, pero no se oyó ninguna pastilla en su interior.

Enna acaba de decir en voz baja: «Mierda».

Capítulo Diecisiete



¡Necesitamos un helicóptero!» Pavel estuvo a punto de gritar al teléfono. Enna nunca lo había visto así. Pero tenía razón. Las pastillas para dormir lo habían cambiado todo. ¿El asesino las había usado para drogar a los demás? ¿Los había tomado él mismo? ¿Se ahogó Fabienne Sommerfeld en el Mar del Norte porque tenía somníferos en la sangre? ¿Fue para quitarle el miedo al ritual?

«¡No!» exclamó Pavel. «No en dos o tres horas. ¡Ahora! ¡Sí, maldita sea! ¡No!» Un gemido. «Sí, estoy esperando». Puso la mano sobre el micrófono y silbó: «¡Malditos burócratas!» Tenía la cara enrojecida.

Enna solo asintió con la cabeza y sacó su propio teléfono móvil del bolsillo. Dudó, pero luego marcó el número de teléfono móvil de Nils. Era su fin de semana sagrado y tenía la intención de irse, pero tal vez se había quedado en casa después de todo.

Sonó una, dos o tres veces, y luego respondió. «Más vale que tengas una muy buena razón, Enna». Parecía bastante molesto.

«Hola, Nils. Lamento llamar, pero tenemos...»

«¡Una escalada en el caso!» Pavel gritó entre ellos. Luego volvió a gritar en su teléfono celular. «¿Qué hay del helicóptero?»

Nils tragó algo audiblemente. Su ira había desaparecido. «¿Qué pasa con vosotros dos?»

«Buscamos a tres hombres en relación con la muerte de Sommerfeld. Probablemente uno de ellos quiera matar a los demás.

O los tres. Encontramos una botella vacía de benzodiacepinas. Probablemente estén en un barco».

Un momento de silencio, luego un crujido. «¿Crees que la mujer muerta estaba drogada con benzodiacepinas y que por eso se ahogó?»

«Es una suposición razonable, sí. ¿Hay alguna prueba para ello?»

«Sí. Hay pruebas rápidas para detectar las benzodiacepinas en la sangre y la orina. El resultado estará disponible en cuestión de minutos».

Enna se mordió el labio inferior y no dijo nada. Nils podría averiguar su petición por sí mismo.

Y lo hizo, porque suspiró. «Voy a ir al laboratorio. Tendrás los resultados en media hora».

Así que, después de todo, no se había ido. Probablemente se lo había dicho para que lo dejaran en paz. «Gracias, Nils», dijo Enna.

«Está bien. Nos vemos más tarde».

Enna colgó su teléfono celular mientras Pavel soltaba un grito inarticulado y casi arrojó su teléfono celular en un amplio arco hacia el Mar del Norte. Pero solo hizo el movimiento de lanzar y no abrió los dedos. A pesar de su ira, tenía el control.

«¡No hay helicóptero!» gruñó. «Están haciendo una redada en Hamburgo y el helicóptero de rescate acaba de partir por un accidente de tráfico en la carretera principal».

«¿Llegará tan pronto esté libre?»

«Sí, lo enviarán, a menos que lo cancelemos primero».

«Está bien. Me las arreglé para contactar con Nils».

«¿En sus vacaciones?»

«En realidad no. No importa. Está analizando la sangre o la orina de Sommerfeld para detectar benzodiacepinas. Sabremos en media hora o una hora si estaba drogada o sedada».

Pavel solo asintió con la cabeza y luego se dio la vuelta. El ruido de los motores se podía escuchar desde uno de los otros embarcaderos. Una columna de humo se elevó detrás de la pared de la casa. Luego, un barco emergió del crepúsculo. Berger estaba sentado detrás del motor.

Enna se rio a pesar de la tensión. «¡Ese zorro!»

Pavel también se rio, levantando los puños cerrados. «¡Genial, Berger! ¡Súper!»

Dirigió hábilmente la lancha motora hacia ellos y la llevó al muelle del embarcadero de Hansen. Una amplia sonrisa apareció en su rostro. «Súbanse, señoras y señores. ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos a ponerla en marcha e iremos a toda máquina!»

Enna se subió al bote, que se tambaleaba bastante, pero estaba acostumbrada a eso gracias a las misiones de rescate de la Asociación Alemana de Salvamento.

Neuhof no estaba acostumbrado. Se trepó con bastante torpeza y casi se abrió de piernas involuntariamente. Cuando Enna lo ayudó, se mostró visiblemente agradecido por su mano. Antes de que pudiera sentarse correctamente, Berger sacó la lancha motora del embarcadero, dio la vuelta y luego aceleró.

Enna se deslizó contra Pavel debido a la repentina aceleración y se aferró a él mientras él se aferraba a ella.

Sus miradas se encontraron por un momento y algo diferente al miedo brilló —al menos, Enna creyó percibir algo diferente—, pero entonces Neuhof se aclaró la garganta y retrocedió un poco. «Gracias, Enna», dijo. «Habría ido a nadar sin usted».

«No hay problema». Ella también se alejó de él.

Berger preguntó al mismo tiempo: «¿Por dónde empezamos a buscar?»

«¡Más lejos!» Neuhof se aferró al asiento. «Si es como con Sommerfeld, tendremos que ir tan lejos que nadie pueda volver nadando».

El rostro de Berger se puso sombrío. «Ya veo. ¡Espere!» Continuó dirigiéndose hacia el mar abierto, cruzando ahora de forma perpendicular a las olas. Cada una de ellas levantaba brevemente la lancha motora, seguida de un fuerte golpe.

Neuhof palidecía con cada golpe. Tenía los nudillos blancos por agarrarse con tanta fuerza.

Enna sentía pena por él. La búsqueda sería una auténtica tortura para él. Recordó la travesía en ferry a Norderney en su primer caso juntos. Se había sentido mareado incluso entonces. ¡En el ferry! ¿Cuánto sufriría ahora?

Enna pensó en apretarle la mano para calmarlo, pero de repente abrió los ojos y se agarró el pecho. Abrió la boca y se quedó paralizado.

«¿Pavel?» Enna se sentía mal del estómago. «¿Qué le pasa?»

«Nosotros... nosotros...» Tragó saliva con fuerza. «No nos pusimos chalecos salvavidas».

«No se preocupe», dijo Berger, dándole una palmadita alentadora en la espalda a Pavel. «No tendrá que meterse al agua. Y si entra, Enna lo sacará. Ella puede hacer eso. ¿Usted puede, Enna?»

«Sí, puedo».

Neuhof no pareció tranquilizarse, pero asintió con la cabeza. «Puede hacerlo. De hecho, lo hace muy bien». Luego volvió a agarrarse al asiento y miró fijamente al mar.

Enna miró a Pavel durante un largo momento antes de mirar también en la dirección del viaje y explorar el horizonte en busca de un barco.



El doctor Bennek Hansen lloró bajo el voluminoso saco. Había esperado pacientemente la oportunidad de escapar después de su crisis nerviosa, pero nunca la había tenido. El loco no había cometido ningún error. No solo lo había desatado, sino que lo había alimentado primero con un líquido terriblemente amargo que le había dejado un sabor extraño en la lengua. Hansen conocía ese sabor. Había tomado benzodiacepinas durante un tiempo para tratar el insomnio, y las pastillas tenían un sabor similar cuando las tomaba.

Se sentía cansado y de alguna manera desapegado. Tal vez por eso solo podía llorar. Era el fin. Se iba a morir.

Se iba a ahogar, se corrigió a sí mismo. La idea provocó una leve oleada de miedo. Pensó en Fabienne Sommerfeld y se estremeció.

Cómo se había desnudado delante de él. Ella y el loco. Cómo ambos se sentaron en el barco frente a él, con la piel de gallina y empezaron a cantar. A Bennek también se le puso la piel de gallina.

Una cosa era ganar dinero con el chamanismo y otra creer de verdad en él. Los dos habían creído en el chamanismo con cada fibra de su ser.

Habían cantado y entonado sílabas extrañas, formando un dúo mientras pintaban marcas oscuras en la piel del otro.

Bennek había ayudado. Aparte de eso, solo había estado allí como mentor, para orientar sus almas en la dirección correcta si el loco fallaba.

Así que había escuchado en silencio y observado el ritual. Cuando por fin se dibujaron las señales, se encendieron las dos velas negras. Las llamas habían ardido de color rojizo. Algo debían haber agregado a la cera para que se la vela quemara con el viento. Las llamas también habían soltado un particular aroma y humo.

Bennek volvió a sentir el ardor en los ojos. El hedor amargo, el ácido en su garganta.

Entonces el loco sacó una taza y dos tazones. Les había echado un líquido lechoso para ella y para él. Ambos lo habían bebido a grandes tragos. Luego volvieron a cantar y, finalmente, se abrazaron.

Luego se subieron a la proa del barco, tomados de la mano, y se miraron durante largos segundos, con los ojos transfigurados, mientras un relámpago brillaba en la distancia. El viento soplaba aún más fuerte, ráfagas reales que azotaban el rostro de Bennek. Las olas se habían vuelto aún más fuertes. Sabía que tendría que volver pronto si no quería arriesgar su vida.

Pero tuvo que esperar. Lo había prometido. Los dos confiaban en él.

Así que esperó, esperando que fuera rápido. Pero los dos se pusieron de pie y se pararon en la proa, luego se besaron, y solo entonces finalmente se dejaron caer por la borda.

La idea de ese momento hizo que Bennek se estremeciera.

Se habían arrojado desnudos al agua. Voluntariamente y con la creencia errónea de que renacerían juntos.

Quizá no hubiera estado tan mal si Fabienne Sommerfeld no hubiera entrado en pánico. Había gritado y jadeado diciendo que no podía hacerlo. Que no quería morir.

Pero el loco había hablado con ella.

«Tranquilízate, amor mío», había siseado mientras el frío Mar del Norte lo elevaba hacia la siguiente cresta de olas. «¡Abre tu mente y toma mi mano!»

Pero Sommerfeld no lo cogió de la mano. Había andado dando vueltas en estado de pánico, con los ojos bien abiertos. Había mirado fijamente a Bennek y luego nadó frenéticamente hasta el barco. Había gritado su nombre. «¡Bennek! ¡Sálvame! ¡Sácame del agua! ¡Sácame del agua!»

Bennek lo había hecho, por supuesto. Se había inclinado sobre la barandilla y había cogido su mano fría y resbaladiza. Había intentado subirla a bordo, pero el loco no la soltó. Había tirado y tirado, intentando arrojarla de nuevo al agua fría.

Bennek se estremeció. El recuerdo era tan vívido que lo enfermó. La locura en sus ojos, el horror en los de ella. Las dos almas seguramente nunca se encontrarían así.

Así que hizo lo único que pudo. Soltó a Sommerfeld, ya que no podía meter a los dos en el barco, y sacó el remo de emergencia de debajo del banco. Golpeó al loco con él.

El primer golpe le dio al agua. Solo pudo causar un fuerte chapoteo.

El segundo golpe golpeó el casco del barco. La pintura salió volando. Quedó una muesca.

El tercer golpe finalmente alcanzó el hombro del loco. La hoja resbaló y golpeó su cuello. Gruñó y soltó a Sommerfeld.

Bennek intentó golpearlo por cuarta vez, pero el hombre agarró el remo y aguantó. Casi arroja a Bennek al agua.

Tuvo que soltarse y cayó de espaldas en el barco. Se golpeó la cabeza en algún lugar y vio puntos de luz de colores parpadeando. Luego, para su horror, vio al loco subirse apoyado en la barandilla.

¿Qué quería de él ahora? Había querido morir.

Pero la acción de Bennek obviamente había provocado demasiada ira. El hombre subió a bordo tal como Dios lo había hecho, desnudo, con la piel cubierta de marcas y agua. El relámpago en el cielo lo hizo parecer un dios enfurecido. Y estaba enfadado.

Persiguió a Bennek e intentó agarrarlo y estrangularlo.

Pero el Dr. Bennek Hansen podía encargarse de él. En su juventud, había sido objeto de bromas, flaco y demacrado. Mahatma Gandhi, se burlaban de él en la escuela. Bennek empezó a hacer kickboxing en su adolescencia y se entrenó solo. Había boxeado por todo lo que valía. Incluso se convirtió en vicecampeón nacional en su adolescencia. Lo dejó durante la universidad porque no le gustaba el club en el que estaba entrenando, pero los reflejos seguían ahí. Su cuerpo los llamó.

Le dio un duro golpe en la barbilla del loco y un segundo en la sien antes de darse cuenta de lo que lo había golpeado.

Avanzó tambaleándose, aturdido, y se puso en los brazos de Bennek. Bennek lo atrapó, lo dejó en el suelo y luego saltó a la barandilla para rescatar a Sommerfeld.

Pero la mujer indefensa había desaparecido. No pudo encontrar su cuerpo pálido y magullado por ningún lado.

«¡Fabienne!» gritó en la oscuridad. «¡Fabienne!»

Solo el estruendo del trueno le respondió. El relámpago se acercaba. Tenía que escapar si no quería arriesgar también su vida.

¡Pero quería ayudar a la gente! No quería matarlos. No podía dejar atrás a Sommerfeld. El recuerdo del horror en sus ojos...

Bennek buscó por todos lados. Caminó por la barandilla y miró hacia el mar embravecido. Gritó su nombre hasta que se le quebró la voz. Pero no había señales de Sommerfeld.

Luego llegó la lluvia. Era una pared turbia y gris oscuro que venía del norte y que de repente rodó hacia él y el barco. Al momento siguiente, estaban en medio de una tormenta.

El agua lo golpeó a él y al barco, fría y despiadadamente. La tenue lámpara de proa dejaba rayas en la oscuridad. No se veía nada más. Todo era gris sobre gris sobre gris.

Bennek gritó de impotencia y miedo. Luchó contra el viento hasta el fondo del barco y se hundió junto al motor. Lo habían apagado para no perturbar el ritual. Lo encendió. El motor se encendió a toda velocidad. Bennek se dio la vuelta y se fue. Tenía un GPS incorporado que lo guiaba en la dirección correcta.

Todo lo que tenía que hacer era ir hacia el sur y llegaría a tierra. Después de eso, ya vería qué había pasado.

Pero no vería lo que pasó, porque de repente el loco que tenía delante se puso de pie. Parecía aún más enojado. Tenía la cara cubierta de sangre.

Gritó algo que fue ahogado por el trueno. Bennek vio los dientes blancos del loco en un relámpago. Luego recibió un fuerte golpe en el pecho y el mundo que rodeaba al doctor Bennek Hansen se oscureció.

Volvió a sollozar al recordarlo. Oyó pasos delante de él. «¡Cállate!» gruñó el loco. Siguió un golpe en la cabeza y Bennek se desplomó, gimiendo y aturdido.

El grueso saco se resbaló, dejando al descubierto una estrecha hendidura. Para su horror, Bennek vio la figura de un hombre acostado a su lado. Detrás de él, reconoció un cielo oscuro con nubes grises que lo cubrían.

¿Era esto lo último que vería?



«¡Nada! ¡Nada!» Berger hinchó los carrillos y apagó el motor del barco. El silencio se apoderó de los tres policías.

Enna había estado de pie durante varios minutos, mirando a su alrededor, esperando ver mejor desde la posición elevada. No ayudó. El horizonte se oscureció. Pronto no podrían ver nada en absoluto.

Neuhof seguía aferrado a la barandilla. Hasta ahora había conseguido permanecer en silencio, lo que era realmente impresionante. Preguntó en voz baja: «¿No tenemos ninguna tecnología?»

Berger se rio. «¿Imágenes satelitales en vivo, por ejemplo? Usted sabe perfectamente que son cuentos de hadas. Al menos para nosotros».

«Así que todo lo que nos queda es el helicóptero».

«O la suerte».

Enna estaba a punto de responder cuando su teléfono móvil sonó en silencio. Era bastante sorprendente que tuviera señal aquí. Ella respondió. «¿Sí?»

«Hola, soy Nils. Tengo los resultados de la prueba rápida. Pude detectar benzodiacepinas en la orina, en cantidades significativas».

«Está bien. Gracias».

«No hay nada por lo que dar las gracias. Buena suerte».

«Sí, nos vendría bien». Enna colgó el teléfono. «Fabienne Sommerfeld tenía una cantidad significativa de benzodiacepinas en su organismo».

Neuhof hizo una mueca. «Y ahora es probable que a los demás también los hayan drogado con benzodiacepinas».

Berger levantó la mano como un colegial. «¿De qué estamos hablando?»

«Una pastilla para dormir y sedante que había tomado la mujer ahogada. Y probablemente las víctimas de ahora también».

«¿Así que no podrán defenderse?»

«Depende de la dosis. Podrían estar medio delirando, sí.»

«¡Entonces será mejor que los encontremos!»

Pavel levantó las manos con impotencia. «¿Alguna idea?» Señaló al azar el horizonte. «Si Durand es el autor, podría desaparecer para siempre. ¡Quiere morir para reunirse con su Fabienne Sommerfeld!»

Berger no lo entendió, pero Pavel lo rechazó. «Es complicado, Berger. ¡Realmente necesitamos ese helicóptero!»

«¿Un avión ligero serviría?»

«¿Un avión ligero?»

«Sí. Tenemos un aeródromo cerca de Fleetstedt. Tal vez podamos encontrar a alguien que viaje con nosotros».

Pavel respiró hondo. «¿Y solo hasta ahora ha pensado en eso, Berger?»

Se encogió de hombros en señal de disculpa. «Nadie me pidió un avión, solo un barco. Y eso es lo que conseguí».

Pavel estaba a punto de responder, pero Enna siseó: «¡Silencio!» Levantó el dedo y señaló un punto en el horizonte. «¿Hay algo ahí?»

Neuhof entrecerró los ojos y sacudió la cabeza. «No veo nada».

«Sí, hay algo». Berger asintió con impaciencia. «Tienes razón, Enna, hay algo. Está demasiado lejos para identificarlo».

«¡Entonces a toda máquina!»

«¡Sí, sí, capitán!»

El motor volvió a la vida y se lanzaron hacia adelante.



Bennek despertó, con la cabeza tambaleándose cuando alguien le quitó el saco de la cabeza. Parpadeó y apareció el rostro del loco, decidido y sombrío.

«Ha llegado el momento. ¡Póngase de pie!»

Bennek ni siquiera lo consideró. Estaba tan cansado que volvió a agachar la cabeza. Mientras lo hacía, murmuró: «¡Váyase al carajo!»

Un bufido. «Un lenguaje tan grosero tampoco le ayudará. No se preocupe». El loco desapareció de la vista. Algo se estremeció. Entonces sonó un cántico terrible.

Bennek lo reconoció por el ritual con Sommerfeld. Era la voz del loco que entonaba melodías extrañas y cantaba tonterías. Líneas indias, supuestamente.

Al menos hicieron que Bennek levantara la cabeza. El loco estaba de pie en la proa con algo en la mano.

El corazón de Bennek se aceleró. ¿Era un arma?

No... afortunadamente. Volvió a bajar la cabeza. Era un taladro inalámbrico. Solo un...

Bennek volvió a sacudirse, tan violentamente que se sintió mal. Observó con horror cómo el loco comprobaba el mecanismo de cierre. Una broca tan gruesa como el dedo pulgar. Los bordes cortantes brillaban en la luz que se desvanecía.

«¿Qué... qué va a hacer?»

«Morir», respondió el loco. «Morir para vivir. Y los cambiaré a usted y a este idiota por el alma de Fabienne». El loco sonrió y puso en marcha el taladro. Luego se arrodilló.

«¡No!» Bennek gimió. «¡No!» Intentó ponerse de pie, pero tenía las manos atadas y se sentía muy débil. «¡Esto es una locura!»

«No, en absoluto. ¡Este es el futuro! ¡El futuro mío y el de Fabienne!» Apoyó la broca larga y gruesa contra el casco y la dejó zumbar.

El zumbido llenó de miedo a Bennek. Se enderezó y vio cómo la perforadora se hundía lo más que podía en el casco.

Cuando el loco lo sacó, entró agua a borbotones.

Una sonrisa maníaca apareció en el rostro del loco. Echó la cabeza hacia atrás y cantó algo chamánico. Mientras lo hacía, colocó el taladro al lado del primer agujero y perforó un segundo.

Bennek solo podía mirar con horror. Sus ojos se fijaron en la barandilla donde no había más que agua. Agua hasta donde alcanza la vista.

«¡No!» dijo, con la voz quebrada. «¡No!»

Pero nadie le prestó atención. El otro hombre seguía inconsciente, tumbado boca abajo entre los asientos, y el loco taladraba y taladraba mientras cantaba y cantaba y cantaba.

Capítulo Dieciocho



Enna estaba en la proa de la lancha motora, agarrándose a la barandilla y mirando al horizonte con los ojos entrecerrados. De hecho, se acercaban a un barco. Era una lancha motora. ¿Podrían ser Hansen, Durand y Meitinger?

Pavel se agachó junto a ellos, aferrado a la barandilla y al asiento. Tenía el rostro pálido. «Podrían ser ellos, ¿no?»

«Eso espero. Lástima que no hayamos traído binoculares. ¿No tendría algo en el bolsillo para... observar aves o algún otro pasatiempo que no conozca?»

Pavel sacudió la cabeza. «Me temo que no». Luego se puso tenso y gimió. «Siento náuseas».

Enna sentía pena por él. «Adelante, vomite. Se sentirá mejor». Le dio un apretón rápido en el hombro y luego sacó su teléfono celular. Ella aún tenía señal. Rápidamente marcó el número del centro de control.

«¡Soy la inspectora de policía Enna Koopmann!»

«Buenas noches. ¿Qué puedo hacer por usted?»

«Actualmente estamos en una misión de rescate frente a Fleetstedt, en el Mar del Norte. Probablemente un agresor y dos víctimas. Puede haber lesiones. Hasta donde sabemos, es posible que varias personas hayan ingerido benzodiacepinas. Mi colega, el inspector jefe de policía Neuhof, ya ha hablado con usted por teléfono acerca de un helicóptero de rescate».

«Es correcto. Lamentablemente, sigue en servicio en Hamburgo».

«Ya veo. Puede que los hayamos encontrado. Nos dirigimos hacia un barco en lancha motora. Hora estimada de llegada a T menos cinco a diez minutos. Le daré las coordenadas en unos minutos. Necesitamos refuerzos de inmediato. Solo somos tres y nos acompaña un nadador inexperto. Tampoco tenemos suficiente equipo de rescate». Mientras hablaba, sus ojos se posaron en Pavel, pero él estaba inmóvil sobre la barandilla.

«Comprendo, señorita Koopmann. Daré instrucciones a mis colegas para que se unan a usted lo antes posible en un bote de rescate».

Enna se mordió el labio. «Una evacuación médica sería mejor. Las benzodiacepinas pueden provocar desmayos e insuficiencia circulatoria. Es posible que las personas tengan que ir directamente al hospital».

«Ya veo. Me encargaré de ello. Pero ahora mismo no puedo prometer nada. Mientras tanto, ¿podemos rastrear su ubicación?»

«¡Por supuesto!»

«Está bien. ¡Buena suerte!»

Enna bajó el teléfono. «Están enviando refuerzos en barco y siguen intentando organizar un helicóptero».

Berger asintió con gratitud. Luego habló en voz baja: «Yo tampoco soy socorrista».

Enna sonrió débilmente. «Eso lo sé. ¡No me importa si te quedas en el barco!»

«¡Oh, bien, lo haré!»

Enna levantó el pulgar antes de respirar hondo, luego se agachó y sacó el botiquín de emergencia de debajo del banco. Debería haberlo hecho mucho antes, pero buscar a los demás parecía más importante.

Ahora la caja. Estaba hecha de madera lacada en marrón oscuro y, desde luego, no cumplía con los estándares modernos, pero el contenido no debe juzgarse por el embalaje. Quizás el equipo estaba en buenas condiciones.

Por supuesto, no lo estaba. Cuando Enna abrió la caja, inmediatamente se dio cuenta de que no se habían seguido las normas. No había radio VHF ni cohetes de socorro. Al menos había dos bengalas. El botiquín de primeros auxilios había caducado hace ocho años. Afortunadamente, la gasa y los vendajes no se habían podrido. Pero el salvavidas sí. Se había pinchado como el neumático de una bicicleta. El plástico estaba roto y quebradizo. No salvaría a nadie. La línea, por otro lado, parecía estar bien. También estaba bien el chaleco salvavidas empacado.

Solo había uno.

Enna lo sacó del paquete crepitante. Sus ojos se encontraron con los de Berger, quien comprendió e inmediatamente señaló a Pavel. Enna asintió y se acercó a Pavel. «Aquí. Póngase esto, por favor».

Pavel levantó la cabeza. La saliva le colgaba alrededor de la boca. Cuando vio el chaleco, cobró vida. Cogió el paquete, lo abrió con dedos temblorosos y se puso el chaleco salvavidas sobre su chaleco antibalas. Apretó la cuerda de seguridad y luego se dejó caer de nuevo contra la barandilla. «Gracias».

«Con gusto».

Enna miró brevemente al barco que se acercaba, pero aún faltaban unos minutos.

Volvió al escaso equipo de rescate y cogió la cuerda de lanzamiento. Se trataba de un modelo antiguo en el que la cuerda todavía estaba enrollada. Lo habían utilizado en la DLRG (organización alemana de salvamento acuático) en su juventud, pero ya no lo usaban. Hoy en día tenían bolsitas alargadas que se podían lanzar relativamente bien. La cuerda estaba enrollada en ellas y se deslizaba al lanzarlas. Así se podía apuntar mucho mejor que con las cuerdas antiguas.

Pero en realidad, Enna no quería lanzar la cuerda. Quería tener acceso de emergencia al barco. No había nada más absurdo que tirarse por la borda y ahogarse porque no se podía volver a subir a bordo. Esto les pasaba con frecuencia a los propietarios de yates, que a menudo eran rescatados por la Asociación Alemana de Socorristas porque a los idiotas les gustaba saltar de sus barcos cuando estaban mentalmente aturdidos por las vacaciones, y solo

cuando estaban en el agua se daban cuenta de que no habían desplegado la escalera...

Así que Enna desplegó la cuerda de lanzamiento y ató un extremo a un ojal incorporado. Luego arrojó el resto al agua por encima de la barandilla. La cuerda flotaba detrás de ellos como si fuera un tentáculo, pero podían usarla para volver a subir a la lancha.

Una vez hecho esto, Enna se reunió con Pavel en la proa. «¿Cuál es la situación?»

«Complicada». Para su sorpresa, él sonrió burlonamente. «Después de todo, tal vez no estoy hecho para trabajar en el mar».

«Va a estar bien, Neuhof. Está bien».

«Guarde sus mentiras, Enna».

Resopló. «No estaba mintiendo, lo decía en serio».

Un sonido extraño la hizo mirar el barco que se acercaba. «¿Fue un grito?»

Pavel se encogió de hombros, pero Berger disminuyó la velocidad y el motor dejó de funcionar.

El sonido volvió a sonar. Era claramente el grito de un hombre.

Enna miró fijamente el barco. Algo andaba mal, pero no podía identificarlo.

Berger, sin embargo, se dio cuenta. «¡Están yendo a pique!» Volvió a acelerar y se estrelló con la siguiente ola.

Pavel tuvo arcadas al mismo tiempo y vomitó ruidosamente en el Mar del Norte.

Enna tragó saliva y se concentró en el barco al que se acercaban. Berger tenía razón. La proa estaba alarmantemente baja en la profundidad del agua. Eso no estaba nada bien. Cuando un barco navegaba, por lo general se hundía más rápido al final que al principio. Esto se llamaba *entrada progresiva de agua*. Al principio, el agua se distribuía lenta y uniformemente. Sin embargo, con el tiempo, la afluencia podía acelerarse a medida que el peso adicional del agua empujaba al casco por debajo de la línea de flotación, lo que permitía que entrara aún más agua.

Enna ya podía imaginarse lanzándose al agua para salvar a los hombres. La idea le revolvió el estómago. Rescatar a personas en

mar abierto junto a un barco que se hundía cuando estaban drogadas, o al menos bajo los efectos de las drogas, supuso un enorme desafío. Y por su cuenta. Neuhof no podría ayudar, necesitaba ayuda para sí mismo. Y Berger tenía que subirlos a bordo.

Se oyó otro grito. Esta vez fue tan aterrador que Enna se estremeció.



Bennek gritó a todo pulmón cuando el agua helada lo alcanzó. Se filtró por sus zapatos y se arrastró por su pierna. Por primera vez, la sensación de adormecimiento de las benzodiacepinas comenzó a desaparecer de su cuerpo.

«¡No!», gritó. *«¡No! ¡No lo haga!»* Intentó alejarse, pero ya estaba al borde del barco y no podía alejarse más del agua.

El loco estaba de pie en la proa. El agua le llegaba hasta el ombligo. Después de perforar los agujeros, se quitó la ropa y dibujó una sola marca oscura en su pecho con un bolígrafo. Era una espiral que se enrollaba desde el esternón hacia afuera. Incluso había añadido lo que parecía una cabeza de serpiente al final.

Era un espectáculo terrible, pues los ojos del loco estaban llenos de pura locura. Seguía cantando.

Delante de Bennek, el hombre inconsciente se movió, al parecer despertado por el agua fría que le había llegado. Gimió y se esforzó por ponerse de pie, pero tenía las manos atadas, como las de Bennek. Tenía una gran herida en la cabeza.

«¿Dónde... estoy?» Sus ojos parpadearon y vagaron hasta que los abrió de par en par para ver la inmensidad del Mar del Norte y el barco que se hundía, y gritó. El grito fue tan espeluznante que Bennek no podía respirar.

Pero luego oyó un ruido en algún lugar detrás de ellos. Casi sonaba como un motor...

Bennek apartó los ojos del loco y miró hacia atrás. Efectivamente, se acercaba una lancha. Todo lo que podía ver era la

silueta negra de una lancha motora estrecha. Una mujer estaba parada en la proa. Su cabello ondeaba con la brisa. Probablemente alguien estaba sentado a su lado y una tercera persona estaba dirigiendo el barco.

La vista era más que extraña. ¿Qué posibilidades tenía de ser rescatado? ¿Aquí, en medio de la nada? Solo podría ser un gesto del buen Señor.

«¡Aquí!» Gritó Bennek con voz ronca. «¡Aquí!» Quería levantar los brazos, pero el loco se los había atado a la espalda. *A la espalda, por lo que no podía nadar*.

La importancia del pensamiento lo hizo reír a carcajadas. Al mismo tiempo, sus ojos se llenaron de lágrimas. Era tan absurdo.

«¡Aquí!» Volvió a gritar, acercándose aún más al borde del barco. Esto hizo que el resto del barco se balanceara aún más. El agua entró con una ráfaga de frío.

«¡No te salvarán!» gritó el loco. «Es demasiado tarde».

De repente, el barco se balanceó violentamente por debajo de Bennek cuando el loco intentó volcarlo.

No lo consiguió del todo, pero Bennek perdió el equilibrio.

Gritó de horror al caer en el oscuro Mar del Norte, y luego el agua se estrelló sobre él.



«¡Hombre por la borda!» gritó Berger. «¡Hombre por la borda!»

Enna lo vio ella misma. Contuvo la respiración como uno de los hombres, ¿era el falso médico? — se hundió de cabeza en el agua, gritando.

La segunda figura, mucho más grande, — ¿Florian Meitinger? — se tambaleó salvajemente, y luego cayó de espaldas por el borde cuando la siguiente ola chocó con el barco que se hundía.

Sí, tenía que ser Meitinger, porque Enna no reconoció la tercera figura. Era un hombre demacrado. Pierre Durand. Gritó unas palabras y luego se hundió en el agua hasta la cabeza.

La pesadilla de Enna se había hecho realidad.

«¡Más despacio!» le gritó a Berger. Luego se quitó la chaqueta.

«¡Enna!» La voz ronca de Pavel. «¡No querrá meterse al agua ahora!»

«¡Tengo que hacerlo!» Enna se quitó el chaleco antibalas, se desabrochó los pantalones cortos y se quitó los pantalones cortos. Rápidamente también se quitó los zapatos y los calcetines. Quería tener puesta la menor cantidad posible de ropa mojada que pudiera arrastrarla. Y tener algo seco para ponérselo después...

«¡Esto es una locura en la oscuridad!»

«¡No salvarlos es una locura!»

Otro grito, esta vez un gorgoteo pidiendo ayuda.

«¡Mierda!» Enna también se quitó la camisa. En sujetador y bragas, se acercó al borde y se preparó para saltar, pero las manos la detuvieron.

Era Pavel. Se había quitado el chaleco salvavidas y se lo había ofrecido. «¡Lo necesitas!» dijo suplicantemente.

Enna lo cogió, se lo puso, respiró hondo y luego saltó al agua fría y oscura.

El frío la dejó sin aliento, pero salió a la superficie de inmediato. Estaban a unos treinta metros del naufragio. Estaba a una buena distancia para nadar. Podía acercarse a la víctima con cuidado y evaluar la situación sin gastar demasiada energía.

Pero no podía ver casi nada. La oscuridad caía cada vez más rápido.

De todos modos, Enna siguió acercándose. Después de todo, tenía el chaleco salvavidas, y Berger y Pavel la vigilaban. Enna no quería que una de las víctimas la arrastrara bajo el agua. Pero ¿cómo podían hacerlo cuando estaban atados?

Delante de ella, vio una cabeza que se deslizaba fuera del agua.

Enna pasó a la braza y se acercó lentamente a la figura. No tenía ni idea de quién era. ¿Hansen? ¿Meitinger? ¿Durand?

Entonces estuvo tan cerca que tuvo que hacer algo. «¡Calma!» gritó. «Le ayudaré».

La silueta volvió a bajar. Enna siseó, se empujó hacia adelante y buscó en el agua al hombre que se estaba ahogando. No vio nada más que rayas.

Solo le quedaba una cosa por hacer: respirar y hundirse.

Su mundo se enfrió y se difuminó en sombras. Ahí hay un movimiento. Extendió la mano y lo agarró.

Agarró un brazo. *¡Sí! ¡Y arriba, Enna!*

Con fuertes patadas en las piernas, se arrastró a sí misma y al chico hacia arriba.

Por suerte, estaba ayudando, incluso si sus piernas se movían incontrolablemente.

Luego rompieron la superficie. El tipo tomó una bocanada de arie. Era Florian Meitinger.

«¡Tranquilo!» Enna gimió. «¡Quédese quieto! ¡Lo llevaré a la lancha! ¡No dejaré que se hunda!»

«Está bien». Respiró en forma de jadeo. El blanco de sus grandes ojos brillaba en la oscuridad.

Enna lo agarró de la mandíbula inferior con fuerza. «Relájese», siseó, «Lo mantendré a flote. Si le queda algo de fuerza, puede usar sus piernas para ayudar a patear».

Meitinger podría. Le bastaron dos patadas en las piernas para controlar su adrenalina, pero luego se calmó y pateó al compás de ella.

Enna asomó la cabeza hacia el barco y vio a Pavel. Saludó con la mano. La linterna de su teléfono se agitó violentamente. «¡Aquí estamos!» Enna gritó y siguió nadando.

Luego palpó el barco y se agarró a la barandilla. Sostuvo a Meitinger por encima del agua.

Berger ya la había alcanzado y juntos subieron a Meitinger a bordo.

Antes de que nadie pudiera decir nada, Enna se alejó y nadó hacia atrás. Escuchó a Berger gritar: «¡Nos estamos acercando!»

«¡Sí!» Enna respondió con el siguiente tirón de su brazo.

¿Dónde estaban los otros dos?

¡Por ahí! Otro movimiento. ¿Era parte del barco o era una persona?

Empezó a nadar y se acercó a la silueta. Se movía y respiraba con dificultad.

«¿Hansen?» Preguntó Enna con cautela.

La cabeza se movió. La figura desapareció, pero era Hansen. Evidentemente, se había dado la vuelta boca arriba para evitar ahogarse.

Enna extendió la mano y lo agarró, arrastrándolo de nuevo a la superficie.

Parecía aturdido. O asustado. De cualquier manera, el falso médico estaba en estado de shock.

«¡Aquí!» Enna gritó hacia el barco. «¡Aquí estamos! Tengo...»

Algo gorgoteó detrás de ella y la empujaron bajo el agua. El agua le entró por la boca y la nariz y le quemó la garganta.

Enna se amordazó e intentó luchar, pero algo la hundió aún más. ¿Eran manos? ¿De Pierre Durand?

El pensamiento se apoderó de ella, hirviente. Durand intentaba matarla. Alma por alma, como había dicho Luna.

El pánico se apoderó de Enna. Quería gritar, pero no bajo el agua, Enna. *Contrólate. ¡Piensa!*

¡Libérate!

Golpeó a su agresor y lo atrapó en alguna parte. Sin embargo, no la soltó, sino que la abrazó con fuerza. Exprimió el último aire de sus pulmones.

El mundo de Enna se redujo a un único deseo: escapar. Se dio una vuelta, puso su mano en algo firme, ¿una cadera? Ella apretó con fuerza. La otra persona se estremeció un poco, pero no la soltó.

Las partes blandas.

Enna siguió dando vueltas y logró agarrarle los testículos. Ella apretó con todas sus fuerzas y él la soltó, haciendo una mueca.

Enna pateó una y otra vez, y luego quedó libre. Pero ¿dónde estaba arriba y dónde estaba abajo?

Un relámpago brilló a su alrededor. Chispas rojas. Purpurina.

Su corazón se aceleró. Le ardieron los pulmones.

¿Era una bengala de emergencia?

Parecían fuegos artificiales. Hermosos fuegos artificiales.

Enna sonrió. Hacía tanto frío y era tan hermoso. Como las estrellas.

Luego oscureció frente a ella y Enna quiso respirar, pero algo se acercaba a ella. Algo la agarró del hombro. Algo la arrastraba.

Brillantes burbujas rojizas frente a ella.

¿Era sangre?

No.

Luego, de repente, un gorgoteo y un sonido de chapoteo. ¡La superficie del agua!

Enna inhaló con un silbido, aspirando el precioso oxígeno hasta lo más profundo de sus pulmones. Todo giraba a su alrededor, pero no eran fuegos artificiales.

Berger estaba de pie en el agua frente a ella, no, en un barco. Sostenía una de las antorchas magentas encendidas y gesticulaba a rabiar.

Berger...

Si Berger estaba en el barco, ¿quién la había salvado?

Giró la cabeza hacia un lado y vio la nariz de Neuhof a la luz ardiente de la antorcha, proyectando una larga sombra sobre su rostro.

Capítulo Diecinueve



Pavel temblaba como nunca lo había hecho antes. Le castañeteaban tanto los dientes que estaba preocupado por sus empastes. Ir al dentista no era uno de sus pasatiempos favoritos, así que no quería perder los buenos.

«Tome esto», dijo Berger. Le entregó la chaqueta de su uniforme y la puso alrededor de los hombros de Pavel.

Pavel alzó los ojos. «Gracias, Olaf».

Berger sonrió. «No hay problema».

Pavel se había sentado junto a Enna en la lancha motora. Florian Meitinger estaba sentado frente a ellos en la proa, mirando fijamente sus manos, que Berger había liberado de sus cadenas. Apoyado en él estaba el doctor Bennek Hansen, a quien Pavel también había sacado del agua de alguna manera.

Solo Durand no había sido rescatado. No había ni rastro de él.

«Gracias», oyó decir a Enna a su lado. Se había puesto la ropa seca, había levantado las piernas hasta el pecho y las había abrazado.

Pavel le sonrió. «De nada. Fue... una experiencia interesante».

Las palabras también hicieron sonreír a Enna. Su cabello mojado le caía fibroso en la cara. «Gracias», repitió.

Pavel solo asintió y se frotó los brazos. Se había quitado la ropa mojada y estaba sentado en calzoncillos con solo la chaqueta de

Berger alrededor de la parte superior del cuerpo. El viento era helado y lo hacía temblar.

«¡Un barco!» La voz de Berger. Señaló la distancia y, efectivamente, allí brillaban varias luces.

«¡Probablemente la caballería!»

«Ya era hora», gruñó Pavel. Movió los dedos de los pies para no perderlos por el frío. Vale, era una exageración, pero tenía un frío terrible. Esperemos que no contraiga neumonía. Pero incluso eso valdría la pena.

Miró furtivamente a Enna. Apoyaba la cabeza sobre los brazos y miraba al suelo. Probablemente estaba intentando procesar lo que había pasado. Eso llevaría algún tiempo. Llevaba tiempo superar una conmoción como esa. Aun así, esperaba que ella lo aceptara. Como lo haría él. Ya había decidido reservar un viaje en barco en uno o dos días. Si te caías de un caballo, tenías que volver a subirte lo antes posible. Era solo agua, monóxido de dihidrógeno, ¿no?

Un ligero balanceo del barco hizo que Pavel levantara la vista.

Meitinger se había levantado y caído de rodillas ante Enna. «Gracias por salvarme».

Enna se limitó a asentir con la cabeza, pero no dijo nada.

Pavel le indicó a Meitinger que la dejara con un movimiento de la mano. Florian Meitinger lo entendió y regresó a su asiento. Esta vez observó el barco que se acercaba.

Pavel también observaba las luces, mientras frotaba la parte superior de la espalda de Enna con la palma de su mano para calentarla.

Solo inhalaba y exhalaba profundamente.

Estaría bien. Pavel retiró la mano y la dobló sobre su regazo. Y luego esperó para bajarse de la maldita lancha motora y calentarse un poco.



«Así que querías salvar a Fabienne Sommerfeld». Enna cruzó los brazos sobre el pecho y miró con recelo al Dr. Bennek Hansen. Se

sentó frente a ella en la sala de interrogatorios y le contó a ella y a Neuhof su versión de los hechos. Eran las ocho de la mañana. Había pasado la noche en el hospital tras un examen físico.

El falso médico suspiró. «Sí, cuando vi el pánico en sus ojos...» Sacudió la cabeza. «No quería morir entonces. Antes de eso, sí. Los dos lo habían planeado todo meticulosamente».

«¿Y cuál era su papel?» Preguntó Pavel, también con los brazos cruzados.

«Se suponía que solo debía asistir al ritual e intervenir si algo salía mal. Durand era el que estaba a cargo».

«También era la tercera persona del grupo de WhatsApp».

Hansen asintió y se dedicó a estudiar sus uñas.

«¿Cuánto dinero recibió por su apoyo?»

«¿Importa eso?»

«Posiblemente».

Un fuerte suspiro. «Cuarenta mil euros. Veinte cada uno».

Enna alzó una ceja. «Mucho dinero para un paseo en barco».

Hansen resopló. «No tiene ni idea, inspectora. ¡Doy esperanza!»

Un fuerte estruendo silenció a Hansen. La mano de Enna se había estrellado contra la mesa. «¡Eso es exactamente! Está vendiendo esperanza. ¡Falsa esperanza!»

«No. ¡Eso no es cierto! No les digo a mis clientes que puedo curarlos. Eso incluye a Sommerfeld. Nunca dije que pudiera curar el cáncer. Dije que podía ayudar a sanar el alma. Lo que el cuerpo hace con él está fuera de mi control. Y» —levantó un dedo cauteloso— «en algunos casos, eso por sí solo hace maravillas».

«El efecto placebo», intervino Pavel secamente.

«Por mi parte, está bien. Llámelo como quiera. Si ayuda, lo que sea que funcione me parece bien».

«¿Y qué habría hecho por ella un ritual trascendental? La muerte es la muerte».

«Puede que tenga razón, inspector, desde su perspectiva. Pero no sabemos qué pasa después de la muerte. Quizá exista la reencarnación. Encarnación. Vida después de la muerte. ¿Quién sabe?»

«Usted mismo no cree en eso».

«No, no, pero algunos de mis clientes sí. Y si eso les da tranquilidad, los apoyo».

Pavel cogió una carpeta que había sobre la mesa que tenía delante. La abrió, sacó una copia del contrato de venta del falso doctorado y se la dio a Hansen sobre la mesa.

Inmediatamente lo rechazó con la mano. «Fue un error. No estoy particularmente orgulloso de ello».

«Pero está usando el título y lo está usando en su sitio web. Está engañando a sus clientes, Sr. Hansen».

«Eso es mercadeo, inspector».

Enna quiso decir algo en respuesta, pero Pavel puso su mano sobre su antebrazo y dijo: «Tendrá que responder por eso».

«Me parece bien». Un suspiro. «Me alegro de haber sobrevivido, de verdad, y solo quiero irme a casa. ¿Aún me necesitan?»

«Por el momento no», respondió Pavel. «Pero estoy seguro de que tendremos más preguntas. Le pido que no viaje por ahora».

«No tengo planes de hacerlo».

«Muy bien».

Hansen se enderezó en su silla. «¿Así que me puedo ir?»

«Sí». Pavel sonrió levemente. «Adiós».

Hansen asintió aliviado, se levantó y salió de la sala de interrogatorios.

Cuando cerró la puerta detrás de él, Enna cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás. A través de sus párpados cerrados, aún podía ver el brillo de la luz del techo. «¿Cree lo que dice?»

«Sí. Nosotros mismos vimos a Durand en acción. Él era el partido activo. Hansen estaba atado, al igual que Meitinger. Así que no hay ninguna razón por la que el ritual con Sommerfeld hubiera sido diferente».

«Sí». Enna hinchó los carrillos. «Sin embargo, todavía no me siento bien».

«¿El qué, exactamente?»

«Que a Hansen le saliera tan a la ligera. ¿Qué recibirá? Probablemente una multa, o un año como máximo. Está tipificado como delito el no prestar asistencia en virtud del artículo 323c del

Código Penal. No debería haber permitido que se llevara a cabo el ritual».

Pavel se encogió de hombros. «Eso lo decidirá un tribunal».

«Parece que piensa lo contrario».

«No soy juez, así que no puedo juzgar nada. Pero creo que un abogado defensor, y Hansen tendrá uno bueno, argumentará que Hansen estaba ayudando a una eutanasia asistida».

Enna gruñó. «Es una broma, ¿no?»

«No. Sommerfeld y Durand estaban muriendo. Acudieron a él en busca de ayuda. Él proporcionó esa ayuda. El testamento del paciente era claro y ellos mismos cumplieron el deseo de morir».

«Espera un momento, estamos hablando de suicidio asistido. Hansen podría ser culpable de no prestar ayuda».

«Según él, intentó ayudar a Sommerfeld. Solo digo lo que cabría esperar. El espectro es muy amplio, así que seguiré el caso y esperaré con impaciencia el veredicto».

«Con impaciencia», imitó Enna. «No lo soporto. ¡El tipo recibe enormes sumas de dinero de pobres almas!»

«Y, sin embargo, no puede negar sus buenas intenciones de ayudar. Pero no lo discutamos ni discutamos al respecto, Enna. No vale la pena».

«Creo que lo vale. Es una cuestión de principios».

Pavel sonrió. «¿Sabes lo que me gustaría tener ahora?»

«No».

«Una taza grande de cacao humeante y una rebanada de pastel de mantequilla con azúcar. Mucha azúcar. ¿Hay algún buen café aquí en Fleetstedt que esté abierto en este momento?»

«Ah... sí. El salón de té de Frieda. Tienen los mejores pasteles de Fleetstedt. Incluyendo tarta de mantequilla».

«Muy bonito. ¡Entonces vamos! Yo estoy invitando. Y Berger también, si quiere».

Enna no se movió, pero dijo: «En realidad, yo debería invitar».

«¿Por qué?»

«Me salvó la vida anoche, Neuhof».

Lo rechazó. «Oh, eso... cualquiera lo habría hecho por usted».

«Desde luego que no. No todo el mundo habría saltado al Mar del Norte en la oscuridad sin un chaleco salvavidas para salvar a un colega. No en el estado en el que usted estaba. Eso fue... imprudente».

«Si usted lo dice».

«Sí, lo digo». Enna por fin se puso de pie. Llevaba un par de pantalones cortos nuevos con calcetines morados. Llevaban flores blancas.

Pavel apartó los ojos de la vista y sonrió. «Entonces, ¿vamos?»

Enna hizo un gesto hacia la puerta. «Después de usted, Neuhof».

Se acercó a la puerta y se detuvo bruscamente. «Pavel», dijo. «Llámeme Pavel, por favor».

Enna lo miró y luego sonrió. «Está bien, Neuhof. Le llamaré Pavel de ahora en adelante, Pavel».

Capítulo Veinte



Hum... este pastel está delicioso». Pavel se frotó el azúcar y las migas de pastel de las comisuras de la boca con el pulgar y el índice.

Enna sonrió y bebió un sorbo de té. Luego volvió a ponerse seria. «Fue un caso muy emocionante».

Pavel masticó su siguiente bocado y asintió con la cabeza. «No siempre será así, pero, aun así, trabajamos bien juntos. Es una pena que Berger no esté libre hoy».

«La familia es lo primero».

«Supongo que tienes razón». Pavel se metió el último trozo de tarta en la boca. La mezcla de mantequilla, azúcar y rodajas de almendras tostadas estaba deliciosa. Se preguntó si debería comerse una segunda porción después de sus esfuerzos, pero ya estaba más que satisfecho. Además, no le gustaba el estado mental de Enna. El pastel debería haberla animado, pero simplemente lo masticó y se lo tragó, no lo disfrutó.

«¿Le gustaría hablar?» De repente se oyó preguntar y se sorprendió por sus propias palabras.

Enna no se movió al principio, pero luego suspiró. «Pensé que iba a morir bajo el agua».

«Habría sido un escenario realista. Durand quería llevarla con él».

Enna apretó sus dedos y se quedó mirándolos fijamente.

Pavel apartó su plato. «Perdóneme, Enna. No quería echar sal en la herida».

«Es usted muy bueno en eso», dijo Enna en voz baja. «Muy bueno, de hecho». Ahora extendió los dedos para mantenerlos quietos. Muy lentamente, puso sus manos abiertas sobre sus muslos. «Quizás esa sea su mayor fortaleza».

«¿Qué quiere decir?» A muy pocas personas les gustaba cuando lo hacía. La mayoría de las veces, ni siquiera era intencional. Solo decía lo que había que decir.

«Usted... es como un espejo a veces. Muestra a la gente sus deficiencias. Una buena cualidad en un investigador. Y como persona». Ahora levantó los ojos. Había algo de melancolía en ellos y, sin embargo, sonrió sugestivamente. «Esas deficiencias nos muestran en qué debemos trabajar».

«Oh, bueno, desde ese punto de vista, suena bien».

Decidió usar esa perspectiva en el futuro. Sería más fácil que cambiar su comportamiento.

«Lo es». Enna se inclinó y le dio una palmada amistosa en la pierna. Luego sacó su billetera y puso un billete sobre la mesa. «El resto es para la propina».

Pavel miró el dinero y luego miró a Enna. «¿Quiere irse ya?»

Quizá su presencia era demasiado para ella. La capacidad de cambiar de perspectiva era una buena cualidad. Pero eso no hacía desaparecer la sal en su herida.

«Sí. Quiero ir al refugio».

Pavel tragó. «¿Un perro?»

Eso era lo que temía. La forma en que había tratado al nuevo perro de granja de Dietrichsen, Onno...

«Sí. Es el momento. Mi gran cambio».

Eso sonaba un poco como la chamán Luna. Esperemos que Enna no se haya dejado engañar por esa mujer. Las manos de Pavel se pusieron sudorosas. «¿Qué será?»

«No tengo ni idea. Mi instinto decidirá en el acto. Quizá no haya uno adecuado hoy. Quién sabe».

«Quise decir grande o pequeño».

Enna sonrió. «Esa es una pregunta muy egoísta».

Sí, claro que lo era. Solo esperaba que no fuera uno pequeño, del tipo que aún lo perseguía. «¿Le parece?»

«Sí. Pero no se preocupe, Neuhof. No voy a escoger un garañón. Quiero que sea apto para la oficina. Apto para Pavel».

De repente, con una sonrisa en los labios, se inclinó hacia adelante y lo abrazó calurosamente. La oyó susurrarle al oído: «Gracias de nuevo».

Su corazón se aceleró cuando le susurró: «De nada».

Entonces Enna se alejó y simplemente se fue.

Pavel se quedó y la vio irse. Sintió su abrazo como si todavía estuviera parada frente a él.

Solo cuando la camarera llegó y le preguntó si quería pagar, apartó la vista de la puerta de salida y pidió un segundo trozo de tarta de mantequilla.



El viento soplaba fresco esta mañana y olía a hierba cortada. Un domingo, probablemente era solo su imaginación, pero a Enna le gustaba el olor. Incluso se alegró de que, por una vez, el viento no supiera a sal y a mar del Norte.

Los recuerdos de la noche anterior intentaban volver, pero Enna los rechazó. En vez de eso, miró su teléfono móvil. Eran las diez cuarenta y siete. A las dieciséis se tomaría una hora para lidiar con sus sentimientos. Dijo en voz alta: «Y hasta entonces, me ocuparé de otras cosas».

Era un truco psicológico sobre el que había leído. Dejar los sentimientos para más tarde. Aun así, se lidia con ellos y se les da tiempo, pero en nuestros propios términos. A veces el problema se resolvía solo.

Un poco más relajada, continuó por el camino de grava. El refugio de animales de Fleetstedt pertenecía a una vieja amiga de la escuela, por lo que sabía que probablemente se encontraría con Veronika incluso un domingo por la mañana.

Sintió un agradable cosquilleo en el cuerpo al pensar en los perros. ¿Ya era hora?

Pensó en Pete y su corazón se calentó. Había sido un perro muy bueno, el alma más leal y casi un alma gemela, en la medida de lo posible entre perro y humano. ¿Volvería a encontrar un compañero como él?

Por supuesto que lo hará, oyó a Pavel decir en su cabeza. Sonrió calurosamente.

De repente sintió frío. Enna se metió las manos en los bolsillos y encorvó los hombros. Ayer le había salvado la vida. Saltó al agua y la sacó, a pesar del miedo y de su mal estado físico. Eso demostró un verdadero heroísmo. Por fin había despejado todas las dudas; ella podía confiar en él incondicionalmente. Podía contar con él.

Se habían convertido en un buen equipo, y quizás la misión de rescate en el Mar del Norte los había unido aún más.

Pero a veces había algo entre ellos que ella no podía interpretar. Una especie de atracción, pero más como dos imanes presionados uno contra el otro en sus mismos polos. *Se llama repulsión*, oyó a Pavel corregirla en su cabeza.

Enna dejó de pensar en Neuhof cuando llegó a la entrada del refugio. La casa con una gran pradera por la que los animales podían correr libremente estaba al lado del campamento de Fleetstedt. Cuando se acercó a la puerta, tres perros se le acercaron. Un pastor alemán de rostro oscuro, un chihuahua ladrando y una bola de pelo beige que le llegaba hasta las rodillas. El perro tenía ojos oscuros y miró fijamente a Enna. No conocía la raza; le recordaba un poco a la raza de un caniche, pero el perro era demasiado cuadrado y robusto para eso. Los caniches se movían con más gracia y con forma de duendecillo. Este perro era más atlético.

«¡Enna!» La voz de Veronika. Su antigua amiga de la escuela dobló la esquina y corrió hacia ella. «Qué sorpresa».

«Espero que sea buena».

«Sin duda lo es. ¡Entra!» Ahuyentó a los perros de la puerta y la abrió para que Enna pudiera entrar. El pastor alemán se puso inmediatamente al lado de Veronika, listo para atacar a Enna, pero ella simplemente lo apartó. El chihuahua siguió ladrando

alegremente. Y el tercero mantuvo una distancia adecuada pero no la perdía de vista.

«¡Silencio, Enzo!» Veronika gritó con autoridad y el ladrador guardó silencio. Luego suspiró: «Me vuelve loca».

Enna estudió al Chihuahua, examinándolo mentalmente. «Puedo entenderlo. De hecho, estoy aquí por un perro».

Los ojos de Veronika se iluminaron. «¿De verdad? Eso es genial».

«Sí. Ya es hora».

Veronika sonrió calurosamente. «Tenía que suceder en algún momento, ¿no? ¿Qué tienes en mente?»

«No tengo ni idea. Estoy completamente en suspenso, pero quiero llevarme al perro a la oficina. Así que no puede ser un ladrador. Y quizá no demasiado grande. Mi colega sigue siendo bastante reservado, pero abierto a los perros».

«Bien, entonces Enzo y Lydia están descartados».

«¿Lidia?»

«El pastor alemán. Salta sobre todo y sobre todos. Es una buena perra, pero nunca ha aprendido a interactuar con la gente. Llevo semanas trabajando con ella, pero es muy difícil. Pero ¿qué pasa con Bjarne?» Señaló a la bola de pelo de color beige.

«¿Bjarne? ¿Qué clase de nombre es ese?»

«Algo nórdico. Significa oso. Nombres así parecen estar de moda ahora mismo. Pero puede que sea el indicado para ti. Del tamaño de una oficina, silencioso y muy atento. Ideal para un oficial de policía».

Enna se agachó y miró a Bjarne. El perro la miró, luego se acercó moviendo la cola y se dejó acariciar.

«Sí, hola, Bjarne. Soy Enna. Encantado de conocerte».

Se acercó más a su mano.

«Es un Lagotto Romagnolo».

Enna no había oído hablar de la raza. «Está bien. Suena italiano».

«Lo es, originalmente. Los Lagotti se criaron originalmente como perros para el agua y las trufas. Son muy cariñosos y alertas, pero no ladradores. Algunas fuentes lo describen como un perro para principiantes, pero tú sabes lo que haces, Enna».

«¿Sé cómo manejarlos?»

«Sí, lo sabes. Sabes lo que estás haciendo. Siempre lo has hecho». Veronika sonrió. «Parece que le gustas a Bjarne».

«También es agradable. ¿Cómo llegó aquí?»

«La historia habitual. Los niños quieren un perro. Consigues un perro. Los niños ya no lo quieren. Los padres tampoco. Lo regalas. Solo tiene once meses. Es importante saberlo: los Lagotti necesitan mucho ejercicio y olfatear. Su sentido del olfato está bien desarrollado, incluso mejor que el de otras razas».

«¿Y por lo demás están tranquilos?»

«Sí, son inteligentes. Y Bjarne era probablemente el más tranquilo de la camada. Tenemos el pedigrí y todos los detalles del criador. Intenté devolverlo, pero no funcionó. Sería bueno para ti. Parece que os lleváis bien». De hecho, Bjarne se había acurrucado a sus pies y se había dejado rascar detrás de sus orejas caídas y caídas. Su oreja izquierda estaba moteada de color marrón oscuro y lo miraba con audacia.

Enna lo acarició un poco más y luego se puso de pie. Inmediatamente la siguió pisándole los talones. «¿Puedo llevarlo a pasear?»

«Claro. De hecho, ahora se le da bastante bien la correa. Te lo traeré. Pero también puedes ver los demás que están dentro. Tengo otro bóxer y un perro salchicha».

«Oh, no te molestes, Veronika. Me gusta su talla. Y su naturaleza tranquila».

«Comprendo. Espera, te traeré la correa».

Tres minutos más tarde, Enna salió del refugio con Bjarne atada para salir a pasear. Sorprendentemente, el perro caminó detrás de ella y no tiró como un loco. Siguió mirándola y haciendo contacto. Le gustó eso.

Decidió dar un paseo más largo. Les vendría bien a los dos. Partió, pasando primero por el campamento. Todos los sitios estaban ocupados. La gente se sentaba frente a sus caravanas y autocaravanas, tomando café, leyendo libros o periódicos. Algunos se quedaron dormidos, disfrutando del silencio. Un olor a carne asada venía de alguna parte. Bjarne se detuvo y olfateó, pero ella no le envidiaba ese placer.

Luego lo arrastró consigo. Después del campamento, subieron directamente al dique. En la cima, cruzó el carril bici. Había algunos ciclistas en el camino, pero Bjarne tampoco les hizo caso. Muy bien.

Caminó por el otro lado hasta el paseo marítimo y la playa. Había marea baja y el mar había retrocedido. Enna se quitó los zapatos y los calcetines y salió a la playa húmeda. Allí se agachó e hizo contacto visual con Bjarne.

«¿Te quedarás conmigo?» le preguntó amablemente.

Inclinó la cabeza. Sus orejas se movieron un poco.

«¿Sí? ¿Vamos a intentarlo?»

Otra vez el movimiento de orejas.

Enna sonrió y le desenganchó la correa del cuello. Bjarne se levantó de un salto y corrió por la playa, pero inmediatamente se dio la vuelta y regresó con ella. Moviendo la cola, esperó.

«¡Buen perro!» Enna se guardó la correa en el bolsillo y comenzó a caminar por la playa mojada. Bjarne se puso a sus pies, la persiguió aquí y allá, olfateó un canal de agua, empujó un montón de algas marinas, pero cada vez regresó rápidamente a su lado.

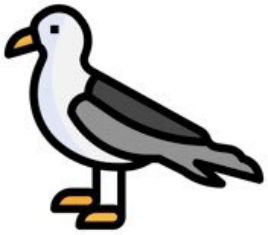
Eso impresionó a Enna. «Aquí, Bjarne. ¡Aquí!»

La miró y pareció entender. Se acercó a ella y miró hacia arriba. Enna lo recompensó con una palmadita. «Buen perro. Buen Bjarne». Le dio unas palmaditas alegremente en el costado, y luego continuó su paseo por la playa.

Una sonrisa de satisfacción se extendió por su rostro. El caso estaba resuelto. El sol brillaba. El perro la siguió. El viento jugaba con su pelo.

El hecho de que volviera a oler a sal y a mar ya no la molestaba. Afortunadamente. El mar del norte formaba parte de su vida tanto como el aire que respiraba. Y tal vez pronto Bjarne también lo sería.

Una taza de té



Estimados lectores,

Es mi tercera taza de té con vosotros. Muy agradable. Me encanta cómo pasan las páginas volando cuando escribo, y lo mucho que lo disfruto porque vosotros también lo hacéis. Stephen King dijo una vez: «Si lo que escribo me sorprende, a mis lectores también». Estoy de acuerdo, y me sorprendieron algunos de los giros y vueltas de esta novela. Pero es maravilloso cuando los personajes adquieren una vida propia. Eso significa que el autor ha hecho todo bien.

Enna, Pavel y Berger ciertamente desarrollaron una vida propia. Me impresionó especialmente el encuentro con la chamán Luna. ¿Qué trastornos le esperan a Enna y qué sombras proyectará Pavel? ¿O eran solo palabras vacías de una loca?

Os dejo la respuesta a vosotros. Debo admitir que esta vez se puso un poco esotérico, pero accidentalmente me topé con una clínica que prometía una curación cósmica. Me pareció tan emocionante y absurdo al mismo tiempo que quise incluirlo en uno de mis misterios. ¡Listo! Así nacen las ideas misteriosas.

Con mi experiencia como periodista, me fascina especialmente escribir ficción porque ahora puedo centrarme en la atmósfera y los personajes, así como en el contenido. En esta novela, me he centrado más en Enna, mientras que en la anterior me había centrado más en Pavel.

Enna es muy original. Con sus pantalones cortos y calcetines coloridos, siempre me inspira. Si tuviera que ofrecer productos, sin duda serían calcetines coloridos con olas y gaviotas. ¿Os gustaría eso? ¿Qué creéis que me pongo todos los días?

Pero basta de charla. Como siempre, podéis contactarme en heidi@heidihinrichs.com. Leo y respondo todos los mensajes. Así que adelante. Si tenéis alguna sugerencia, elogio o crítica, no dudéis en hacérmelo saber.

Y si quieres volver a ver a Enna y Pavel, puedes reservar su cuarto caso aquí: heidihinrichs.com/links/5504080

Se llama *Nieblas silenciosas*. En una de las primeras noches de niebla del año, el ferry desde Norderney choca con un obstáculo en las afueras del puerto de Fleetstedt. Uno de los botes salvavidas cae al agua y se hunde, pero no ocurre

nada más. Tiempo después, el propietario de la compañía naviera fallece. Parece un extraño accidente. Pero Enna y Pavel no se dejan engañar: ¡era un asesinato! Pero ¿cuál era el motivo?

Nunca imaginé que Enna y Pavel tendrían tantos fans. Es realmente impresionante. Agradezco a todos los que nos apoyan. ¡Estáis ayudando mucho! ¿Puedo pediros una valoración esta vez? Podéis valorar este caso en heidihinrichs.com/links/4893563. Unas pocas palabras al respecto... Ya sabéis cómo funciona: la guinda del pastel.

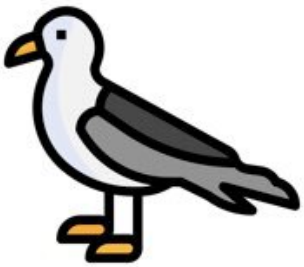
Y, por último, me gustaría presentaros mi boletín en: heidihinrichs.com

Si os suscribís, recibiréis como bonificación especial la hoja de datos personales de los dos detectives y, como novedad, la del sargento de policía Olaf Berger, que obtuve directamente del ordenador de su oficina. Berger fue muy comunicativo. ¿Sabíais que...? No, solo puedo decíroslo personalmente en el boletín. Privacidad, ya sabéis :-)

Saludos cordiales,

Vuestra, Heidi Hinrichs

Extracto: Gritos silenciosos



CAPÍTULO 1

«¡Vamos, Enna!»

Aunque casi todos a su alrededor gritaban, escuchó claramente la voz de Lars. Enna agarró la pizarra con fuerza. Sintió la arena fría bajo sus pies. Estaba blanda durante los primeros pasos, luego se endureció cuando la playa estaba bañada por las olas, y luego estaba el agua. Recibió un golpe en la parte superior del brazo cuando otra tabla cayó al agua. Enna entrecerró los ojos. La gorra de mariquita era su punto de referencia y no podía perderla de vista. Estaba a solo dos o tres metros por delante de ella y acababa de desaparecer detrás de la primera ola.

«¡Ahora!» gritó Lars desde el fondo.

Aunque el agua aún no le parecía lo suficientemente profunda, Enna confió en su experiencia y lanzó su propia tabla. Saltó tras ella y se agarró por los bordes. El salto le dio a su tabla un impulso que tuvo que aprovechar. ¡Levántate rápido! Se arrodilló, se inclinó hacia adelante y remó con los brazos lo más fuerte que pudo.

A menos de seiscientos metros por delante de ella. Ahí estaba otra vez la mariquita. La titular de Harsewinkel era considerada una de las favoritas. Estaba a la altura de las expectativas y ya estaba cinco metros por delante del grupo. Enna controló su respiración. Seiscientos metros era una distancia que fácilmente podía

subestimarse. Solo quería salir de su zona aeróbica en la racha final. Lástima que sus oponentes parecieran tener una estrategia similar. Ninguna de ellas intentaba perseguir a la líder.

Por el rabillo del ojo, vio que se acercaba la siguiente ola. Ayer hubo una tormenta. Los organizadores habían considerado cancelar la carrera, pero las reglas no se vieron afectadas por unas cuantas olas. De hecho, Enna estaba contenta, ya que solo unos pocos de sus oponentes podían entrenar en el océano de forma regular. La ola entró formando un ligero ángulo. Aquí, en la desembocadura del río Elba, el oleaje se comportaba de manera impredecible debido a su apertura en forma de embudo.

Enna inclinó un poco la tabla. Lars había practicado con ella el ángulo correcto durante horas. ¡Ahí estaba! El agua levantó a Enna y la dejó caer suavemente mientras comenzaba a remar con fuerza de nuevo. Detrás de ella, oyó algunos gritos de decepción, pero no tuvo tiempo de darse la vuelta. De repente, solo estaba la mariquita frente a ella. ¡Estaba en segundo lugar!

Pero solo por un momento. Otra tabla se estaba abriendo camino para ocupar su puesto. La mujer que la conducía tenía la cabeza casi apoyada en la tabla. Llevaba una gorra con triángulos blancos sobre fondo rojo. Tenía que ser la socorrista de Halle, la segunda favorita. Enna había tenido una agradable charla con ella ayer en la barbacoa. Era enfermera de profesión. ¿Cómo se llamaba?

Enna le sonrió brevemente y Jeanette, así se llamaba, le devolvió la sonrisa, pero al mismo tiempo aumentó la frecuencia de sus brazadas y la superó. Volvió a mirar a Enna, lo cual fue un error, porque ya casi habían llegado a la boya por la que tenían que girar y la tabla de Harsewinkel se dirigía hacia ellos.

«¡Mariquita!» gritó Enna. Jeanette se dio la vuelta y se dirigió a la izquierda, girando la tabla. La remadora con gorro de mariquita se sobresaltó y se desvió a la derecha, justo cuando estaba a punto de chocar contra la tabla de su rival. En el último segundo, Jeanette consiguió enderezar la tabla.

«¡Hurra!» gritó y siguió remando con todas sus fuerzas.

Enna había perdido algo de impulso debido a la casi colisión. Rodeó la boya en tercer lugar, pero fue superada poco después. La

mariquita volaba hacia una victoria segura. Cerca de ella, en la playa, comenzaban las hileras de sillas de playa amarillas. Quedan ciento cincuenta metros. Había llegado el momento de correr. Aceleró el ritmo de su brazada más allá de su frecuencia respiratoria. Ya no tenía que controlar su respiración. Dejó atrás una tabla que había subido hasta su posición. El camino estaba despejado. La mariquita se acercaba más cerca de la playa, a su destino.

Enna bloqueó el mundo que la rodeaba. Ya no luchaba contra los demás. Solo luchaba contra sí misma. Su cuerpo quería obligarla a reducir la velocidad, pero se negó a permitírselo. Le ardían los pulmones y sus músculos amenazaban con sufrir calambres, pero no tuvo piedad. Su cuerpo la empujaría hacia adelante, más y más rápido, ¡podría descansar más tarde!!

Un silbido la sacó del trance. El primero fue para la ganadora, podía ignorarlo. Ella siguió nadando. El segundo y el tercer silbato ciertamente no eran para ella.

«¡Enna, fantástico!» gritó Lars.

Abrió los ojos. Siguió remando hasta que vio la boya que marcaba su destino en el mar. La había superado hacía mucho tiempo. Exhausta, se estiró sobre la tabla. Alguien se le acercó desde la orilla. Llevaba un chaleco salvavidas naranja.

Era Lars. Enna respiró hondo y nadó hacia él. Estaba empapada de sudor, así que se dejó caer de la tabla al agua antes de que Lars la alcanzara. Salió a la superficie con un bufido y lo miró. Tenía la frente profundamente fruncida.

«¿Estás bien?» preguntó.

«Sí, estoy bien. Solo tenía un poco de calor».

Ahora volvía a sentirse bien. Su cuerpo debe haberse quedado sin energía por todo el esfuerzo.

«Oh, eso es un alivio», dijo Lars. «¡Enhorabuena!»

«Yo también me alegro de haberlo logrado».

Algunas personas la saludaron desde la playa. Reconoció a sus compañeras de equipo por sus camisetas.

«¿Logrado?» Lars la agarró por los hombros y la sostuvo frente a él. «¡Llegaste en segundo lugar! ¡Incluso le ganaste a la enfermera de Halle!»

¿La enfermera? Enna sentía pena por ella. Había hablado un poco sobre su exigente trabajo. Enna no la envidiaba.

«Estás agotada, ¿verdad?» preguntó Lars. «Ven conmigo a la playa. ¡Bien hecho de todos modos!»



Después de cambiarse de ropa y beber media taza de té, Enna se sintió mejor. Su grupo local participaba por primera vez en el concurso de la Asociación Alemana de Salvamento de Vida. Al principio, había sido cosa de Lars. Competir con los demás no fue lo que motivó a Enna a trabajar como socorrista en su tiempo libre. Pero había sido bueno para el grupo reducido: de repente, las sesiones de formación contaban con una asistencia mucho mayor. Por supuesto, no podían esforzarse tanto como los mejores equipos, que por lo general se entrenaban todos los días. Todos tenían trabajos diurnos.

A propósito de eso... le habían dado el día libre hoy, viernes, y Neuhof había prometido cubrirla, pero por motivos de forma, debería revisar su teléfono móvil al menos una vez. Abrió la cesta de playa que le habían asignado a su equipo y hurgó en su bolsa de viaje. Ahí estaba. Tres llamadas nuevas, todas de su jefe. Enna suspiró.

«¿Qué es?» preguntó Lars, quien debe haber estado vigilándola. «Recuerda la ceremonia de premiación».

«Solo tengo que revisar mi correo de voz». Enna marcó el número del buzón de voz y cruzó la playa unos pasos. Pasó por allí un enorme buque portacontenedores, probablemente de camino a Hamburgo. Estaba casi al alcance de la mano. Estos gigantes nunca atracaban en Fleetstedt.

«Tienes tres mensajes nuevos. Primer mensaje nuevo. El viernes,...»

Algo le arañó la parte superior del brazo. Enna se llevó la mano que tenía el teléfono móvil a la oreja y se perdió las primeras palabras.

«... prometí no molestarla...» *entonces, ¿por qué no cumpliste tu promesa?*, «pero hay algo sobre lo que me gustaría saber su opinión. Sería fantástico si pudiera llamarme rápidamente».

«Segundo mensaje nuevo, viernes, once y veintitrés».

«Soy yo otra vez. Hay un pequeño problema. Kettler se niega a examinar a la víctima solo porque es una oveja».

¿Una... qué? ¿Neuhof investigaba el asesinato de una oveja? ¿Se supone que iban a hacer eso? Berger normalmente se ocupaba de asuntos tan triviales.

«Dijo que solo se trataba de daños a la propiedad. Le expliqué el artículo diecisiete de la Ley de Bienestar Animal, pero me temo que interpretó mis bien pensados argumentos como un ataque personal. No podría... Enna, ya usted sabe. Conoce a Kettler desde hace mucho tiempo».

Enna suspiró. Era inevitable que los dos hombres acabaran chocando cabezas; estaba destinado a suceder tarde o temprano. Y tenía que aclarar la situación ahora y quizás incluso rogar a Kettler, quien sin duda tardaría mucho en aceptar. Enna sacudió la cabeza. Realmente no quería hacer eso. Ella presionó el botón de borrar.

«Tercer mensaje nuevo, viernes, once cuarenta y cinco».

«Enna, soy yo. Por favor, olvide mis llamadas anteriores. He encontrado una manera de arreglármelas sin su ayuda. No se preocupe por ello. Demuestre a los demás socorristas lo que puede hacer la Asociación Alemana de Salvamento en Fleetstedt. Nos vemos el domingo».

Enna hizo una pausa y luego colgó. El sol acababa de salir por detrás de las nubes. La playa estaba dorada. Más adelante, la gente se estaba reuniendo. La Asociación Alemana de Salvamento probablemente estaba realizando demostraciones de rescate. Las competiciones habían terminado ese día, sobre todo porque la marea había empezado a bajar.

He encontrado una manera. No sonaba bien. Eso significaba que Neuhof se estaba volviendo creativo. Podría estar en la oficina en dos horas si empezara a conducir de vuelta ahora.

«¿Qué es? ¿Problemas con tu jefe?» Enna se sorprendió. Era Lars, quien debe haberla seguido.

Sacudió la cabeza. «Aún no hay problemas. Pero podría intensificarse. Tal vez debería...»

«Enna, no puedes hacernos eso. ¡Somos uno de los dieciséis mejores equipos! ¡Eso significa que mañana podemos participar en el relevo de rescate!»

Enna suspiró. Era la disciplina definitiva: nadar, correr, hacer tabla de rescate, kayak de rescate, con un competidor por equipo. Mike corría muy bien y se había colocado entre los diez primeros en el sprint de playa y banderas. El propio Lars acababa de perder el podio en el kayak de rescate. Es posible que Enna no vuelva a quedar segunda en la tabla, pero su equipo no necesitaba el mayor tiempo en la general.

«Parece que ha muerto una oveja en Fleetstedt», dijo Enna.

«¿Una oveja? ¿Estás bromeando? Eso no es asunto tuyo».

«Mi jefe cree que sí, y yo le creo».

«Pero seguro que puede esperar hasta el lunes. Te necesitamos aquí mañana, bien descansada».

Desde su punto de vista, Lars tenía razón. Y el asunto probablemente podría esperar. Pero a veces los casos tenían la mala costumbre de aumentar rápidamente, como un grano que se convertía en un forúnculo. Luego lamentabas no haber desinfectado la inofensiva mancha con alcohol.

«Por alguna razón, tengo un mal presentimiento al respecto», dijo Enna. No podía identificarlo, pero probablemente se debía a que Pavel tenía la intención de arreglárselas sin ella. No le gustaba que la dejaran fuera.

«Por favor, Enna, piensa en los demás. ¿Todo ese entrenamiento tan riguroso no serviría de nada?»

¿De verdad Lars solo pensaba en los demás? Nunca estaba segura con él. Pavel Neuhof era... más predecible. Resolvía casos porque eran importantes, no por su ego. Pero aunque pudiera convencer a Nils de que echara un vistazo a un animal muerto, no lo haría un fin de semana. Estaría bien que se ocupara de ello el domingo.

«Está bien», dijo, «me quedaré aquí».

«Gracias». Lars puso su mano sobre su hombro. «Te debo una».

Enna sonrió. Lars dirigía una carnicería. ¿Cómo podría ayudarla?
«Con gusto,» dijo, «por el equipo».
«Estoy feliz de hacerlo», dijo, «por el equipo».



«¡Vamos, Heino!»

Pavel siguió pedaleando. La persona promedio pensaría que toda la costa es plana, pero estaría equivocada. Incluso llegar al Deichkante era un desafío. Heino, la bicicleta de oficina, no tenía un motor eléctrico novedoso. Ni siquiera tenía marchas. Berger sugirió buscar un reemplazo mejor semanas atrás. El ayuntamiento de Fleetstedt recogía bicicletas abandonadas varias veces al año, que podían comprarse pagando el precio de las reparaciones. Pero Pavel no podía desprenderse de algo que tenía un nombre. No había tenido un automóvil desde que el TÜV finalmente puso fuera de servicio su Mercedes «Matti». Pero de todos modos no le gustaba conducir a más de treinta kilómetros por hora.

«¡Heino, puedes hacerlo!» gritó, sorprendiéndose a sí mismo. Afortunadamente, no había nadie cerca para escucharlo. La gente pensaba que era extraño hablar consigo mismo. Era ilógico, ya que casi todos hablaban solos de vez en cuando. Pero para muchas personas, la lógica no era el criterio más importante para sus acciones.

Pavel empezó a sudar. En el Deichkante, estaba solo unos metros más cerca del sol, pero se sentía como Ícaro intentando alcanzar a los dioses. Quizá debería haber dejado su chaqueta en esta hermosa mañana de finales de verano. Como hoy nadie lo esperaría en la oficina, había decidido dar un relajante paseo por los terraplenes.

Pavel detuvo la bicicleta, se bajó y puso a Heino en su soporte. ¿Cómo se les ocurrió ese nombre a la gente de Fleetstedt? Para él, el sencillo e incómodo vehículo de dos ruedas, con manillares curvos y asiento ancho sostenido por muelles que rechinaban, se parecía más a un Fiete o un Heiner. Tendría que preguntarle a Enna.

Pero ahora era el momento de hacer algo de ejercicio. Estirar las piernas con vistas al mar de Frisia durante la marea baja era un lujo del que nunca había disfrutado en la oficina de Kiel. Pero aquí era normal terminar el trabajo a la una de la tarde de un viernes. Ni la gente de Fleetstedt ni los turistas eran particularmente violentos. Solo se habían producido tres robos importantes, todos ellos realizados de forma muy profesional, y unos pocos carteristas en la playa, de los que habían podido localizar a un menor de Berlín. Berger se encargaba de los asuntos menores.

Pavel aceleró, tensó su cuerpo, se giró hacia un lado y saltó. Sus manos golpearon la hierba. Sus pies volaron por el aire. Se puso de pie, pero no pudo estabilizarse, así que rodó, como había aprendido en judo, y aterrizó sobre su hombro, mirando hacia la carretera. Allí, un Volkswagen Passat salía de la carretera y se dirigía a un prado.

Probablemente un turista tomándose un descanso. La pradera no había sido cortada. Si el granjero notara las huellas del coche, se enfadaría. ¡Y con razón! Los granjeros necesitaban la hierba que crecía ahora para alimentar a sus animales en invierno. Pavel cogió a Heino, volvió a subirse y se dirigió en bicicleta a la siguiente rampa, que se alejaba del dique.



El auto tenía una matrícula de Wittmund. Los turistas solían tener HH, HB o incluso LER. Pavel estaba a punto de dar la vuelta y continuar por la carretera rural cuando vio una señal de médico detrás del parabrisas. El conductor se había bajado y se había adentrado aún más en la pradera, donde estaba agachado sobre algo.

Pavel dejó caer a Heino en la hierba alta y corrió hacia el hombre.

«¿Qué está haciendo?» preguntó.

El hombre se dio la vuelta como si Pavel lo hubiera pillado cometiendo un crimen. Luego metió la mano en su bolsillo, pero Pavel fue más rápido y sacó su arma.

«¡Despacio!» gritó. «¡No haga nada estúpido!»

«No tengo nada que pueda llevarse», dijo el hombre. «A menos que quiera las llaves del auto. Están en mi bolsillo».

«Solo quiero saber qué está haciendo aquí. Inspector jefe Pavel Neuhof».

El hombre se relajó visiblemente, aunque lógicamente no tenía motivos para hacerlo, ya que Pavel no le había mostrado su carné de identidad y seguía apuntándole con su arma. Evidentemente, no esperaba ninguna amenaza por parte de un policía, lo que significaba que se trataba de un civil inofensivo y no de un delincuente. A menos que lo fuera, y estuviera haciendo una actuación.

«Entonces, ¿quién es usted?»

«Soy el doctor Sörensen. ¿No vio el letrero de médico en mi auto?»

Pavel sacudió la cabeza. Cualquiera puede comprar un letrero médico. Pero el nombre me sonaba familiar. ¿De dónde?

«¿Qué hace aquí, Dr. Sörensen?»

«Me llamaron para ver a un paciente, por así decirlo».

De repente, lo recordó. Sörensen había sido el médico que confirmó la muerte del viejo granjero Dietrichsen. Dietrichsen, que padecía una demencia avanzada, se había suicidado en el ático de su casa unos meses antes.

«Usted investigó la muerte del granjero Diepoldsen, ¿verdad?»

«Dietrichsen. Debe decir Dietrichsen. De hecho, ahora estoy aquí para ver a Dietrichsen».

Había sido una prueba. Sörensen había pasado.

«Pero está muerto», dijo Pavel.

«Hablo de su hija, Viola Dietrichsen, por supuesto».

«No parece que esté ahí tirada frente a ti». Pavel se acercó y estiró el cuello, pero la hierba era muy alta, y Sörensen y su gran bolsa médica le impidían ver.

«No es mi paciente, gracias a Dios». El doctor Sörensen se hizo a un lado. Pavel vio una bola de lana gris, parcialmente teñida de rojo. Solo cuando las gruesas manchas desaparecieron de su mente se dio cuenta de que era una oveja.

«¿Qué pasa con el animal?» preguntó. «Eso es sangre, ¿no?»

«Parece que sí. No es una vista bonita».

«¿Accidente de caza?»

A veces, los cazadores confundían perros u ovejas con jabalíes o ciervos al anochecer. Pavel no podía imaginarse cómo podían cometer un error así, pero lo cierto es que pasaba de vez en cuando.

«Acérquese. ¿O ya ha desayunado?»

Pavel sacudió la cabeza. Rara vez comía por la mañana. Un café fuerte y negro era suficiente para él. Dio dos pasos hacia adelante mientras el Dr. Sörensen se agachaba, agarraba la cabeza de la oveja y la volteaba. Tenía una herida profunda en la garganta. Volvió a colocar la cabeza en su posición natural y se puso de pie.

Pavel tuvo que tragar. No había sido un accidente de caza. Un corte así requeriría un arma afilada y mucha fuerza. Si hubiera sido el asesinato de un ser humano, Pavel habría supuesto que se trataba de una ira considerable. Pero, ¿quién sentiría tanta ira contra un animal inofensivo? La crueldad hacia los animales rara vez implicaba emociones. Era una cuestión de planificación cuidadosa y de la necesidad de ver sufrir a un ser vivo.

«Esta no es la única lesión», dijo el Dr. Sörensen.

«Empezaron en otro lugar, ¿no?»

«¿Cómo sabe que no es la primera vez?»

Pavel no quiso decir eso. Supuso que el asesino había ensayado el corte en otra parte del cuerpo.

«¿Hizo una prueba de corte?» Preguntó Pavel.

«¿Una? Cuatro». Sörensen señaló las extremidades del animal. «¿Quiere que le enseñe?»

«No, gracias, nuestros especialistas lo revisarán. Tendré que pedirle que deje sus huellas digitales en nuestra oficina».

«Ya lo hice, después de la muerte de Dietrichsen».

«Las eliminamos hace mucho tiempo. Es usted un ciudadano de buena reputación, por lo que no se nos permite mantener tus datos personales en un archivo. Entonces, ¿de qué se trata el otro caso y quién le envió aquí?»

«Hace dos semanas, Viola me reportó una oveja herida».

«¿A usted? Es un médico humano, ¿verdad?»

«Así es. Pero nos conocemos bien y, además, acabo de estar con ella. Pasamos la noche juntos, si entiende lo que quiero decir».

Pavel lo entendió. Viola Dietrichsen estaba divorciada, y Sörensen probablemente también lo estaba. Eso no era ilegal. Pero nadie le había hablado de la relación durante la investigación sobre el suicidio del viejo granjero. Al parecer, su amante había emitido el certificado de defunción que permitía a la hija reclamar la herencia.

Pero eso no importa, Ediría Enna ahora. *No encontramos ninguna prueba de juego sucio en el caso de Dietrichsen, y Viola habría heredado la granja de todos modos*. Ya le faltaba la voz de la razón y ni siquiera sabía si tenían un caso nuevo.

«¿Cuándo murió?» Preguntó Pavel.

«A juzgar por el estado de los charcos de sangre, en algún momento entre la medianoche y la madrugada. Sienta el vellón: está mojado por el rocío. Pero no soy patólogo forense».

«Fue una muerte dolorosa, ¿verdad?»

«Supongo que sí. Por la cantidad de sangre derramada, la agonía se prolongó».

«Gracias». Entonces sí tenían un caso. La crueldad hacia los animales era un delito según la sección diecisiete de la Ley de Bienestar Animal. «Pero, ¿por qué no denunció las lesiones a las otras ovejas? Puede que ya hubiéramos atrapado al culpable».

«Viola no quería hacerlo. Dice que el animal está bien ahora. Además, tenía el que...» Sörensen se interrumpió a mitad de la frase como si hubiera dicho demasiado.

«¿Qué impresión tuvo?»

«Ninguna en absoluto».

«¿Sabía la Sra. Dietrichsen quién era el abusador de animales y quería protegerlo?»

Sörensen sacudió la cabeza. «Pregúntale a ella. Soy internista. Nada de esto es asunto mío».

«Lo que diga. Pero debe saber que una proporción significativa de personas que abusan de animales eventualmente cambian de víctima».

«Quiere decir...»

«Sí, eso es lo que quiero decir».

Sörensen lo miró con tristeza, pero no dijo nada más.

«Puede irse. Espere un minuto. ¿Viola le pidió que viniera aquí? ¿Cómo supo que la víctima estaría aquí?» Pavel señaló la pradera. No era un pasto de ovejas. O el animal había escapado, o su asesino lo había traído aquí. Pero, ¿por qué este lugar en particular, visible desde la carretera?

«Viola describió esta pradera, entre el dique y el pequeño bosque al fondo, bordeada por dos zanjas de drenaje. Pero no me dijo quién le habló de este lugar. Para ser honesto, pensé que me encontraría con ella aquí. Parecía bastante molesta por teléfono. Pero ahora sí que me tengo que ir. Mis pacientes están esperando».

«¿Habría llamado a la policía esta vez?»

«Sí, aquí, ¿lo ve?» Sörensen le mostró su teléfono móvil. El número de la comisaría de policía de Fleetstedt aparecía en la pantalla. Sörensen simplemente había escrito «Enna». La foto de perfil mostraba a su colega con un traje de neopreno de piernas cortas.

«No marcó», dijo Pavel.

«Estaba a punto de hacerlo».

«¿Qué tipo de foto es esa?»

«No significa nada. Brindo apoyo médico al grupo local de la Asociación Alemana de Salvamento de Vida. Así es como conozco a su colega».

Pavel asintió. Habría hecho que Sörensen examinara minuciosamente. Pero por ahora, tenía que asegurarse de que alguien descubriera todos los secretos de la muerte de la pobre oveja.



«Tengo que preguntarle algo, señor Kettler».

Pavel había pensado mucho en cómo acercarse al patólogo forense. Parecía ser una persona difícil, aunque Enna pensara lo contrario. En cualquier caso, no le había gustado que Pavel añadiera sus propias ideas a lo que habían dicho durante su última reunión.

«Hoy es viernes. No hay manera de que termine para mañana», respondió Kessler con una declaración en la que se refería muy vagamente a la frase inicial de Pavel.

«No, estaría bien si pudiera tener los resultados para el lunes».

«Oh, ¿estaría bien? Me alegra oír eso».

El acuerdo de Kettler lo satisfizo, aunque su respuesta fuera más bien de cortesía. En algún momento, tendría que decirle al hombre que no necesitaba tales formalidades.

«Sí, lo estaría. Le enviaré las coordenadas. Cuando llegue aquí, la policía científica ya debería estar trabajando».

«¿Está diciendo que soy demasiado lento?»

«No, solo significa que la policía científica probablemente llegará antes que usted. Notifiqué a la Sra. Doldinger antes de llamarle».

¿Tendría que enseñarle a Kettler los conceptos básicos de la lógica proposicional? Pavel se alegró de ser al menos competente en su profesión. No solo Enna, sino también su cooperación anterior lo habían convencido de ello.

«¿Puede decirme algo sobre la víctima?» preguntó Kettler.

Temía esta pregunta. Pero había preparado una respuesta. «Preferiría que pudiera comprobarlo por usted mismo».

«Caray, Neuhof, ¿tiene que hacer eso? ¿Cómo esperas que vaya preparado?»

«Lo siento, estimado colega, pero esto forma parte de mi estrategia de investigación».

Pavel terminó la llamada. Apostaba a que la curiosidad de Kettler superaría su enfado con el estúpido Neuhof.



Cuando llegó la policía científica, tuvo una primera prueba de la posible reacción de Kettler. Maria Doldinger se rió brevemente al ver al animal muerto.

Pero inmediatamente se disculpó. «Espero que atrape al cerdo. Simplemente... me alivia no tener que examinar restos humanos».

«Espero que siga así», dijo Pavel. «Algunos abusadores de animales nunca se cansan de este tipo de comportamiento».

«Lo sé», dijo Doldinger. «Puedo decirle ahora mismo que esta no es la escena del crimen».

«¿A pesar de toda la sangre?»

Doldinger asintió con la cabeza. «Eso es del degollado. Las heridas en sus patas las infligió antes».

Así que el asesino interrumpió su... trabajo. O lo habían interrumpido en otro lugar, o había querido prolongar su placer. Esta última era la opción menos favorable. Pavel se puso de pie y miró a su alrededor. La hierba estaba pisoteada en varios lugares. El coche de la policía científica estaba estacionado a un lado de la carretera. Desde allí, varios senderos conducían al sitio. Otro conducía al lugar donde Sörensen había estacionado su Passat. Y luego había un sendero visible entre la zona donde se encontró el cuerpo y el pequeño bosque al otro lado de la pradera.

Para no estropear ninguna pista, Pavel siguió el sendero por una ruta paralela a unos metros de distancia. La arboleda estaba formada principalmente por árboles caducifolios y densos arbustos. Era una colorida mezcla de avellanos, matorrales y muchos otros arbustos que no reconocía. Tuvo que abrirse paso entre la maleza, pero al final llegó a un espacio abierto por el que salía un sendero. Olía agradablemente a musgo. Los pastos que brotaban en el claro estaban triturados. Un coche debe haber pasado por aquí recientemente. Pavel encontró una huella de neumático que mostraba la pronunciada banda de rodadura típica de los neumáticos de invierno, algo inusual para fines del verano. Todavía estaba mojado. Quizá el propietario del coche los había estado vigilando desde detrás de los árboles y acababa de marcharse.

Pavel regresó corriendo al lugar donde se encontró la oveja muerta.

Una vez allí, le preguntó a Doldinger: «¿Hay algo más que pueda decirme?»

Sacudió la cabeza. «Tengo que juntarlo todo en mi cabeza, lo siento. No encontramos el arma asesina. ¿Qué vamos a hacer con el animal?»

«Kettler llegará en cualquier momento. Lo recogerá. ¿Puede vigilarlo hasta entonces? Voy a seguir algunas huellas de coches que encontré en el bosque. Quizá quiera enviar a un par de chicos más».

«Lo haré».

«Gracias, Sra. Doldinger».

«De nada. Y salude a Enna de mi parte, por favor. Pensé que la vería aquí».



Después de unos quinientos metros, el camino arenoso dio paso a un camino de grava y luego a un camino lateral de asfalto que pasaba por dos granjas. Pavel se detuvo en un edificio de ladrillo de un solo piso y dos alas. Sobre la entrada había un letrero que decía: «Apartamento vacacional disponible». Tocó el timbre, pero nadie respondió. Como la mitad del sótano se veía por encima de los cimientos, las ventanas del segundo piso eran demasiado altas para que Pavel pudiera ver el interior.

Apoyó a Heino contra la pared y se subió al travesaño. Finalmente, llegó al alféizar de la ventana y se levantó. La bicicleta se cayó, pero al menos pudo echar un vistazo rápido al interior, donde había sábanas marrones esparcidas sobre los muebles. La casa no parecía muy alquilada.

Al caer y golpear el suelo, su pie izquierdo se dobló. Un dolor agudo le atravesó el tobillo. ¡Maldita sea! Esa articulación le había causado problemas durante años. Pavel se obligó a no cojear al cruzar la calle. Mientras tanto, se había abierto una ventana y una anciana con un delantal azul miraba hacia afuera.

«¿Qué hace ahí?» Se puso las gafas hasta la punta de su nariz aguileña.

«Me preguntaba si la casa de allí estaba a la venta», dijo.

«¿Por qué?»

«Represento a algunos inversores».

La anciana se rió a carcajadas. «Inversores, ja, ja. ¿Y va en bicicleta?»

Señaló a Heino. Pavel sintió que tenía que defender la bicicleta de la oficina. Después de todo, estaba haciendo un buen trabajo. Pero la mujer tenía razón, por supuesto: debería haber inventado una historia de portada más plausible.

«Soy de la policía», dijo mientras sostenía su placa.

La anciana lo tomó y examinó el documento, mirándolo desde diferentes ángulos. Luego lo devolvió. «Así que usted es el nuevo», dijo la mujer.

«¿Y usted?»

«Dios sabe que no soy nueva».

«Quiero decir, ¿cómo se llama?»

«Anna Winkelmann. Como dice en el timbre».

La mujer pensó que era un poco lento, pero no pasó nada. A Pavel le gustaba que lo subestimaran. Probablemente se debía a que su rostro no daba señales de comprensión cuando alguien le explicaba algo, aunque lo entendiera antes que la persona que intentaba explicárselo.

«¿Vio un vehículo entrar al bosque esta mañana? ¿En algún momento entre la medianoche y justo después del amanecer?

«Sí. Alrededor de las tres en punto».

«¿Qué tipo de vehículo?»

«No era un tractor. Aparte de eso, solo vi las luces brillando por las rendijas de mi persiana».

«¿Está segura de la hora?»

«Sí. Me preguntaba quién conduciría en esta dirección a esa hora de la noche. La carretera no lleva a ninguna parte».

«¿Regresó el auto?»

«No me acuerdo. Me volví a dormir. Pero si ya no está en el claro, debe haber regresado».

Qué sorpresa.

«¿Por qué está la carretera ahí, de todos modos?» preguntó. «¿Planes para un nuevo desarrollo?»

«Ja, ja, ¡debe haber tomado un poco de humor en el desayuno esta mañana! Solía haber una cabaña de guardabosques en el claro. Se quemó dos años antes de que terminara la guerra».

«¿1943?»

«Incluso puede hacer matemáticas, inspector». La anciana sonrió. Parecía estar disfrutando de la conversación, así que no podía enfadarse con ella.

«Esa casa de ahí, ¿está en alquiler ahora?»

Incluso si el acuerdo con su casera, que lavaba y cocinaba para él, funcionaba bien, algún día necesitaría un lugar propio. Aquí estaría lo suficientemente lejos de otras personas como para poder relajarse después de estar rodeado de ellas. Podría ser una opción para él.

«Es una granja entera», dijo la anciana. «Pero ha estado vacía durante años».

«¿Por qué? No estamos a más de tres millas del dique. Sería perfecto para unas vacaciones en una granja».

«Todo el lugar está embrujado», explicó la mujer, bajando la voz como si estuviera contando una historia de fantasmas.

«¿Qué pasó?»

«Se dice que el viejo Schepker vendió su alma al diablo durante una marejada ciclónica para salvar a su familia del agua. No le pasó a él, pero cuando el diablo vino a buscarlo, se escondió. En represalia, el diablo gradualmente le fue arrebatando a su familia. Primero a sus hijas, luego a su madre y, por último, a su esposa».

«¿Cuándo fue eso? ¿En la Edad Media?»

La anciana frunció el ceño y se cruzó. «No debería hacer bromas como esas. No sobre él». Volvió a traicionarse. «Las muertes múltiples comenzaron hace más de veinte años. Solo quedaba Schepker. Hace dos años desapareció repentinamente».

«¿Se fue?»

«Se fue».

«¿Y no lo buscaron?»

«Bueno, estaba solo y era viejo. Nadie lo echó de menos».

Pavel pensó en el letrero que había sobre la puerta. «¿Quién puso el letrero del apartamento vacacional?»

«Un agente inmobiliario de Fleetstedt». La anciana se rascó la cabeza. «Oh, su nombre es Meier. Jette».

¿Por qué no se sorprendió? Henriette Meier era el perejil de todas las salsas, incluso después de haber renunciado a la presidencia de

la asociación empresarial.

Su teléfono móvil vibró en su bolsillo. Era Nils Kettler, el patólogo forense.

«Aquí Neuhof. ¿Tiene algo para mí?»

«Señor Neuhof, ¿está loco? Estoy aquí en un campo y ¿qué me muestra la policía científica? ¡Una maldita oveja!»

«Pensé que...»

«¡Maldita sea, Neuhof! ¡No soy responsable de los daños a la propiedad! ¿Qué le dije sobre mi presupuesto?»

«Ley de bienestar animal, este es un delito punible...»

«¡No soy un maldito veterinario, tío!»

Kettler no dejó que dijera nada. Pavel arqueó las cejas. La Sra. Winkelmann lo miró con preocupación. Salió de su sala de estar. Había un ligero olor a moho en el pasillo. El papel pintado floral del techo se estaba pelando.

«Necesito saber cómo...», volvió a intentarlo.

«No creo que me entienda. ¡Encuentre a alguien más!» Su socio colgó.

Pavel no podía creerlo. Miró su teléfono móvil durante un momento y luego regresó a la sala de estar.

«¿Qué tal un Jägermeister?» Preguntó la Sra. Winkelmann.

«No, gracias, estoy de servicio».

«Déjela. Eso sonó muuuy cruel. Se merece algo mejor».

La anciana parecía haber entendido mal. Pero Pavel estaba demasiado ocupado pensando en corregir el error. Había un hombre suelto en su vecindario que había logrado torturar y luego matar a un ser vivo en varios pasos deliberados. Su único testigo fue una oveja muerta. Tenía que interrogarla, pero no le daría ninguna respuesta sin un especialista.

Pavel se inclinó. «Gracias, señora Winkelmann, por la historia y el consejo. Tengo que ir a la oficina ahora».

La anciana sonrió. «Vuelva a visitarnos si quiere saber más sobre la historia de Fleetstedt y sus alrededores. Conozco a todas las familias de aquí».

Fue bueno saberlo. Como recién llegado, todavía no conocía la historia local. ¿Qué papel desempeñaron los Dietrichsen, los dueños

de las ovejas muertas? ¿Se habían convertido en víctimas por casualidad? Pavel tenía la sensación de que había una conexión. No estaba seguro de si estaba contento con eso, ya que podría llevarlo a encontrar al culpable, o si se trataba de un mensaje siniestro que añadía una dimensión al crimen y le hacía temer lo peor.



Llegó a la oficina poco después de las once y se alegró de poder quitarse la chaqueta. El sol aún brillaba bastante para ser un día de finales de verano en el Mar del Norte. Enna no estaba en su escritorio. Se le había concedido permiso oficial para participar en un concurso de la Asociación Alemana de Salvamento.

Los últimos días habían sido tranquilos. Un candado de bicicleta roto por aquí, unos cuantos adolescentes alborotados por allá. Nada parecido llegó a su escritorio. Si hubiera sabido que un maltratador de animales atacaría hoy más que nunca... No, aun así habría aprobado la licencia de Enna.

Pero ahora la necesitaba. La necesitaba de verdad. Por desgracia, le había prometido que no la molestaría.

Bueno, no estaría de más informarle al menos sobre el nuevo caso. Lo que hiciera con él dependía de ella. Pavel marcó su número, pero no respondió. Le pidió que le devolviera la llamada, pero cuando colgó, estaba molesto consigo mismo. ¿Seguro que al menos debería darle alguna información? La víctima y la negativa de Kettler eran probablemente los puntos más importantes, así que dejó un segundo mensaje.

Luego se sentó en su escritorio. Pavel estaba nervioso. Odiaba no ver un camino claro que lo acercara a resolver su problema. ¿Y por qué era eso? Porque dependía de otras personas. Kettler, los forenses, Enna... Espera un minuto. No estaba solo.



«¿Sr. Berger? ¿Puedo preguntarle algo?»

El sargento Berger estaba sentado detrás del mostrador a la entrada de la oficina, como de costumbre. Enderezó la espalda y miró a Pavel con una expresión abierta. Berger tenía un buen conocimiento de las cosas y estaba dispuesto a pensar de forma innovadora si se le daba un poco de ánimo.

«Por supuesto, señor Neuhof». ¿Cuántos años tenía Berger? Tenía la cara redonda y el pelo corto, lo que lo hacía parecer un niño grande. Pero Pavel lo había encontrado recientemente en el mercado con sus dos hijos, uno de los cuales era un adolescente, por lo que debía tener al menos treinta o cuarenta años como máximo.

«Supongamos que quisiera saber exactamente qué hizo un delincuente violento, pero el patólogo forense se negó a ayudar. ¿Cómo procedería?»

Berger se rascó la sien. «Quiere algo... poco convencional, ¿verdad?»

«Bueno, los medios habituales están cerrados».

Berger asintió pensativo. «Debería haber dejado que Enna hablara con Kettler».

Pavel hizo una mueca. Se había dado cuenta de eso hacía mucho tiempo. Enna tenía al patólogo forense en la palma de la mano. Pero esa no había sido una opción.

«¿Dónde está la oveja ahora mismo?» Preguntó Berger.

«En el laboratorio criminalístico de Leer, pero tampoco pueden ayudarme. Es muy amable de su parte que nos la guarden».

«Ayudaría si pudiéramos echar un vistazo al interior del cuerpo».

«Sí, Berger. ¿Tiene los requisitos para hacer una autopsia?»

Berger levantó las manos a la defensiva. «¿Yo? Ja, ja, ni siquiera puedo desespinar un pescado».

«Pero tiene una idea». Se habían formado pequeñas arrugas alrededor de los ojos de Berger y se estaba golpeando el pie. Tenía curiosidad por ver cómo reaccionaría Pavel ante su idea. Pavel decidió darle la bienvenida, por ilógico que le pareciera. Esperemos que su rostro no vuelva a traicionarlo.

«Está bien», comenzó Berger, inclinándose y abriendo el cajón de un pequeño armario. Buscó a tientas durante un momento, luego

sacó un sobre y sacó una radiografía. «Mira, esta es mi cadera derecha. Solo tengo treinta y ocho años, pero el ortopedista cree que es la cadera de una persona de sesenta años y necesito estar preparado para la cirugía».

Pavel tocó la encimera desde abajo. Eso trajo mala suerte para Berger, pero el hombre era un funcionario público y, por lo tanto, tenía un seguro médico privado. Sin duda, recibiría la mejor atención posible.

«Lo que quiero decir es: mire la imagen. ¡Tan detallada!»

Berger tenía razón. La imagen distinguía claramente entre huesos y tejidos blandos, y Pavel pudo ver dónde parecía estar desgastada la articulación de la cadera, aunque era un lego.

«Sí, la técnica es fascinante», dijo. Pero, ¿qué tenía que ver con la oveja?

Luego lo golpeó. ¡Por supuesto! Las heridas en sus patas... Si pudieran hacer una radiografía o, mejor aún, una tomografía computarizada de la oveja, no necesitarían abrirla.

«Berger, ¡es una gran idea!» exclamó Pavel. «¿Serías tan amable de llamar al departamento de radiología del hospital? Me prepararé para el...» Espera un minuto. Enna no estaba aquí. Tendría que conducir solo. Pavel se estremeció al pensarlo. Prefiere andar en bicicleta, aunque le lleve una hora y media. Pero, ¿qué pasa con Berger?

«Dígame, Ber...», empezó, solo para darse cuenta de que Berger ya estaba hablando por teléfono. Pavel corrió a su oficina para buscar su chaqueta y dejar un mensaje claro para Enna en el contestador automático. «... He encontrado la manera de arreglármelas sin su ayuda...» Le deseó un buen resultado en la competición y colgó el teléfono.



«Me temo que no puedo comunicarme con nadie en radiología», dijo Berger cuando Pavel regresó al mostrador.

«Vamos para allá. Tal vez todavía podamos obtener resultados hoy».

Berger miró su reloj y suspiró. «Tenía muchas ganas de terminar el trabajo a tiempo hoy».

«Lo siento mucho, Berger, pero le necesito. Y si nos vamos ahora mismo, estará en casa con su familia a las dos en punto».

«No sé, tuve que esperar dos horas para hacerme la radiografía».

Pavel sacudió la cabeza. «Los haré sudar tinta. ¿No es ese el refrán? Confíe en mí».

Berger cogió su teléfono móvil y escribió algo. Luego cogió la gorra de su uniforme, volteó el mostrador y se acercó a Pavel.

«Vamos a Leer, entonces».



Berger mantuvo la sirena encendida todo el tiempo. Era un sonido molesto. Pavel no entendía lo que otras personas veían en él. Pero al menos lo distrajo de la conducción de Berger. El hombre debe sentirse protegido mágicamente por el sonido, porque no dejaba de realizar atrevidas maniobras de adelantamiento en la carretera. El BMW pintado con colores policiales parecía mucho más ágil que el Polo rojo de Enna.

«Quizá primero deberíamos recoger la oveja del laboratorio criminalístico», sugirió Pavel al pasar junto al letrero de Leer City.

«¿Lo cree? ¿Qué pasa si no conseguimos una cita?»

«Esa no es una opción, Berger».

«De acuerdo. De hecho, podría ahorrarnos unos minutos».



El animal estaba rígido y frío. Berger forró el baúl con papel de aluminio para que no dejaran manchas. La oveja descansaba en el borde del tronco, con Pavel sujetándolo con firmeza. Doldinger, el jefe del laboratorio criminalístico, no estaba de servicio cuando

llegaron. Eso probablemente les había ahorrado una larga discusión. Uno de los trabajadores simplemente les había entregado el animal. La oveja era sorprendentemente pesada. Pavel calculó que pesaba alrededor de cuarenta kilogramos.

«Lentamente», dijo Berger.

Pavel empujó a la oveja hacia adelante. Se inclinaba sobre el borde del maletero con las patas levantadas. No podrían cerrar la tapa del maletero. Pavel presionó las patas, pero las articulaciones estaban rígidas y no se movían. Rigor mortis y refrigeración.

«Tenemos que inclinarla de lado», dijo. Berger estaba a su lado. «A las tres. Uno, dos, tres». Empujaron al tiempo y la oveja, obedientemente, se puso de costado. Podría haberse confundido con dormir si sus patas no estuvieran paralelas al suelo. Pavel se enderezó. Berger cerró la tapa del maletero.

«Está bien, vayamos al hospital», dijo Pavel.



El departamento de radiología consistía en un pasillo con pacientes esperando en sillas y puertas incómodas que se abrían y cerraban de forma irregular.

«Espere un momento, jefe. Comprobaré las cosas».

Berger caminó a propósito hasta una puerta que tenía una ventana, aunque cerrada, y llamó a la puerta. Para sorpresa de Pavel, se abrió y una mujer vestida de blanco se asomó.

«Hola», dijo, «¿qué pasa?»

«Hola. Él». Berger señaló a Pavel.

«¿Ha venido de la cárcel?» preguntó la enfermera.

Berger llevaba uniforme, por lo que la suposición era plausible. Pavel se alisó la chaqueta para causar una buena impresión.

«Un delincuente sexual», bromeó Berger. «Así que sería bueno si pudiéramos... ya usted me entiende».

«Está bromeando, ¿verdad? El hombre ni siquiera tiene puestas las esposas. ¿En serio? Por favor dígame que está bromeando».

Berger iba por buen camino. Pavel asintió con la cabeza. Estaba encantado de interpretar al agresor sexual si eso significaba que podían obtener la radiografía más rápido. Sonrió de acuerdo y se lamió los labios.

«Este... bueno, este es mi jefe. Necesitamos una radiografía. Sería genial si fuera...»

«¿Algo agudo?» preguntó la enfermera, que no parecía relajarse, sino que parecía molesta.

«¿Agudo?»

«¿Morirá si no lo tratamos de inmediato?»

Pavel asintió.

«No», dijo Berger.

Los ojos de la enfermera se interpusieron entre ellos y sacudió la cabeza. «Entonces siéntese y espere. ¿Cuál es el nombre?»

«Neuhof».

«Bien, le llamaré».

«¿Cuánto tiempo cree que...» Berger se puso en marcha, pero la puerta ya estaba cerrada.



«Pero ahora usted mismo va...» Empezó Pavel.

«Lo sé», dijo Berger. «Pero no podía mentirle a la enfermera solo para que nos tocara antes nuestro turno. Servimos al estado. Tenemos que ser honestos, ¿no?»

«O no», dijo Pavel. La gente que esperaba tampoco parecía que cada minuto contara para ellos. Pero está bien. Cogió su teléfono móvil y empezó a estudiar la anatomía de las ovejas.



Después de una hora, Berger obviamente estaba inquieto, porque empezó a caminar de un lado a otro por el pasillo del hospital. Si al menos hubiera mantenido un ritmo constante, a Pavel no le habría

importado, pero Berger seguía deteniéndose. A veces miraba por la ventana delantera, que daba a un patio amurallado, a veces hablaba con un paciente y, a veces, se quedaba ahí parado. Esto hacía que a Pavel le resultara imposible quitarse el ritmo de la cabeza. Berger actuaba como un grifo que goteaba al azar, lo que era una auténtica tortura para Pavel.

«¿Está estresado por su esposa?» preguntó cuándo Berger se puso a su lado.

«La verdad es que no».

«¿La familia?»

«La oveja».

«¿Está preocupado por la oveja? No hay necesidad. Ya ni siquiera está viva».

«¿Has mirado por la ventana?» Berger señaló la estrecha abertura por la que brillaba el sol.

Pavel sacudió la cabeza. ¿El animal salió del maletero y empezó a insultar a los transeúntes? El rostro de Berger tenía el mismo aspecto que el suyo. Se levantó y se dirigió a la ventana. El coche de la policía estaba tres pisos más abajo. Al principio, Pavel no vio nada por lo que preocuparse.

«Las puertas están cerradas», dijo.

Berger se paró a su lado y golpeó la ventana con el dedo índice, dejando una fina mancha de grasa. «El sol ha estado brillando sobre ella todo el tiempo».

El sol. Pavel tardó unos segundos en entender lo que Berger quería decir. Por supuesto. No se puede mantener a personas o animales en un automóvil con este calor. Él mismo llamó a la perrera cuando vio a un perro encerrado en un automóvil en el estacionamiento de un supermercado. Aunque la oveja no corría peligro de muerte en su estado actual, el calor podía hacer que su estado tomara un giro desagradable.

«Caray, Berger, deberíamos haberlo pensado antes». No se excluyó a sí mismo. ¿Por qué no insistió en ir al garaje subterráneo? Porque habían aparcado más cerca de la entrada para no tener que llevar al animal tan lejos. Había pensado en una cosa, pero no en la correcta.

«Lo siento», dijo Berger.

«Yo también». Pavel se apartó de la ventana. Si estaba contando correctamente, aún quedaban cuatro pacientes por delante. Aproximadamente una hora de espera. Los cuatro parecían aburridos pero muy vivos.

Se acercó a la ventana que Berger había usado y golpeó con fuerza. La misma enfermera la abrió y saltó hacia atrás con un chillido. Pavel había colocado su placa en el estrecho marco de la ventana. La mujer se tapó la boca.

«Disculpe. Ese policía de allí», señaló a Berger, «le presentó como delincuente sexual».

«Lo he oído. Sí, es más probable recordar algo así que simplemente 'jefe'. Lo comprendo perfectamente».

«Gracias, Sr. Inspector Jefe». Estudió su placa.

«Lo siento, pero tengo que pedir un diagnóstico inmediato. Necesitamos una tomografía computarizada de todas las extremidades».

La enfermera asomó la cabeza por la ventana y lo examinó como un caballo de pura sangre. «Se ve sano, inspector. ¿Es para cuidados preventivos? Tenemos un horario especial para eso. ¿Por qué su colega no dijo nada? Entonces no habría tenido que esperar».

«No es para mí».

«¿Es para su colega?»

Pavel no revelaría la identidad del paciente hasta que tuviera el consentimiento de la mujer. Muy pocas personas podrían retractarse de su palabra una vez dada.

«No, víctima de un crimen violento», respondió evasivamente. «¿Es suficiente esa justificación?»

«¿Por qué no fue a la sala de emergencias? ¡La persona ya habría recibido tratamiento!»

«Porque la víctima ya está muerta».

«¿Disculpe? ¿Quiere que examinemos un cadáver? No creo que se nos permita hacer eso. Tendría que hablar con el departamento de patología».

«No necesito un examen. Solo las fotos. Dentro de la máquina, fuera de la máquina. No puede ser tan difícil, ¿verdad?»

La enfermera suspiró. «No creerá lo complicado que es. La máquina es cara. ¿Quién va a pagarla? Una vez que una persona fallece, el seguro médico ya no es aplicable. Primero tendré que recibir una carta en la que se garantice el pago».

La burocracia había vuelto a atacar. Debería añadirla a la lista de sospechosos, ya que obviamente quería retrasar su investigación. Pero él no lo permitiría.

«Pagaré las costas», dijo.

«¿Como paciente privado? Debo recordarle nuevamente que su seguro médico no cubrirá este servicio».

«Sí, como paciente privado». Si fuera necesario, pagaría la cuenta él mismo. Tenía un salario decente y apenas tenía gastos de manutención.

La enfermera suspiró. «Está bien, hablaré con el médico principal. ¿Hay algo más que deba saber?»

«¿Qué quiere decir?»

«¿El fallecido padecía alguna enfermedad infecciosa? ¿Su cuerpo necesita algún tratamiento especial? ¿Qué pasa con el peso y la altura?»

Pavel se acarició la barbilla. Hoy no se había afeitado. Probablemente este era el momento de confesar.

«¿Pero está dispuesta a hacer las radiografías?»

«Sí, por supuesto, pero no tomo la decisión final. Esa es la responsabilidad del médico principal. ¿Qué es? ¿Hay algo más?»

Ahí estaba, el *si*. Solo un *si* condicional, porque había que revisarlo, pero era lo mejor que podía conseguir.

«La persona de la que estamos hablando no es una persona».

«¿Disculpe? ¿Es un niño o qué intenta decir?»

Sospechaba que podría causar algunos problemas si decía la verdad. Así eran, los humanos. Se suponía que amaban a los animales, pero luego se consideraban mejores que ellos. «Es una oveja. Pero no cualquier oveja. La mataron cruelmente, y debo encontrar a su asesino antes de que vuelva a atacar».

Berger puso una mano sobre su hombro. Era una reacción típica cuando alguien quería tranquilizarte. Pavel agradeció el gesto,

aunque no había motivo para ello. Después de todo, sus argumentos eran válidos.

Pero no a la enfermera. «¡Inspector, lo siento, pero no somos veterinarios! ¡Lo siguiente que sabrá es que los dueños de perros y gatos vendrán a vernos! Solo por motivos de higiene, no podemos ayudarlo».

Pavel perdió la voz y, por un momento, el aliento. De repente, la burocracia tenía el rostro de una mujer y llevaba una bata blanca. La pondría tras las rejas. Como mínimo.

«Gracias de todos modos», dijo Berger en su nombre, alejándolo lentamente de la ventana.

«Gracias por su comprensión», dijo la enfermera.

Pavel no lo entendió en absoluto, pero su rostro probablemente no lo mostraba. ¿Era una ventaja o una desventaja? De buena gana dejó que Berger lo llevara hasta el coche como un agresor sexual.



Del maletero salía un olor extraño. Las patas de las ovejas ahora estaban dobladas como si se relajaran en el calor.

«Volvamos rápidamente al laboratorio criminalístico», dijo Pavel.

«Sí, probablemente sea lo mejor». Llegaron al instituto poco después de las cuatro de la tarde. Pavel tocó el timbre, pero nadie respondió. ¡Maldita sea! Este día no parecía que fuera a terminar bien. Cuando cruzó el dique en bicicleta esta mañana, todo le parecía idílico. Pero la gente de aquí no era ni mejor ni peor que la de Schleswig-Holstein o Baviera. Aquí también había asesinos y santos.

«Podríamos poner la oveja en el sótano de la oficina», sugirió Berger.

«Pero tiene calefacción», dijo Pavel. Lo sabía con seguridad; allí había archivos antiguos que había consultado una o dos veces.

«Nuestra nevera es demasiado pequeña», dijo Berger.

«No puede hacerle eso a su esposa, Berger. No quiero ser responsable de su divorcio».

Pero la idea de Berger era, en esencia, buena. Todo lo que tenían que hacer era cerrar la brecha hasta el lunes, cuando alguien del laboratorio criminalístico les abriera las puertas. ¿Quién tenía un congelador lo suficientemente grande como para albergar temporalmente una oveja?

«Un sepulturero», dijo Pavel.

«Así es, un sepulturero debería tener una cámara frigorífica. Lo mismo que un carnicero».

«O un restaurante. Pero no nos dejan entrar por motivos de higiene. Igual que los carniceros».

«Regulaciones alimentarias».

«Así es, Berger. Las empresas que tienen que cumplir con las normas alimentarias no pueden ayudarnos».

Esto también excluía a la cervecería Fleetstedt, que producía una excelente pilsner. Qué mal, le hubiera gustado visitar la bodega de cerveza.

«Así que un sepulturero», dijo Berger. «Tenemos dos».

Pavel ingresó al servicio como palabra clave en su teléfono celular y obtuvo dos contactos. Marcó el primero.

«Lo siento, llama fuera del horario comercial. Por favor...»

Mierda. Marcó el número dos. De nuevo, solo respondió un contestador automático.

«No hay nadie», explicó.

«Hay un número de emergencia en el sitio web en caso de que alguien muera durante el fin de semana», dijo Berger. «¿Debería intentarlo?»

«Hm, no les interesará una oveja muerta». Pero tenía una idea mejor. Había un congelador enorme en la despensa de su casera. La señorita Winters se había jactado una vez de que podía contener a medio ciervo.

«Medio ciervo, que es aproximadamente del mismo tamaño que una oveja, ¿no?» preguntó Pavel.

Por alguna razón, Berger se rió brevemente. «Se podría decir eso. El ciervo es probablemente más largo, la oveja más ancha».

Pavel había visto patos enteros en el cofre, dos de ellos uno al lado del otro. La oveja no era mucho más grande que eso.

«Sé dónde podemos guardarla», dijo.



En el timbre estaba escrito «Leonie Winters». Pavel presionó el botón. Se abrió la ventana al lado de la entrada.

«Oh, es usted, señor Neuhof. ¿Olvidó su llave?»

«No. Necesito hablar con usted un momento, señorita Winters». Su casera tenía más de setenta años e insistía en que la llamaran señorita Winters. Probablemente había sido maestra en la escuela local para niñas cuando aún existía.

«¡Eso me gustaría mucho!» Su casera dejó la ventana. Un momento después, la cerradura sonó y empujó la puerta para abrirla.

«Por favor, espere junto al coche, Berger». Pavel entró. La señorita Winters lo esperaba en la puerta principal. Había dividido la casa en dos plantas. El último piso era suyo.

«¿Qué puedo hacer por usted?» preguntó ella.

«Estoy tras la pista de un crimen terrible». La señorita Winters estaba muy interesada en su trabajo. Pero por lo general no le decía nada, lo que la hacía sentir aún más curiosidad.

«Oh, qué emocionante».

«Se trata de un abusador de animales que mató a una oveja inocente».

La señorita Winters se tapó la boca con la mano. «¡Qué mala persona!»

«Eso es lo que digo. Pero no puede decírselo a nadie, ¿de acuerdo?»

La señorita Winters sacudió la cabeza. Por supuesto que se lo diría a sus amistades, pero las noticias del abusador de animales probablemente ya estaban circulando.

«Bueno, encontraré a la persona. Tengo que hacerlo. Pero necesito su ayuda. ¿Puedo contar con usted?»

«¿Si no es peligroso? Sí, absolutamente».

«Es totalmente inofensivo».

«Entonces me apunto».

Muy bien. El problema estaba casi resuelto. «Bien, la pobre oveja se lo agradecerá. Necesito su congelador».

«¿Mi... congelador?» La señorita Winters palideció.

«Sí. No se preocupe. Cubriré cualquier pérdida. Solo necesitamos hacer un poco de espacio ahí».

Deliberadamente no dijo para qué necesitaban el espacio. La señorita Winters ya lo sabía. Si nadie lo decía, podía imaginarse que era para algo completamente diferente.

«Sí, si tiene que ser...»

«Tiene que serlo. Está ayudando a encontrar a una persona cruel antes de que vuelva a atacar».

«Si usted lo dice».

«Me ocuparé de todo, con la ayuda de Berger. Es fantástico que sea tan cooperativa. No sé qué haría sin usted».

Leonie Winters se sonrojó. Pavel sonrió agradecido, se dio la vuelta y salió corriendo hacia Berger.



«¡Y soltamos!»

Pavel dejó que la oveja muerta envuelta en papel de aluminio se le escapara entre las manos.

«Encaja perfectamente», dijo Berger.

Habían puesto la oveja de espaldas. De esa manera, cabría en el hueco en forma de bañera que habían hecho en el congelador. Había que llevar unos cuantos paquetes de verduras congeladas a la nevera de Pavel, y había espacio para unas cuantas comidas congeladas precocidas más en el compartimento del congelador de la nevera de la cocina. Pavel le había dado a Berger un pato entero. Se lo reembolsaría a la señorita Winters.

Pavel cerró el cofre, que estaba en el sótano entre pilas de productos enlatados y botellas de vino.

«Si un asteroide choca contra la Tierra, llevaré a toda la familia conmigo para que se quede aquí», dijo Berger.

«O si necesita volver a guardar temporalmente un cadáver», intentó bromear Pavel.

Berger se llevó el dedo índice a la boca. Se oyeron pasos en las escaleras del sótano.

«Estamos a punto de terminar», dijo Pavel.

«¿Puedo ofrecerles una cerveza ahora, señores?»

Pavel miró su reloj. Eran más de las seis y estaba en casa. «Sí, me encantaría una», dijo.

«¿Y a su colega?»

A Berger probablemente lo esperaba su familia. «No, gracias», respondió Pavel por él.

«¡Sí, por favor!» Berger gritó mucho más fuerte. Le dijo a Pavel: «De todos modos voy a llegar tarde a casa. Necesitaré un poco de coraje».

¿Coraje? ¿Qué pasaba? Deberían hablar de ello alguna vez. Para Pavel era importante que sus empleados fueran felices en sus vidas personales, ya que esto podría afectar a su trabajo. Pero por ahora, tenía ganas de tomar una caña con Berger y la señorita Winters.

Reserva el segundo caso aquí:

heidihinrichs.com/links/4893534

© 2026 de Heidi Hinrichs
Todos los derechos reservados.
heidihinrichs.com
Traducido por Nicolay Giraldo Leiva
Edición: Elena García Varela
Diseño de portada: Timo Leibig